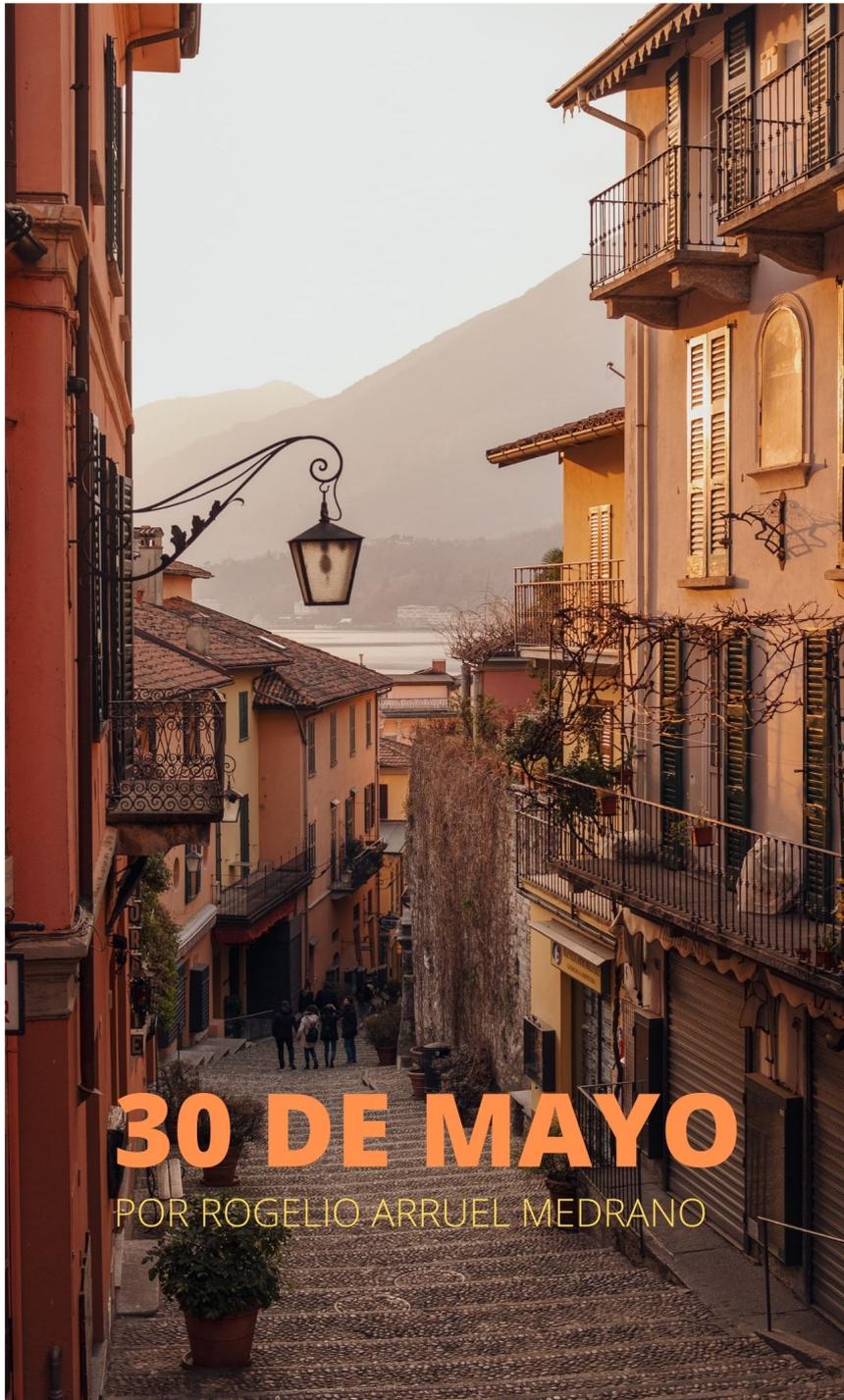


30 de Mayo

Rogelio Arruel Medrano



Capítulo 1

30 de mayo

Su piel morena, tan suave como seda era al tacto como pétalos de flores, era una dulce piel de durazno, cobriza de un tono suave y aroma delicioso que podría asemejarse a vainilla con chocolate. Ese sabor a frutas frescas de sus labios y agua divina, erizaba la piel al poner su lengua contra la de ella, era como un baile sensual en el que se unían los labios para tocar sus almas.

La mirada penetrante, fría, calculadora, profunda de esos ojos cafés parecía consumir su alma. El movimiento de sus caderas lo volvía loco, una vez entre sus manos su vigor de ambos era mayor al de dos animales, mas parecía un león tomando a un ciervo entre sus garras que dos amantes enamorados. Porque no, lo de ellos no era amor, era deseo, lujuria, un pecado capital expresado de la manera más bestial y salvaje que pudieron encontrar.

Sudor, gemidos de placer y lamentos salían de ese cuarto, mientras las manos de ella recorrían su espalda y él la tomaba por las caderas para profundizar, haciendola sentir hasta su garganta. Faltaba el aire y a pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par, el calor era sofocante. Era una sensación en su garganta como la de estar al borde de algo, al borde del final y el principio.

Sus cuerpos se estremecían uno contra el otro, como al ritmo de tambores, adelante y atrás era el movimiento de su entrepierna contra el cuerpo de él. Una y otra vez mientras su aliento se mezclaba con el de ella para fundirse en su piel como gotas de rocío que recorrerían sus cuerpos.

No hubo palabras, no hubo emociones, no hubo caricias dulces ni platica previa. Solo estaban dos cuerpos tratando de volverse uno, de convertirse en el andrógino perfecto, en una bestia de dos cabezas y dos espaldas que retumbaban al moverse de un lado al otro hasta estallar y consumirse en el fuego como un instante.

No había universo, ni luces, ni siquiera una cama que los contuviera, eran pura esencia, almas diluidas en un vacío, agolpándose para ser cenizas en una explosión de placer.

Ella se movía, y al hacerlo el la sentia respirar contra su pecho, y era todo lo que esa noche él deseaba oír, como se agitaba con cada movimiento. Suplicaba que esa noche fuera eterna o que la eternidad fuera esa noche, que no se acabara sino hasta alcanzar el cenit de su deseo y que ese

deseo nunca tuviera fin.

Solo podía tomarla de una manera, solo podía ser suya de una manera, él no perdería ni un solo momento para demostrar cuánto la deseaba y cuánto anhelaba ser su dueño, al menos, por esa noche, al menos por ese momento.

Al ver sus senos hermosos, divinos, firmes y suaves con la forma perfecta y el tamaño preciso para ser gemas en su cuerpo que ahora eran la corona que él ponía en su cabeza al levantarla el y poner su cabeza contra su torso. Apretando con manos firmes el trasero de ella, un trasero suave y bien definido, pequeño, apretado, deseable. Había una razón para que todos voltearan al verla caminar. Pero esta noche, esta noche toda era de él.

Sin remordimiento, sin paciencia, sin misericordia la tomó y la hizo suya, una y otra vez mientras la noche llegaba al punto más oscuro y volvía a convertirse en luz. Ella era lo más perfecto que pudo haber existido entre sus manos y no se iba a permitir soltarla mientras ella estuviera con él. No importaba nada lo que pudiera suceder mañana, esa noche cimbraría por la eternidad en su memoria, en su piel, en lo más profundo de su ser, porque ella sabría, pasara el tiempo que pasara, pasaran las personas que pasaran en su vida, que nadie, nunca, le haría sentir lo que él le hizo sentir esa noche; era volverse adicto y abstemio al mismo tiempo.

Haber sufrido el infierno para poder probar el paraíso por una sola vez, solo por esta vez, habrá valido la pena.

El amanecer llegó. Apareció entonces un animal furioso convertido en dos amantes desmayados en un cuarto, tras una noche de éxtasis y placer. Nadie más sabía lo que había pasado la noche anterior, únicamente ellos dos. Imágenes borrosas percibían sus ojos y una sensación de libertad y placer recorrían sus cuerpos.

Al abrir los ojos entre las sombras y al aclarar la vista, él podía contemplarla. Podía contemplarla a ella, el objeto de su deseo y su. Su musa desnuda se hallaba aún dormida, sobre el reclinable, respirando suavemente con los labios entre abiertos y sus cabellos libres sobre su rostro. No hay obra de arte más perfecta que pudiera siquiera emular la belleza de la doncella frente a él.

Sería un crimen despertarla, así que solo observó, ahora paciente, ahora calmado, ahora deseando besar aquellos labios que no podrían más que describirse como suaves y delicados. Pero no, no lo hizo, una imagen tan perfecta no podía ser interrumpida por nada; debía ser natural, sin presión alguna para que aquella ninfa no huyera al descubrirse expuesta

por la mañana.

El cansancio al final lo venció, se desplomó una vez más en la cama, apacible, tranquilo, feliz. El universo mismo se regocijaba al contemplar la escena de dos amantes reunidos por fin. Y como el soplo del aire, ella se fue, para siempre. Sin explicación, sin razón, no había justicia en tal imagen al despertar y no ver a su amada. El destino se la había arrebatado para siempre; ya nada importaba. Era una escena triste y deprimente observar cómo todo había llegado a su final.

Y alzándose de la cama acomodó las sábanas, abrió las cortinas blancas de la habitación y miró al cielo por aquel gran ventanal que daba al pequeño balcón de la habitación. Al hacerlo dio un último suspiro, cerró los ojos alzando los brazos, revolvió su propio cabello con ambas manos para después extender las manos hacia arriba y al sentir la luz a través de sus párpados solo agradeció para sus adentros un final mágico para una historia que por nada del mundo hubiera dejado pasar.

Era una mañana mágica de domingo, el último de sus cumpleaños, fue el único adiós.

Capítulo 2

24 de enero

Era una mañana como cualquier otra; la vida parecía empezar una vez más tras un suspiro llamado sueño. La migraña era el menor de sus problemas. Ese día, ese día sucedería una serie de eventos que lo llevarían a un camino distinto al que alguna vez imaginó.

Levantarse, ponerse de pie frente a la cama y rascar su espalda, caminar hacia el baño con los ojos entreabiertos pensando en ir a trabajar, no parecía una idea fascinante y tampoco algo motivacional, más bien el pensamiento de volver a la cama era, por mucho, una idea más seductora en su cabeza. Tomar el cepillo de dientes, poner un poco de pasta dental en él, abrir la llave del grifo y humedecer el cepillo un poco, antes de ponerlo en su boca, para "eliminar" cualquier bacteria de sus dientes, enjuagarle y usar hilo dental, mirarse el rostro en busca de alguna imperfección y ver si era demasiado pronto para afeitarse el rostro o si podía esperar un par de días más para hacerlo.

Entrar a la ducha, abrir la llave del agua, que como siempre, una de cada cuatro veces salía fría (hoy era uno de esos días, por cierto), tallarse completamente y colocar champú en su mano derecha para después, proceder a juntar aquella mano con la otra y frotar su cabeza.

Salir de la ducha, toma una toalla, se cubre con ella y procede a observarse un momento frente al espejo, solo para sentirse un tanto atractivo y otro poco inseguro con respecto a su apariencia. "Mañana iré a inscribirme al gym" pensaría, pero como en otras ocasiones, al final encontraría una excusa para no ir.

Como cada mañana de lunes a sábado, que eran sus días de labores en la empresa, escogería algún suéter o saco que estuviera disponible en su armario y que no hubiera olvidado recoger de la tintorería el lunes anterior. Primero se pondría el bóxer, luego la camisa, después, escogería una corbata y los calcetines, se pondría los zapatos y proseguiría a desayunar una vez que estuviera bien acicalado y peinado para ir a laborar.

Justo había tomado su plato para servirse un poco de cereal, cuando el teléfono celular que se encontraba en la cómoda, junto a su cama, empezó a vibrar; era una llamada.

Primero pensó en no contestar, pues bien podrían ser los de tele mercadeo o el jefe que necesitaba que llegase antes para realizar algún proyecto, o bien podrían esperar todos a que él terminara su desayuno en paz antes de hacerle la vida difícil. Pero esta llamada era importante, así

que muy a su pesar, el celular volvió a sonar, una y otra vez, por lo que se dispuso a contestar.

Era su primo Abraham, el que vivía en Italia. Extraño fue el hecho de que llamara, pues no eran muy cercanos a pesar de ser primos directos. Pero tras un breve saludo solo pudo sentir cómo su sangre se helaba.

“Tu madre ha muerto, lo lamento mucho” le dijo Abraham, quien mencionó muchas otras cosas, pero esa fue la única frase que quedó en su mente durante el resto de la llamada. Su primo mencionó el funeral, donde sería todo lo relacionado a este, le dio sus condolencias, y le describió lo que sus tíos hicieron para arreglar toda la situación, entre muchas otras cosas más.

Se despidieron y acordaron que él llegaría ese mismo día para resolver la situación y que se verían en el aeropuerto a las 8 de la noche, allí lo esperaría Abraham, una vez que él reservara su vuelo. Abraham mostró toda la disposición de apoyar a su primo, quien ahora se encontraba sin decir palabra.

Sin embargo, a pesar de la noticia recibida. Y en ningún momento después de colgar la llamada con Abraham, pensó en ir.

Simplemente se levantó de la mesa y se dirigió a trabajar. Fue a su auto, apagó el celular y condujo hacia su oficina, que se encontraba a media hora de su departamento. Al llegar registró su ingreso, subió en el ascensor al piso 10, fue a su escritorio, saludó en el camino a los compañeros con los que tendía a convivir y comenzó a trabajar sin parar, sin pensar, solo se concentró en su trabajo, tratando de huir de la pena y el dolor que le provocaba perder a la única familia que sentía le quedaba.

No dijo una palabra en todo el día, no se movió de su asiento ni siquiera a la hora del almuerzo, solo continuó haciendo las cotizaciones que tenía que entregar para el reporte del día siguiente.

Ese día hizo todo lo que pudo para alargar su turno y no tener que volver a la realidad. Terminó todos los pendientes y avanzó lo más que pudo en la contabilidad de la siguiente semana. Y solo hasta que la fatiga le impidió avanzar, decidió tomar un taxi que lo llevara a su casa, pues no sentía el menor ánimo de conducir. Probablemente de haberlo hecho habría chocado, pues ya eran las cuatro de la madrugada cuando aceptó retirarse a descansar.

Llegó a su casa y quitándose los zapatos con los pies avanzó hacia su cama y se desplomó sobre ella boca abajo.

Normalmente, cada mes su madre venía de Italia a visitarlo, le preparaba algún platillo ese día y lo comían juntos en la mesa del comedor, y aprovechaban la ocasión para platicar y ponerse al día con los eventos transcurridos desde la última visita. No era algo rutinario ni monótono, pues ella no tenía la costumbre de ir siempre y mucho menos había siempre la oportunidad de estas visitas, pero el hecho de que existieran daban alegría a aquella casa que no recibía visitas a menudo, pues él era demasiado introvertido y bastante soso como para que la gente buscara acercarse a alguien tan flemático como él.

Pero su madre lo veía como el sol, aun cuando era ella la del carácter alegre y la de las palabras dulces hacia él. Ella era todo lo que le quedaba en este mundo, pues su padre había muerto hacía ya unos diez años y al no tener hermanos, ni una buena relación con sus primos, no tenía a mucha gente en su vida con quien reunirse.

Ya habían quedado de verse aquel domingo, el domingo posterior a aquella trágica noticia. De alguna manera él esperaba que Abraham fuese un mentiroso, un bromista maldito que solo trataba de burlarse de él con una broma macabra sobre su madre. Pero no fue así, el domingo terminó y nunca nadie tocó a su puerta.

La noche cayó y él solo esperó sentado en su cama, pero nadie llegó. Al final se quedó dormido y no fue a trabajar al día siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente después de ese. Solo se la pasaba durmiendo. Únicamente se levantaba para ir al baño o comer lo que fuese que aún quedara en la alacena. Atún, frutas en almíbar y pan de tres días fue su dieta esa semana. No contestó el teléfono para nada y muy en el fondo sabía que podría perder su empleo o que la familia tal vez lo estuviese buscando por el hecho de ser el único hijo de Consuelo. Pero nada le importó, lo único que podía sentir era un peso enorme sobre sus hombros y su pecho, un peso que lo mantenía fatigado y hundido en su cama.

Capítulo 3

30 de enero

Era sábado otra vez. El jueves anterior su primo llegó a su casa. Al principio le reclamó su falta de interés. ¿Cómo había podido faltar al funeral de su propia madre? ¿No se daba cuenta de que la pérdida era para toda la familia y no solo de él? Poco faltó para que lo golpeará. Pero justo cuando estuvo más cerca de él, lo tomó con ambas manos y lo abrazó. Bien sabían todos en su familia lo introvertido que era, y que siempre había sido así en la vida; evitaba confrontar lo más que pudiera.

Posteriormente le dijo Abraham tomándolo del brazo y llevándolo al sillón.: "Lo lamento primo, sé que fue algo muy grande y difícil de digerir. También entiendo que manejes esto de manera distinta a nosotros, sé que por mucho tiempo ha sido difícil llevarnos bien, pero quiero demostrarte que no estás solo."

Un rato estuvieron platicando sobre trivialidades, sobre el trabajo, el vuelo, cuánto tiempo estaría en la ciudad, si podría quedarse con él hasta su regreso a Italia, entre otras cosas y de repente, llegó el silencio. Abraham empezó a contarle sobre el funeral, cómo había sucedido todo.

Había sido la mañana del viernes cuando su tía, la hermana de Consuelo, la encontró "durmiendo" hasta muy tarde, algo que no era común en ella, pues siempre tenía mucha energía y no le gustaba desperdiciar el día en la cama. Para ella, la vida valía cada segundo y desaprovecharla era un pecado mortal, así que, no importando el clima o su salud, siempre se le veía realizando alguna actividad. Ella siempre decía "Ya descansaré cuando me muera, mientras tanto hay que trabajar o hacer algo." Y así fue.

Su tía Josefina la revisó esa mañana y se dio cuenta del deceso. Con el corazón partido avisó a las autoridades correspondientes y a la familia de la situación. El tío ayudó a buscar la manera de contactarlo y le pidió a Abraham que el fuera el que hablara con él.

El funeral fue breve y rápido, hubo muchísimas flores, aunque hayan sido pocos los invitados. Todos esperaban que él apareciera, pero nunca llegó.

Y mientras él escuchaba estas palabras, se soltó a llorar. Su primo Abraham lo abrazó y le habló de lo demás, tratando de darle consuelo.

Sentía un gran dolor en el pecho por haber sido tan cobarde, por haber sido tan estúpido como para creer que todo desaparecería si pretendía que no estaba pasando, como si uno se pudiera burlar de la muerte y

creer que todo era como siempre fue.

A la mañana siguiente le dijo a Abraham que había decidido acompañarlo a Italia, así que el sábado en la tarde saldrían del aeropuerto rumbo a Europa para visitar la urna y darle el último adiós a su madre, el adiós que un hijo debe dar a sus padres y que el aun faltaba de dar.

Y así transcurrió el sábado. Fue al trabajo, se alistó desde la mañana y sus maletas se encontraban bajo su escritorio, ya arregladas previamente. A la hora de la salida se encontró con su primo Abraham afuera de la oficina para ir juntos al aeropuerto. Compraron los boletos, estuvieron en la sala de espera y se subieron al avión a las ocho treinta de la noche la mañana, encontrándose ya en Italia, rentarían un auto para llegar al pueblo donde vivía su madre.

Esa mañana, hermosa era la vista de Roma a su destino. Había árboles muy altos a ambos lados del camino y el sol se filtraba a través del follaje, mientras el aire fresco entraba por las ventanas y la radio sonaba. Por un segundo olvidó todo, se sentía más como una visita de placer que una despedida definitiva. Estaba nervioso y a la vez se sentía culpable de todo, pero por lo menos mientras manejaba, la vida parecía más simple.

Les tomó un par de horas llegar, pero al medio día ya se encontraban en el pueblo. Cuántos recuerdos tenía de aquel hermoso lugar en el que el olor a leña y las altas casas con enormes ventanales eran una imagen que difícilmente algún pintor podría retratar fidedignamente y darle la vida que tenía. Más difícil aún sería describir dicha imagen, pues el estilo clásico italiano y el blanco con caoba con aquellos pequeños detalles eran algo que tendría uno que explicar poco a poco para poder tener la imagen completa en la cabeza. Estar en ese sitio era como viajar en el tiempo a una época más simple y tranquila, sin embargo, en la plaza todo comercio contaba con wifi y conexión de banda ancha.

Al llegar obviamente lo primero que hicieron fue ir a la casa de su primo Abraham, donde su esposa e hijos le esperaban. Era una bonita familia italiana. La esposa de su primo, Saraí, era una mujer de caderas anchas y amigable sonrisa, cabello negro y lacio un poco esponjado, bastante largo, tenía ojos café oscuro. Se veía que era de carácter severo y difícil actitud, mas a pesar de eso, también se notaba cuánto amaba a Abraham, a quien recibió metiéndose en sus brazos y abrazándole fuertemente mientras recargaba la cabeza en su pecho.

Los niños de igual manera llegaron a abrazar a su padre. Abraham era joven cuando se casó con Saraí. Tendría alrededor de diecinueve años cuando por un "accidente" con un preservativo ella quedaría embarazada, no obstante se amaban tanto que nada importó para que su amor los ayudara a pasar los tiempos difíciles. De aquella "situación", nació el primero de sus dos hijos, Abraham "junior". Dos años más tarde llegaría

el pequeño Sebastián.

Luego de que todos se saludaron y de que Abraham presentó formalmente al primo que venía a ver los asuntos de su difunta madre y a despedirse de ella, la familia se reunió alrededor de la mesa a almorzar

Ese día, él se quedó en casa de Abraham, pues no tenía caso ir al otro extremo del pueblo y quedarse allá solos cuando podían pasarlo en familia. La tarde transcurrió rápido y estuvieron conversando acerca de cómo les había ido en la vida, de recuerdos de cuando eran chicos y de travesuras que hicieron en su juventud, antes de que se mudara para estudiar la universidad en otro país, donde terminó trabajando los últimos seis años.

Y mientras platicaban, lo único en que podía pensar era en aquellas ocasiones en que a pesar de todo, su madre había estado con él; cuando rompió alguna ventana, cuando lo atraparon en alguna travesura... Recordó cómo su madre le reprendía o castigaba. Pareciera como si siempre hubiera repetido el mismo discurso mas algo nuevo siempre se aprendía de ella.

En una ocasión, cuando él tenía como ocho años invitó a todos sus amigos del cole para su fiesta de cumpleaños. Estaba bastante emocionado, pues sería su primera fiesta!!! Ya imaginarán la emoción que sentía aquel niño al ser la primera fiesta que organizaba y al saber que todos sus amigos irían a cortar la tarta de cumple en su casa.

Él entregó las invitaciones a todos ellos y les pidió que fueran muy puntuales para partir la piñata y divertirse un rato en el inflable. Muy presto el día de la fiesta se arregló y se sentó a un lado de la puerta a esperar a que sus amigos llegaran. Sabía que todos llegarían a las doce en punto, así que, siendo quince minutos antes de la cita, no habría problema en esperarlos sentado junto a la puerta.

Eran las tres de la tarde y nadie había llegado. Únicamente estaba un niño con el corazón destrozado que seguía viendo por la puerta, esperando a que alguien apareciera, pero nadie lo hizo.

De pronto su mamá se acercó y le dijo que había sido culpa de ella, que cuando hizo las invitaciones, olvidó poner la dirección, pero que no tardarían en llegar sus primos y algunos niños del colegio. Él muy molesto le gritó a su mamá y la culpó de todo, salió corriendo hacia su cuarto y se puso a llorar. Más tarde empezaron a llegar algunos niños y sus mamás, y también sus primos que vivían cerca. Entonces olvidó el asunto y se la pasaron muy bien.

Lo que él no sabía, en ese entonces, es que una compañera también había hecho una fiesta ese día, así que nadie pensó en la fiesta de él. Su mamá,

al enterarse por medio de una amiga de la situación, le pidió a sus amigas en ese preciso momento el día de la fiesta, que por favor llevaran a sus hijos a su casa a festejar el cumpleaños de su hijo; Encontró la manera de conseguir regalos para que los entregaran, y entre ella y su papá se encargaron de que ese fuera un gran cumpleaños. Y lo fue. Fue uno de los mejores recuerdos que tenía, y todo fue gracias a su mamá.

Y siguió la conversación y mientras recordaba, no pudo evitar que las lágrimas recorrieran su rostro, porque aquella mujer que tanto había sufrido y tanto había hecho por él, ya no estaba, ya no había tiempo para volver a decirle cuanto le amaba y cuánto le agradecía desde el fondo de su corazón, haber hecho siempre hasta lo imposible para hacerlo feliz.

Al ver todos que rompía en llanto le consolaron y trataron de reconfortarlo lo mejor que pudieron, siguieron hablando hasta que se hizo muy noche para todos ellos y decidieron irse a dormir. Le ofrecieron un espacio pequeños en el cuarto con los niños, pero él prefirió quedarse en el sofá, pues roncaba y no quería perturbar el sueño de nadie.

A la mañana siguiente, todos se levantaron muy temprano, excepto él. Los niños fueron los que lo despertaron, cuando por accidente olvidaron que su tío estaba dormido en el sillón y se les ocurrió saltar sobre él. Así, después de que un niño de más de doce kilos le cayera encima de las costillas, no hubo manera de no despertar, así que se levantó, se acicaló, bañó y cambió para ayudar a preparar el desayuno, a lo cual Saraí se negó, pues era un invitado y no sería correcto dejarle hacer otra cosa que no fuera mover los bigotes y convivir. Una vez todos estuvieron sentados a la mesa, Abraham le empezó a comentar cómo fueron las últimas ocasiones en que llegaron a visitar a su madre. También le platicó de los asuntos de su madre que faltaban por resolver, por lo que al parecer esa no iba a ser la última visita que tendría que hacer al pueblo.

La casa era el mayor problema, pues él no vivía en el país, y era obvio que él era el heredero, así que tal vez lo más sensato sería venderla, pero antes tendrían que ver el estado de la misma y todo lo relacionado con la propiedad, así como revisar la situación testamentaria, lo cual sería una mera formalidad.

Pero lo más importante era visitar los restos de su difunta madre, doña Consuelo, porque así la conocían todos. Ella era doña Consuelo y bien ganado tenía el título; era una mujer que iba a misa cada domingo, devota y servicial que tendía la mano a quien le pidiese ayuda e intachable, una mujer que gustaba de estar con su familia y procuraba a su hijo. Si bien no fue canonizada, no fue por falta de méritos, sino por el hecho de que aparte de todo era humilde y no pregonaba lo que hacía por los demás.

Así que él y la familia se condujeron hacia el lugar en que se encontraban las cenizas de su madre. El sitio estaba a una hora y media de camino desde la casa de su primo. No es mucho tiempo de trayecto si uno vive en la ciudad, pues para los que vivimos en ella es normal un recorrido así debido al tráfico y las obras viales, pero para la gente de un poblado en el que la palabra tráfico ni siquiera existe significa una gran distancia. Al final llegaron a aquel lugar en el que en un segundo piso se encontraba el nicho donde yacía la urna de su madre. Un dolor le atravesó el pecho y la espalda por lo que respirar se volvió una tarea pesada.

Él no sabía qué decir. ¿Qué podría decir que valiera la pena? ¿Qué podría decir que importara ahora? Nadie hubiera pensado que la última visita que le hizo su madre al apartamento sería en realidad la despedida.

"Te amo. No olvides que puse la ensalada de atún en el refrigerador, no se vaya a echar a perder y tengas que tirar el tupper a la basura. Ya me voy, si no el taxi me deja." Eso fue lo último que su madre le dijo.

Lo último que él le dijo a ella fue: "Yo también, sí, con cuidado". De haber sabido lo que iba a pasar un mes más tarde todo habría sido muy distinto. Le dicho que la amaba, que ella significaba muchísimo para él, que le agradecía todo lo que había hecho por él; que su apoyo y su cariño le habían dado la fuerza para creer en algo mejor y que todo lo bueno que había aprendido había sido por ella, que no había podido haber tenido mejor madre y que la cuidaría más y que él la visitaría, que la ayudaría más y vería que no le faltara nada nunca...

Estuvieron en el nicho alrededor de una hora, para que él asimilara lo que había pasado y llorara la muerte de su madre. Después se a la oficina del lugar para hacer el trámite y poderse llevar las cenizas. Ahora Abraham conduciría, pues él llevaba ahora la pequeña urna con los restos de su madre.

Capítulo 4

1 de febrero

Si hay algo que mata el espíritu de un hombre es el trabajo de oficina. Nada más deprimente, monótono y gris existe en este mundo que trabajar en una oficina, a la cual, como un esclavo capitalista, te encuentras atado por un sueldo mediocre y servir de oveja para ser trasquilado cada mes por un hombre que en muchas ocasiones jamás llegarás a conocer. Pero esta es la realidad de millones de pobres diablos que habitan en un mundo mágico, el cual jamás podrán observar o conocer.

Donde él trabajaba era el piso de un gran edificio en el centro de la capital. Todas las mañanas pasaba a través de una puerta de cristal, saludaba a los guardias de seguridad, se quitaba el cinturón, el saco y todo objeto de metal, los ponía en una bandeja y mientras cruzaba la puerta de seguridad, se dedicaba a hablar de cualquier tema irrelevante con los guardias, ya fuera Santiago o Guadalupe, el que estuviera en su turno. "¿Vio el juego anoche?", "Qué frío hace. ¿no lo cree?" o "¿Ya vio lo que pasaron en las noticias?".

Después de estos breves comentarios entraba con su tarjeta de empleado por un acceso que conducía al elevador y subía el edificio junto con una multitud de personas indiferentes a su presencia que bajaban en diferentes pisos sin decir palabra alguna, solo el ocasional "con permiso" o "¿Baja en el próximo piso?"

Ya una vez en su territorio, el piso diez, se dirigía a su escritorio que se encontraba trece escritorios al fondo y tres a la derecha contando a partir de la puerta, muy cerca del garrafón de agua.

A su lado, se encontraba Mike, su amigo por razones de ubicación. Él era un tipo tranquilo y sabelotodo, muy amable e inteligente, con quien convivía la mayor parte del tiempo.

La verdad es que Mike es fácil de describir. Era un tipo de grandes mejillas regordetas, cabello lacio y negro, algo largo y despeinado, aunque trataba de peinarlo para atrás; su complexión no era esbelta y tenía la estatura promedio. Eso sí, siempre iba de traje negro y corbata de color oscuro, nunca desaliñado, pero nunca usaba colonia alguna y si la usaba ninguna le fijaba bien, pues aunque siempre olía a limpio, jamás olía a colonia alguna.

Mike siempre llegaba tarde, por una u otra razón, no había manera de verlo antes de que él llegara a la oficina; si él llegaba tarde, Mike llegaba aún más tarde. Nunca le preguntó la razón de sus retardos y Mike nunca dijo tampoco el porqué, pero era seguro que llegaría corriendo con su

maletín en mano y las llaves en la otra, abriría su cajón izquierdo, depositaría el maletín adentro y sacaría solo algún tupper o termo de él maletín, para colocarlo a un lado de su ordenador.

¿Qué tal te fue en Italia? —preguntó Mike mientras encendía su ordenador.

Así que él le contó del viaje a Europa y todo cuanto había ocurrido, así como de la herencia y la visita familiar.

Hombre, 'mano y ¿ni un recuerdo me trajiste? De verdad que te pasas, toda una semana aquí sin encontrar con quién tener una plática inteligente y tú regresas sin un "souvenir"—agregó Mike.

—Lo que sucede es que no hubo tiempo de hacer muchas cosas amigo y lo más probable es que tenga que volver a Italia otra vez...

—Acabo de conocer a una tipa, que iuff, muchachos!, está preciosa. Igual y la llevo a allá si se porta bien—añadió Christian, integrándose a la plática brevemente mientras pasaba hacia su oficina y guiñando un ojo y sonriéndoles mientras cerraba la puerta de la oficina.

Christian era el de Recursos Humanos, era un hígado y no lo soportaba nadie por ser el clásico patán presumido que creía merecer el reconocimiento de todos. Medía como un metro, setenta y nueve centímetros, tenía complexión atlética y ojos castaños, así como su cabello, su tez era blanca y la nariz, recta).

—¿Ves lo que tuve que soportar en tu ausencia amigo? —añadió Mike con una cara de desagrado y señalando la puerta de Christian muy enérgicamente. —Pero bueno, al menos ya que tienes casa en Europa, ya no tendré que pagar hotel cuando vaya para allá...—dijo Mike, y se pusieron a trabajar.

Pasó así un mes, sin ninguna novedad, mientras él seguía con su vida tratando de pensar qué haría ahora con aquella casa que no tenía propósito alguno en su vida. Pensaba que quizá era mejor venderla y comprar algo aquí en el país. Se decía esto y así se lo repetía día con día, mientras buscaba en su mente qué haría con el dinero que le darían al venderla. Pensaba en todo lo que podría comprar, como un auto nuevo. "Eso me compraré, un auto nuevo" se decía a sí mismo.

Capítulo 5

2 de marzo

A veces recordar el tiempo pasado es doloroso , quizá se deba al hecho de extrañar viejos tiempos o lamentarse por decisiones tomadas, a veces solo se trata de la ilusión que teníamos acerca de alguien o de alguna circunstancia. En este caso es todas las anteriores. Él no podía superar su relación pasada, es justo por esta razón que nunca se aventuró a intentar hablarle a la linda chica que trabajaba en el café que se encontraba en la planta baja del edificio en que trabajaba. Casi nunca compraba café allí, pero cuando lo hacía, siempre esperaba encontrársela. Aun así, jamás le habló, ya que el recuerdo de Jessica aún lo perseguía.

Dos años atrás, tal vez un poco más, había conocido a Jessica. Fue en una de esas reuniones que hacen los compañeros de oficina en las que hay poco ambiente, pero bastante alcohol, (porque uno bien sabe que en su sano juicio no se atreverían a comportarse de igual manera que cuando el alcohol entra en su organismo, pues es más fácil culpar al alcohol de sus acciones que hablar de las intenciones previamente moldeadas en la cabeza). Ella llegó como invitada de una amiga compañera de él, los presentaron y empezaron una plática muy interesante acerca de las relaciones y lo que pensaban qué era el amor. Estuvieron hablando toda la noche de sus experiencias, de todo aquello que habían vivido, de relaciones desastrosas y aventuras alocadas. Se enfocaron tanto uno en el otro, que al final los dejaron solos. Pero el hecho es que ninguna chispa salía de aquella conversación, era más bien un debate en que dos necios defendían su posición. Fue hasta el momento en que ella dijo "Yo no creo en el amor" que él tomó como un reto personal mostrarle a aquella chica que todo lo que él hablaba no eran fantasías.

Esa noche los dos salieron de la fiesta y fueron a la tienda a comprar un six de cervezas, se sentaron en la acera y siguieron platicando sobre sus vidas, ya cuando fue muy noche él la dejó en su apartamento y se despidió de ella con un beso.

Toda esa semana se estuvieron comunicando por mensajes. El fin de semana se vieron y una atracción inexplicable los atrapó y después de ir por una copa regresaron al departamento de ella e hicieron el amor aquella noche.

A partir de entonces, cada fin de semana él lo pasaba en casa de ella o viceversa. Cuando se quedaba con ella aprovechaban para comer juntos o ver películas, descansar del ajetreo de la semana, platicar, reír, tener sexo en cualquier parte de la casa o simplemente quedarse dormidos en el sillón. Salieron de viaje en muchas ocasiones, recorrieron varias regiones del país y pueblos mágicos. Nunca viajaron fuera del país, lo cual era

curioso por el hecho de que gran parte de la familia de él residía en Italia. A pesar de esto, nunca fueron a conocerlos, y ella solo conoció a su madre debido a dos visitas que ella hizo a casa de él durante el tiempo que estuvieron juntos y que pudieron coincidir, pues Jessica, al ser abogada, no tenía mucho tiempo libre.

Se sentían bastante cómodos y a gusto el uno con el otro. Pasaron así dos años y hasta se pensó que su relación culminaría en matrimonio, al menos así lo esperaban todos los que los conocían. Hasta que un día y sin aviso, (o más bien él no había querido percatarse de la situación de la relación) ella le pidió que se vieran en un pequeño restorán muy cerca del despacho en el que ella trabajaba. En otras ocasiones ya habían almorzado y comido varias veces juntos en aquel lugar, por lo que no era extraño para ninguno de los dos, y el hecho de que tuviera mesas al aire libre y fuera bastante privado gracias a los dos árboles que se encontraban en la acera lo hacía un lugar ideal para estar en pareja, así que él no sospechó en absoluto lo que estaba por suceder.

Aprovechando la hora del almuerzo tomó su auto y se dirigió a verla. Allí la encontró ya sentada con una taza de café, muy pensativa. Él la tomó por sorpresa y la saludó como normalmente lo hacía: con un beso en los labios. Ante esto ella reacciono moviendo la cabeza hacia atrás, alejando su rostro lo más que pudo. Esto fue un mal indicio por lo que él preguntó la razón de aquella reacción con la esperanza de que fuera una nimiedad lo que la atribulaba. Ella con mucha serenidad comenzó a hablar. Cuando él escucho lo que ella tenía que decirle claramente se pudo oír cómo algo se rompía dentro de él.

Capítulo 6

4 de marzo

En las ocasiones en que él tenía tiempo en la oficina, tomaba uno de los libros que no había terminado de leer y se disponía un rato a hojearlo, y solo lo hojeaba, no lo leía, pues no se concentraba en el texto, leía en automático, sin comprender, mientras su cabeza daba vueltas y su mente divagaba, por lo que no había logrado terminar ninguno de los seis libros que tenía guardados y que, al no saber bien de qué trataban, tenía que empezar a leerlos de nuevo una y otra vez.

Él ya no sabía qué debía de hacer con aquella casa que había heredado; la idea de venderla le pareció tentadora en un inicio, pero después de meditarlo bastante tiempo no estaba seguro de hacerlo, ni pareció algo viable. Aquella casa guardaba muchos recuerdos de su madre, sentirse como en casa al estar en aquel lugar, saber que su familia lo recibía con los brazos abiertos durante sus visitas y el hecho de que los restos de su madre descansaban en esas tierras, todo esto lo hacía titubear sobre la venta, pues tenía con el inmueble un fuerte vínculo, a pesar de haberse alejado de Italia desde hacía años y por no haber vivido allí durante mucho tiempo. A pesar de esto, él sentía que aquella casa era su hogar y este era su razón para dudar en venderla, el sentimiento era cada vez más fuerte por quedársela que por dejarla ir.

Capítulo 7

Lo que de ella fue mientras todo esto pasaba...

Melissa había estado pasando un año bastante complicado, al igual que muchas personas en ese momento; se encontraba en uno de esos altibajos que ninguno esperamos experimentar.

Hasta hacía dos semanas atrás, vivía en casa de su mamá con su hermano Fernando, y un mes antes había estado viviendo con Susana, su ex-pareja. Pero ahora vivía con su papá.

Ella estudiaba la carrera de comunicaciones en la universidad pública, era una alumna dedicada y bastante inteligente, y aunque no quería estudiar esa carrera, aun así ya estaba a punto de terminarla. Todo esto por la simple razón de que jamás se rendía, además como todos en algún momento pensaron que dejaría la carrera, ella no lo hizo. Ella hubiera preferido estudiar idiomas y volverse maestra de francés, pero que a su padre no le agradara la idea fue suficiente motivo para que ella desistiera de sus sueños. Porque a pesar de ser una mujer decidida e indomable ante el mundo, frente a su padre era la niña obediente que siempre haría lo que él dispusiera, a pesar de que solo en una ocasión, ya en sus veintiún años él le dijera que estaba orgulloso de ella.

Sus padres se habían separado cuando ella aún era pequeña, tendría alrededor de ocho años cuando su papá se fue de la casa y desde entonces su mundo se dividió en dos, y cuando llegó su hermano Fernando, se dividió en cuatro.

Melissa siempre fue muy hermosa, aunque durante la primaria y la secundaria fue muy insegura de su apariencia. Fue hasta la preparatoria que se dio cuenta de lo llamativa que era por sus rasgos perfectos, y de haber escogido el camino del modelaje, fácilmente se hubiera convertido en una famosa estrella.

Sus grandes ojos cafés, sus mejillas chapeadas, su nariz pequeña y labios perfectamente diseñados quedaban perfectos en su bella sonrisa siempre cálida y amigable con todos porque si algo la caracterizaba es que siempre fue muy "parlanchina" y "amiguera". Ella podía hacer amigos hasta entre las rocas y cuando a alguien le decía amigo, ellos sabían que podían contar con ella, ya fuera para saltarse una clase, jugarle una broma a alguien o para llorar juntos alguna ruptura amorosa. Y vaya que hubo rupturas amorosas en su camino. Desde pequeña le gustó andar de noviera; conoció chicos amables, groseros y uno que otro patán, pero fue en la universidad que conoció a alguien de quien se enamoraría de verdad, su nombre era Susana y la conoció en el curso de inducción. Se hicieron amigas y empezaron a hablar horas por el móvil, hasta que un

buen día en una fiesta de Halloween, Susana al fin se decidió a confesar lo que sentía por Melissa y la besó. Melissa, desconcertada, no entendía el sentimiento que la recorría y tomó entre sus brazos a Susana y también la besó, se sintió correcto y muchas dudas sobre si misma desaparecieron al fin, experimentaba su sexualidad plenamente por primera vez y sin sentirse culpable de nada, todo lo contrario, al fin siendo libre de ser quien era en realidad.

Desde aquel momento se volvieron inseparables. Esto muy a pesar de su conservadora madre, que no le hizo gracia la noticia de que su hija era homosexual.

"Bisexual mamá, bisexual. No veo géneros, veo sentimientos y acciones, me siento atraída por ambos géneros", decía Melissa. Y eso era verdad, ella se enfocaba en estos aspectos de las personas. No obstante, nunca tuvo el valor de contarle a su padre sobre Susana sino hasta el día que tuvo que irse a vivir con ella y ya después de un par de meses de que se habían mudado juntas.

Año y medio estuvieron juntas. A los ocho meses de noviazgo ya habían decidido vivir juntas y rentaron un pequeño departamento cerca de la universidad. Poco a poco compraron muebles y adornos, así como plantas que les gustaban para decorar su pequeño mundo, en el que disfrutaban muchas de sus tardes tan solo tendidas en el sillón viendo la televisión. Pero los últimos tres meses de su relación fueron muy distintos, tal vez por el estrés, ya que ambas estaban estudiando, tal vez porque Susana había empezado a trabajar y a veces se veían solo por las noches. El asunto es que empezaron a existir muchas discusiones y algo aún peor: el silencio. Porque así era Melissa, cuando se enfurecía le hacía la ley del hielo a quien fuese y prefería mandar indirectas a tratar los asuntos de frente, eso sin contar con el hecho de que Susana era bastante nerviosa y los silencios de Melissa solo lograban enloquecerla.. Pero no fue el tenebroso silencio de Melissa, sino el de Susana lo más grave, porque de haber sabido Melissa que su pareja ya se había dado por vencida, hubiera estado sobre aviso de lo que sucedería.

Melissa actuó inmaduramente, pero quería muchísimo a Susana, porque así era ella; cuando se entregaba, se entregaba completa y sin dudar, algo que ya le había causado problemas antes y en ese momento la iba a quebrar.

Esa noche Melissa peleó con Susana por lo mismo de siempre, una nimiedad que bastó para que decidiera no acompañarla a la fiesta de cumpleaños de su amigo Raúl. Así que Susana fue sola a la fiesta mientras Melissa, que estaba bastante cansada, decidió ver televisión. Ella se quedó dormida y como a eso de la una de la mañana se despertó y se dio cuenta de que Susana no había regresado aun, entonces le marcó a su celular y este la mandó directo al buzón de voz. Lo primero que pensó fue que

Susana seguía molesta con ella por no ir a la fiesta, así que no le dio importancia y fue a buscar un sobrecito de té a la alacena. Al no encontrar nada, decidió ir a la tienda de la esquina que estaba abierta las veinticuatro horas para comprar té y saciar su antojo.

Se puso un suéter gris con puntos que estaba en el sillón frente al librero y sus pantuflas color púrpura con pequeños ojitos de canica. Tomó las llaves de la cómoda y salió del apartamento hacia la tienda. Y una vez que hubo comprado el té e iba de regreso a casa, al cruzar la calle vio un auto gris. En este se hallaba Susana con otra persona. La dueña del auto y Susana, al no percatarse de la presencia de Melissa, seguían disfrutando su momento, pero en este momento, solo sentiría una gran decepción y un dolor punzante en su pecho.

Un frío recorrió su espalda, sintió el estómago revuelto, ganas de llorar y de ir hacia el carro y golpear a Susana con un martillo en la cara o preguntarle qué diablos pasaba, pero tenía un nudo en la garganta.

Ni Susana ni su acompañante se percataron de que las observaba Melissa, tal vez porque era de noche, tal vez porque estaban un poco pasadas de copas o más bien porque estaban tan concentradas una en la otra que se olvidaron del mundo. Se acariciaban suavemente el rostro y el cabello, había risitas y empujones de flirteo que se transformaron sutilmente en pequeños besos que mostraban cuántas ganas tenían de pasar el resto de la noche juntas, si no es que ya lo habían hecho. Cada movimiento, cada risita, cada beso pareció haber durado horas a los ojos de Melissa, quien estaba como congelada; aquel frío seguía recorriendo su espalda, sintió un gran hueco en el pecho que no podía callar.

Corrió a casa. No podía creer lo que acababa de presenciar, no quería aceptar lo que ocurría. Un dolor embargó todo su cuerpo, su alma estaba atormentada. Fue a su cama, se metió debajo de las cobijas, que aún se mantenían tibias. Un temblor invadió su cuerpo mientras aquel frío que la recorría era frío como una puñalada en el corazón. Lloró amargamente y cuando oyó que la puerta de la entrada se abría cerró con seguro la puerta de la recámara para que Susana no se percatara de que estaba llorando. Cuando Susana intentó entrar a la habitación y se dio cuenta de que estaba cerrada tocó cautelosamente mas al no recibir respuesta, empezó a tocar fuertemente con la palma de la mano abierta.

"No estoy de humor, preferiste irte sola, ¿no? Pues allí está el sillón", dijo Melissa con voz firme, intentando ocultar ese dolor que sentía en el pecho y que apenas le dejaba respirar, evitando se notara en su voz rastro alguno de que estaba llorando a mares.

Susana no contestó y solo se escuchó el ruido que hacía en la sala al

acomodarse para dormir.

A la mañana siguiente no hablaron. Melissa no quería intercambiar palabras con Susana para nada. Así estuvieron durante varios días hasta que el silencio incómodo y la indiferencia de Melissa hacia Susana fue tal, que Susana se decidió a hablar primero, con la idea de que toda la molestia de Melissa era que se había ido sola a la fiesta y había llegado muy noche a casa.

Justo eran las cuatro de la tarde. Mientras veían una película Susana le preguntó a Melissa cuánto tiempo más estarían así. Aunque Melissa se negaba a hablar con ella, era evidente en su mirada la ira que estaba conteniendo y por eso prefería callar. Fue en ese momento, después de dar mil explicaciones y tratar de animar a Melissa, que Susana realmente se dio cuenta de lo que en realidad estaba pasando. Era obvio que lo que ella creía no era lo que molestaba a Melissa. ya no importaba, pero tenía que decirlo y acabar con aquella intolerable situación pensó Melissa.

Y entonces Susana le preguntó si había visto algo la otra noche. Entonces los ojos de Melissa se llenaron de lágrimas y ambas supieron en ese momento que ese era el final.

La mujer del auto era una compañera de la universidad, una amiga con la cual Susana había estado saliendo desde hacía un mes. Todo había empezado inocentemente, pero una chispa surgió y se dejaron llevar.

Hasta ese momento Melissa se había podido contener, mas el hecho de que Susana le dijera que sentía algo por la otra mujer fue como darle con una pala en el pecho para sacar todo lo que traía adentro, y empezó a gritar, a todo lo que había hecho por ella, le preguntó cómo se había atrevido a hacerle tanto daño, le dijo que era una persona sin moral y que le iba a ir mil veces peor a ella en el amor por lo que había hecho, que era una zorra, una mentirosa e hipócrita, que solo había jugado con sus sentimientos y que a la primera oportunidad había buscado otra "pendeja" que cayera en su juego para remplazarla como si nada.

Y mientras decía todo esto con llanto Melissa, Susana trataba de calmarla. Hubo momentos en que también le reclamó su falta de apego, su frialdad, el poco tiempo que le daba y la falta de intimidad entre ellas. Por momentos parecía que Susana trataba de justificarse, pero también expresaba sus sentimientos. Por su parte, Melissa no quería escuchar nada, no pensaba seguir un minuto más en esa casa que se había convertido para ella en una prisión que le asfixiaba y le consumía el alma. Así que mientras discutían y peleaban a gritos, tomó la mochila más grande que tenía y la llenó de todo lo que encontró y pensó que le sería útil. No tenía caso que Susana preguntara adónde pensaba ir o qué

pensaba hacer, porque Melissa ya había tomado una decisión

Tras aquel suceso con la que creía que era su compañera de vida y por el hecho de no traer nada consigo más que la única mochila que pudo encontrar en su huida, no tuvo opción y regresó a casa de su madre. Esto no fue una decisión fácil de tomar, pues desde que estuvo en esta relación, su madre había tomado una actitud hacia ella pasivo-agresiva, como la de un embajador durante la guerra en contra de la nación que piensa atacar; hacía sutiles comentarios que demostraban su descontento.

Así que reunió todas las fuerzas que le quedaban y se dirigió a la casa materna. Estaba cansada y ya eran casi las nueve y media de la noche. Desde que tomó sus cosas para no volver al departamento con Susana empezó a caminar sin parar.) No deseaba ir allí, pero sin dinero y otras opciones, no le quedaba otra. Solo el frío le impediría dormir en el parque, por lo que decidió que tendría que soportar escuchar a su madre y ver cómo se le llenaría la boca al decirle: "Te lo dije".

Pero antes de eso, tenía que mitigar el frío así que entró al pequeño restorán que estaba sobre la avenida a unas cuadras de casa de su madre a tomar un café, ya que si tenía que presentarse fachosa y desvelada, lo haría bien despierta para saber qué responder con la sagacidad necesaria para no terminar como el hijo prodigo de rodillas y llorando, pidiendo misericordia para entrar a la que también era su casa.

Así que entró a aquel restaurante que no se encontraba lejos de allí y a pesar de que la noche estaba helada, dentro del lugar no hacía frío.

El sitio tenía ventanas amplias, una barra al fondo y estaba todo decorado con tonos claros, colores amarillos y cafés. El estilo del lugar era como de un café setentero de los que no quedan pocos en la ciudad, era de aquellos lugares que parece sobrevivir al tiempo a pesar del deterioro, pero no tenía nada extraordinario.

Al fondo había una pareja discutiendo , en la barra estaba sentado un hombre anciano de boina con un café en la mano derecha. El sujeto platicaba con la camarera, quien apenas tenía los ojos abiertos, pues se le notaba bastante cansada y su rostro mostraba ojeras.

Y mientras ella entraba con mochila en mano y contemplaba aquel cuadro , la mujer que discutía con aquel hombre se levantó de la mesa rápidamente como queriendo huir de aquella plática, pues él aún hablaba cuando ella con un solo movimiento tomó su suéter y sin reparar en nadie atravesó la entrada empujando a Melissa, quien muy desconcertada solo hizo un gesto de desagrado y se dirigió a la barra, pues ya tenía bastante

con qué lidiar como para pelear con una persona maleducada.

Melissa tomó asiento y muy amablemente le pidió una taza de café a la mesera, mientras dejaba a un lado su mochila. Comenzó a frotarse las manos y a llenarlas con su aliento con el propósito de calentarlas. Y mientras hacía esto, su cabeza daba vueltas y un hueco aún se sentía en su pecho. Si querer hacerlo se preguntaba: "¿No valía la pena lo nuestro? ¿Tan poco le importé? ¿Habría sido la única ocasión en que lo hizo? Y si es así, ¿podré perdonárselo?"

Estas y mil preguntas más surgieron junto con cientos de escenarios que recorrían su cabeza. Todo esto empezaba a doler más y más, y justo cuando creía que podía controlar las lágrimas, más punzante sentía en el pecho aquel dolor. Tenía que volver a respirar profundamente para no romper en llanto en aquel lugar. Si el frío de la noche ya era bastante malo, el escalofrío que le recorría el cuerpo era aún peor.

Llego la mesera con el café, le sirvió y le preguntó si necesitaba algo más. Por el tono en que le habló la mesera de dio cuenta de que era evidente que todos podían percatarse de su mal semblante, pero Melissa movió la cabeza apenas haciendo un ligero sonido para decir que no necesitaba nada más. La mesera se retiró. Melissa tomó con ambas manos la taza de café y sintiendo un nudo en la garganta le dio un sorbo, esperando que eso la tranquilizaría.

Pasaron algunos minutos y después de haber entrado en calor, aun cuando seguía temblando, dejó un billete de cincuenta pesos en la mesa y salió del lugar dando un respiro profundo y con la espalda erguida. Estaba decidida a no volver a llorar jamás.

Pero mientras decía esto en su mente, sus sentimientos la traicionaban y comenzaba a llorar otra vez mientras caminaba a casa de su mamá. De pronto se dio cuenta de que había olvidado su mochila en el restaurante. Era el colmo.

Furiosa con ella misma se dio la media vuelta para regresar al café y deseó que por suerte aún estuviera allí su mochila . Hacia allá se disponía a ir cuando saltó debido a un susto.

Era de la cafetería, el que estaba con aquella joven maleducada que la aventó cuando cruzaba la puerta del café. Él traía su mochila. Rápidamente ella la tomó, le dio las gracias y se fue.

Al llegar al edificio en el que vivía su mamá, saludó al portero y le pidió que anunciara su llegada. Tomó Asiento en el vestíbulo sosteniendo su mochila en los brazos, pues no quería volver a perderle. Mientras esperaba se sobaba el rostro y con sus manos recorría su cabello. La puerta del elevador se abrió mas estaba sumida en sus pensamientos no

se percató de ello, pues su mirada estaba clavada en el suelo, así que cuando vio que se acercaban a ella unos tenis rojos del número ocho levantó la mirada.

—¿Te corrieron hermanita? —dijo el joven que se acercó a ella con una expresión socarrona en el rostro.. Pero antes de que ella pudiera contestar algo, él la levantó y la abrazó muy fuerte. —Todo estará bien —añadió él. Escuchar estas palabras la hicieron llorar.

Una vez que se calmó su hermano limpió el rostro de Melissa, tomó la mochila, la abrazó amigablemente y se encaminaron al departamento.

La verdad es que volver a casa de su madre no fue una gran idea. De tener su propio espacio, de disponer libremente de su tiempo, ahora regresaba a una realidad en la que el ruido que su madre hacía en las mañanas antes de ir a trabajar no le permitiría dormir. Tenía que acomodarse en un espacio que su hermano había invadido, pues lo que antes era su cuarto se había convertido en bodega, ya que varias cajas se apilaban a un lado de la que fue y volvía a ser su cama. Frente al espejo también había varias cajas y bastante polvo por todos lados. ¡Solo hacía un año que ella no vivía allí! Y parecía que tenía años sin haber estado allí.

Tras dos semanas de estar totalmente deprimida y de rondar por la casa como un fantasma que sollozaba por todos lados, deambulaba y comía de repente, decidió a retomar su vida y volver a la escuela, pues aunque se sintiera mal no pensaba abandonar toda su vida por una mala experiencia.

Era un lunes cuando retomó la acción. Se puso una sudadera gris, un pants rosa, desayunó, le pidió dinero prestado a su mamá para no tener que ir al banco y se fue a la papelería a comprar una libreta, ya que por ahora no pensaba ir al departamento de Susana para recoger sus cosas . Luego de esto fue a la universidad.

El día o más bien las clases fueron bastante pesadas. No pudo concentrarse y solo hizo rayones en sus cuadernos. Cuando hubo tiempo libre, lo primero que hicieron todos los que la conocían y hablaban regularmente con ella fue preguntarle qué había pasado. Mas no era la primera vez que le habían preguntado esto, muchos de ellos ya se habían puesto en contacto con ella a través redes sociales. Por alguna razón, las personas tienden a buscar el chisme y como les gustan los detalles, aunque no lo quieran admitir, preguntan nuevamente sobre lo mismo. Sin embargo, los únicos con intenciones sinceras de saber qué había ocurrido eran sus amigos, Joaquín y Samantha.

Joaquín era un joven delgado, moreno, de ojos medianos y cabeza ovalada, su quijada parecía fuerte. Tenía orejas medianas, cabello lacio y

cejas semipobladas. Todo esto, en conjunto no lo volvían mal parecido, pero tampoco era un galán de novela.

Samantha era una chica risueña, de ojos grandes y manos pequeñas, de caderas anchas y chaparrita. Así era como más la describían o ella misma se describía así misma.

Cuando ellos comenzaron a hablar con ella, Melissa no pudo contener las lágrimas y en lugar de entrar al resto de las clases que faltaban por tomar ese día, los tres se fueron por un café a aquella pequeña lonchería a tres cuadras de la universidad.

Joaquín echaba pestes de aquella situación y muy molesto, le dijo a Melissa que no era su culpa, que Susana había sido una desconsiderada, que ella se merecía algo mejor, alguien que la amara y la cuidara siempre.

Samantha le dijo que no tenía por qué lamentarse, que con aquella acción Susana había demostrado que no valía la pena y la abrazó. Las dos lloraron juntas. Samantha le dijo que se había salvado de un grave error. Mientras Melissa escuchaba todo esto solo deseaba que nada de aquello hubiera sucedido.

Estuvieron platicando y desahogándose por horas, hasta que se hizo tarde y Joaquín acompañó a Melissa a su casa.

Dos días más tarde, al regresar de la universidad, Melissa aventó su suéter sobre el sillón y se dirigió a su cuarto a hacer la tarea y ponerse al corriente. Pasaron alrededor de quince minutos mientras ella se acomodó, encendió su laptop y abrió su libreta. Entonces su hermano tocó la puerta.

- ¿Estás ocupada? —dijo asomándose inquisitivamente.

—Tengo bastante tarea. ¿Qué quieres "Bembo"? —dijo seriamente Melissa. Bembo era un apodo que le puso ella a su hermano desde pequeños porque no decía correctamente la marca del pan de caja que compraban y siempre decía "bembo", en lugar de decir pan, así que por eso desde ese entonces le decía de esa manera.)

—¿No piensas volver por tus cosas? —dijo con voz suave y maquiavélica, como queriendo incitar a su hermana.

—Mira Fernando, no creo que sea buena idea, sí, quiero ir por mis cosas y quemar el lugar con ella adentro, pero no. No lo haré. No quiero topármela ni por casualidad—dijo fastidiada.

—Como quieras, pero si mal no recuerdo, normalmente este día iban a jugar tenis. ¿No es así?

Fernando tenía razón, los jueves era el día en que iban a jugar tenis. A ella no le gustaba mucho, pero a su ex le fascinaba practicarlo y era aún buena hora para ir al departamento para no encontrársela ni por casualidad ya que probablemente se encontraría entrenando.

—Estaré lista en quince minutos, ve por el auto —le dijo a su hermano mientras cerraba rápidamente la laptop y lo sacaba de su cuarto para cambiarse, porque aunque no quería toparse con ella, si llegaba a suceder, Susana tenía que verla bien y no con aquella blusa vieja que usaba cuando solo quería estar cómoda, se arregló y se maquilló no obstante, ya que como aún tenía la incertidumbre de si se la encontraría o no, se puso una sudadera tipo hoodie y unas gafas oscuras además. Bajó al estacionamiento donde su hermano le reclamó el tiempo que había tardado en alistarse.

Rápidamente llegaron a la casa, ella sentía un malestar en el estómago, sentía que se retorció mientras iban en camino, luego esa molestia se convirtió en un vacío. Mientras subían las escaleras del segundo piso para llegar al departamento, ella en todo momento se mantuvo alerta ante cualquier ruido o peatón que pasara, pues no quería que nadie la reconociera o delatara.

Al llegar, abrió la puerta del apartamento muy lentamente y entraron sigilosamente para verificar que no hubiera nadie en la casa. En voz muy baja y con señas le dijo a Fernando qué cosas tomar y fueron metiéndolas a unas bolsas de basura que tomaron de la cocina. Cada vez que llenaban una la ponían en la entrada del apartamento.

"Aún conserva todo"-pensó Melissa. Sintió un agudo dolor en el pecho mientras veía la que fue su casa, su hogar, hasta hacía un par de semanas. Se dirigió hacia la recámara por algunas prendas que le faltaban. Pero mientras el sentimentalismo le ganaba, una ira incontrolable a manera zumbido inundó cada parte de su ser y comenzó a gritar y a romper todo con un tubo del ropero que tiró al descolgar unas blusas a jalones. Rompió primero el espejo del ropero y continuó con todo lo que se encontró enfrente de ella. Fernando, alarmado, corrió a la habitación solo para evitar un golpe que iba directo a un cuadro que estaba colgado en la pared.

Y es que Melissa no pudo más que enloquecer cuando en lugar de ver en el buró la foto de ellas de aquel viaje que habían hecho a Hidalgo, se encontró una foto de Susana con la que al parecer ya la había remplazado; una foto de las dos en una fiesta que Melissa no reconocía y

solo podía asumir que era de aquel día en que todo se había ido al diablo.

Fernando no pudo ni acercarse, ni hacerla razonar. Solo tomó distancia y las cosas que ella ya había metido en la bolsa que dejó sobre el suelo a un lado de la cama.

Y cuando se dirigía a la sala para acabar con la pantalla, allí estaba su ex, de pie, con una dona a medio comer en la mano izquierda. Su hermano con cara de susto iba saliendo de la habitación detrás de Melissa, quien quedó petrificada. Nadie hizo ni un solo movimiento, mil cosas pasaron por la mente de Melissa durante esos segundos que fueron eternos una vez más. Tenía la cara enrojecida y el cabello despeinado, aún llevaba el tubo en la mano.

Después de aquella situación en casa de su ex, todo el fin de semana Melissa se encerró a ver sus pelis favoritas y a llorar en su cuarto. Fue una pésima idea haber vuelto a pisar esa casa, no debió haber escuchado a su hermano, no debió haberse arreglado y mucho menos haber enloquecido.

Estás de pie en donde creíste que era tu hogar, donde la única persona que esperas ver todos los días ya no está, porque te ha remplazado por alguien más, y tienes ese sabor amargo en la garganta y ganas de gritar y golpear todo, y no hay nadie a quien se lo puedas decir porque sientes que nadie te escuchara o siquiera lo entenderá, pero se te pasara, es lo mejor, al menos eso se dijo.

"No valía la pena, eras mucho para ella", se decía Melissa. "¿Cómo es que no pudo verlo?, ¿cómo es que no pudo darse cuenta de que a pesar de todo la amabas con todo tu ser?, ¿qué necesitabas hacer o decir para que no hubiera pasado nada de eso?, ¿cómo pudo tratarte de esa manera después de todo el tiempo que habían estado juntas? No es posible que haya tomado tu corazón y lo haya hecho pedazos, que lo destruyera y te diera en donde nadie más hubiera podido herirte."

No había manera de cambiar lo que había pasado. Melissa tenía un sentimiento de impotencia y una pena que hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas y su corazón palpitara dolorosamente, pero no podía quedarse allí, en esa situación.

Y entonces se decía: "¿ahora qué?, ¿qué sigue para mí? Tenía toda mi vida planeada y me di cuenta de que no era verdad. Construí castillos en el aire. Nadie entendía ni comprendía lo que quería, mucho menos la persona que decía quererme. Ella era la que siempre tuvo otros planes."

¡Esa foto! Esa foto era la culpable, esa maldita foto que irrumpió en el lugar sagrado, que profanó la santidad de su hogar, que destruyó todo sin dejar oportunidad a cambio alguno. Ella había sido una traidora. ¿Con qué derecho Susana había tomado su corazón y lo hizo pedazos? ¿Cómo fue

tan ingenua Melissa que creyó en ella? Debió haber notado las señales, debió darse cuenta de su falta de amor, no debió confiar en ella ciegamente. El dolor que todo eso le causaba era más fuerte que cualquier pena que hubiera tenido antes, pero el cariño que sentía por Susana la cegó y no pudo hacer nada para evitar lo sucedido. Por momentos Melissa se sintió culpable, luego la invadía una ira, un mar de fuego que le pedía vengarse y castigar a aquella que le había arrancado el corazón. Deseaba encontrar la manera de hacerla sufrir o asesinar a ambas y destruir todo rastro de aquella vida con Susana que nunca más iba a regresar.

Pero nada de eso realizó. El sábado lloró todo lo que tenía que llorar y el domingo solo se dedicó a dormir y a comer en la cama, mientras revisaba sus redes sociales en el celular, tratando de evitar que alguien le hablara, pues esto solo le hacía sentir punzadas en el pecho y llorar una vez más. El lunes llegó más tranquila a la escuela. Tomó sus clases, hizo la tarea y siguió su vida como si jamás hubiera conocido a Susana. Durante las siguientes tres semanas trató de poner su vida en orden. Empezó por arreglar el relajo que habían dejado su madre y su hermano en su recámara. Colocó las cajas donde debían ir y tiró a la basura lo que no le servía. Esto causó tensiones con su madre, quien parecía acumuladora compulsiva y se molestó bastante debido a que Melissa se había atrevido a deshacerse de algunas prendas. Pero Melissa no le dio importancia a esto y siguió con la misión de renovar su habitación y recuperar su antiguo espacio, para así también recuperar algo de sí misma. Mas ese no fue el único cambio que realizó, también hizo algo por su cuerpo, para mejorar su salud empezó a correr todas las mañanas. Entonces ya no dormía hasta tarde sino que se levantaba a las seis de la mañana y se disponía a salir a correr, aunque hiciera bastante frío. Al principio no fue fácil y se tardaba hasta media hora en decidir siquiera levantarse, pero después de unos días esto se convirtió en un hábito. Empezó a desayunar fruta con yogur y granola, como antes lo hacía, además de preparar su almuerzo y hacer la tarea.

Esas tres semanas le ayudaron bastante, pero las fricciones con su mamá empezaron a hacerse más cotidianas. Haber vuelto a casa de su madre había parecido buena idea al inicio, pues fue bien recibida y recibió apoyo en ese momento, pero después de un mes, no era fácil para ella acostumbrarse a los espacios y horarios de su madre.

No obstante, como entonces ella también se levantaba temprano era un problema menos, ya que hasta podían desayunar juntas, pero era muy difícil volver a habituarse a hacer las cosas como su madre quería.

Y es que su madre era una mujer siempre apurada, siempre con prisas y siempre pensando en el trabajo. Era enfermera en una clínica y no le iba nada mal, pero los horarios, a pesar de ser fijos, eran bastante pesados y la mantenían siempre ocupada todo el día. Regresaba a su hogar a las siete de la noche, pero una vez que estaba ahí no quería hacer nada y,

desafortunadamente, tras la separación de su esposo hacía varios años, había quedado un poco amargada, por lo que a pesar de ser sonriente y alegre con todos los que le conocían, en la intimidad de su hogar era diferente; sus hijos bien sabían que tenía un carácter de los mil demonios y no había día en que no se estuviera quejándose de algo.

En esos días, Melissa tuvo la oportunidad de reunirse con su padre. Un jueves él le mandó un mensaje en el que le pedía ir a desayunar juntos. El hecho de que su padre se comunicara era bastante raro y más aún el que la invitara a desayunar. Esto no era así de extraño porque su padre no estuviera en comunicación con ellos, sino porque desde que ella se juntó con Susana su padre se había distanciado bastante de ella. Aún se comunicaban por medio de mensajes, pero era poco común que se reunieran. Seguramente su hermano ya le había contado acerca del rompimiento, no pudo haber sido su madre, ya que a pesar de que no quedaron en malos términos cuando se separaron, la comunicación entre ellos era para tratar cosas básicas y rápida. Todo mensaje que se enviaban era para tratar asuntos de dinero y para avisar si alguno de los hijos enfermaba. Muy probablemente el culpable de que posiblemente su padre ya supiera sobre su situación era el Bembo.

A la mañana siguiente se alistó muy temprano y tras tomar sus cosas y darle un coscorrón juguetonamente a su hermano, quien estaba sentado en el sillón, salió de la casa y tomó un taxi para ir a ver a su papá en aquel restorán que tanto le gustaba y que se encontraba en el centro de la ciudad. Era un restorán pequeño con un estilo bastante moderno y que se permitía tener la suficiente privacidad como para poder platicar con calma.

Y allí estaba él, sentado, llevaba puestos una camisa lisa y una corbata gris con líneas verdes muy delgadas, usaba un reloj Casio plateado en la muñeca izquierda y con la otra mano sostenía el celular. Era evidente que era un hombre maduro, pero de apariencia jovial y gallarda. La expresión de su cara era seria pero al platicar con él era cordial. Era de tez morena y mandíbula cuadrada, tenía cejas semipobladas y cabello cano; su espalda era amplia y tenía porte al moverse. Se notaba que alguna vez hizo ejercicio, pero los años pesaban en su panza.

Ella lo saludó como siempre lo hacía: con un abrazo y un beso en la mejilla. Estaba muy feliz de ver otra vez a su papá. El correspondió al saludo y movió la silla para que ella se pudiera sentar. De inmediato llegó la mesera y su padre pidió un café americano. Ella, un capuchino cajeta, deslactosado light, con carga extra de café.

Una vez que ordenaron, su papá le preguntó cómo estaba, qué estaba haciendo. Le comentó que se había enterado de que estaba viviendo de nuevo con su madre. Era evidente que su padre buscaba ir directo al grano y no iba a poder evitar el tema, pero justo cuando iba a decir algo,

su padre interrumpió, manifestando que estaba muy preocupado, le hizo saber que entendía como ella se sentía, que sabía que no era fácil una separación y mucho menos volver atrás. Le contó sobre cómo se había sentido cuando se separó de la madre de Melissa y de cómo tuvo que lidiar con todas esas emociones. Era evidente que su papá se preocupaba por ella y que no iba en son de causar tensión entre ellos, incluso le ofreció a Melissa, si lo deseaba, la oportunidad de quedarse con él en su casa, con su otra familia.

"Ellos", la otra familia, salieron a escena año y medio después de que los padres de Melissa se separaron. Su papá conoció a alguien cuando se divorció. de vivir separados y de haberse conocido, ella estaba embarazada y su papá se casó con aquella mujer. A los tres años después de este suceso, Karla, la mujer con quien su padre había contraído matrimonio, se volvió a embarazar y tuvieron otra niña. Se llamaban Sofia y Monserrat. Al parecer eran unas niñas encantadoras y muy alegres, con quienes Melissa no había tenido mucho contacto.

El ofrecimiento fue extraño, pero sincero. Su padre no se comportó como ella esperaba y esto hizo que ella bajara la guardia, no supo qué contestar y termino por contarle toda la historia a su papá entre sollozos y otros dos cafés.

Al final, su papá le reiteró su apoyo no sin poder evitar decirle el común "te lo dije", pero también le recordó el ofrecimiento que le acabada de hacer y le mencionó que con gusto le recibirían. Ella, al no saber qué contestar, solo le pidió tiempo para pensarlo, pues sí lo consideraría seriamente.

Este encuentro le dio a Melissa la oportunidad de contarle a su padre todo lo que había estado haciendo durante las últimas semanas y lo que planeaba hacer de su vida a corto plazo. Él solo la escuchó e hizo un par de preguntas sobre lo que ella le contaba y algunos comentarios.

Eran las doce del día y tuvieron que retirarse del lugar, ya que él debía ir a su oficina y ella, a la escuela. Entonces se despidieron con un abrazo.

Luego de una mañana interesante y una tarde monótona en la universidad, Melissa regresó a su casa para ser recibida a gritos por su madre una vez más. Y es que tal vez la señora hacía esto inconscientemente, pero era evidente que cada vez que alguno de sus hijos o ambos, visitaban o veían a su padre, ella se volvía un poco más histérica que de costumbre.

En esta ocasión, la causa del problema fue que en la mañana, Melissa había olvidado sacar la ropa de la lavadora. Ella intentó justificarse ante su mamá, pero de nada sirvió pues la señora solo alzó la voz aún más. Melissa también levantó la voz diciéndole lo harta que estaba de estar allí

y tras esta declaración su mamá le invitó a irse de la casa si es que tenía muchas incomodidades. Melissa aceptó la invitación mientras fúrica caminó hacia su recámara y se encerró en ella, no sin antes azotar la puerta para dar por terminada la discusión.

Cuando Fernando llegó a la casa un par de minutos después, se dio cuenta de que algo había pasado y aprovechó para saludar primero a su mamá, no sin antes pasar al refrigerador por un jugo, como siempre lo había. Una vez que saludó a su mamá ella le contó sobre la discusión que tuvo con Melissa.

Mientras tanto, Melissa se encontraba en su habitación llorando, tranquilizándose y pensando en qué tendría que hacer entonces. Era evidente que lo que había hablado con su padre ese día había ayudado a que se envalentonara para encarar a su mamá. Sin embargo, no le fascinaba la idea de compartir casa con su madrastra y hermanastras. No le gustaba la idea de hacerlo porque ellas fueran malvadas ni nada parecido, sino porque no tenían una relación estrecha y pocas veces habían convivido. Era complicado ser apenas conocidos y de repente vivir bajo el mismo techo. Pero a pesar de sus dudas, a la semana siguiente ella ya se encontraba en casa de su padre.

El día que Melissa escogió su carrera tenía ocho años, habían viajado a la playa de vacaciones. Esto fue mucho antes de que sus padres se divorciaran. Ella recordaba muy bien como el Bembo quedó rojo como tomate por no haber usado protector solar y estuvo llore y llore de regreso a casa. También recordaba cómo su papá, en aquel entonces, siempre estaba estresado. Todo el viaje se le pudo ver con una botella de anti ácido en una mano y su celular en la otra, tratando de cerrar ventas (que Melissa en aquel entonces, a su corta edad, no entendía y solo se dedicaba a contemplarlo y reír cada vez que él se estresaba y se le saltaba la vena de la frente. Porque a ella le daban gracia las caras que él hacía mientras su mamá veía qué bolsa comprar o dónde se había metido su hermanito.

Pero sí había una razón para mencionar aquel viaje. Si hubo algo que hizo brillar sus ojitos, algo que la hizo feliz al instante y la emocionó fueron los delfines. Nada la hizo más feliz, ni la hizo sonreír más que ver a los delfines. Verlos saltar, dar volteretas, jugar con la pelota, saludar y silbar. Ella se encontraba fascinada con el espectáculo de los delfines, podría haberlo visto mil veces y no se habría cansado nunca.

Y hasta cierto punto así fue, pues mientras creció, su pasión por los animales marinos y el mar se hizo cada vez más evidente. Si hubo un lugar al que ella siempre pidió ir en las vacaciones fue la playa. Sus peluches favoritos fueron una tortuga marina y un delfín rosa. También tenía pulpos y peces e incluso tiburones. Aprendió a nadar muy bien ese mismo año en que vio por primera vez a los delfines, pues decía que

quería nadar entre ellos algún día. Fue así que cuando tuvo que escoger una carrera, decidió estudiar biología, para poderse especializar después en biología marina y trabajar con delfines.

Desafortunadamente para ella, debía terminar primero una carrera que según su papa, le fuera remunerar algo en el futuro, ya que su padre preocupado por el futuro financiero de Melissa, le prohibió estudiar aquella carrera tan anhelada sino estudiaba algo que le permitiera entrar al competitivo mundo laboral mas fácilmente, fue así que los dos hicieron el compromiso de que ella estudiaría otra carrera primero(en este caso comunicaciones) y una vez terminara podría estudiar biología e incluso continuar recibiendo apoyo de su padre para que pudiera cumplir su sueño de nadar con los delfines.

Melissa siempre fue una chica inteligente aunque a veces un poco holgazana, pero cada año salió con buenas calificaciones. Desde la primaria hasta la escuela media superior, no fue fácil para ella obtener buenas notas, pero se esforzó, ya que tenía un sueño por alcanzar. Pero entonces, varios años después y cuando ya estaba estudiando la carrera , desafortunadamente empezando este nuevo reto, se encontraba inestable emocionalmente debido a los últimos acontecimientos,por lo cual le era difícil permanecer enfocada en sus objetivos a largo plazo.

La idea de mudarse con su padre fue la peor decisión que tomó. Ella no sabía que su padre se lo había propuesto sin siquiera consultar a su esposa. Por aquellos meses ellos habían estado muy distantes y bastante malhumorados y la llegada de Melissa fue la gota que derramó el vaso.

—Es mi hija, no pienso dejarla desamparada —decía su papá en aquella ocasión en que Melissa los escuchó discutir poco tiempo después de su llegada.

—No estoy diciendo que la dejes en la calle, no seas ridículo, pero no es la primera vez que haces esto. Estoy harta de que tomes decisiones sin siquiera consultarme. A ti te vale lo que yo piense, haces tu desmadre y lo demás te vale —contestó Karla muy molesta. —Tus hijas y yo somos invisibles para ti al parecer. No solo tienes una hija, tienes 3. Parece que lo que quieres es deshacerte de mí, Así que te daré gusto. Me voy a casa de mi madre y me llevo a las niñas conmigo, ya estoy harta de ti —agregó alzando la voz cada vez más.

Se escuchó claramente cómo ella subió las escaleras para ir a su habitación y azotó la puerta. Melissa, que estaba en la cocina mucho antes de que ellos decidieran usar la sala como ring, tuvo que escuchar la conversación y desgraciadamente fue demasiado incómodo como para interrumpir y poder salir de allí.

Y una vez que cuando hubo silencio y no hubo moros en la costa, se acercó a su padre y le dijo:

—Si tanto le pesa a Karla mi presencia, con gusto me regreso con mi mamá para no tener que lidiar con nada de esto, y no causarles problemas.

—No te preocupes hija, es normal, ella es medio especial de carácter—dijo su papá con un tono socarrón, como tratando de disminuir la tensión que se sentía en el ambiente después de tremenda discusión.

—Deja que pase el fin de semana y estaremos bien, como siempre
—continuó y luego la abrazó. Le besó la frente, mientras se ponía de pie.
—Debo ir por tus hermanas a casa de sus abuelos, te veo al rato. No te preocupes por nada, esto no es tu culpa, ¿ok?

Pero pasó un mes y su padre y Karla no se dirigían la palabra Mientras tanto ,Melissa se sintió culpable por lo sucedido y entonces, aparte de ir a la universidad, hacía todos los quehaceres de la casa: limpiaba, lavaba y acomodaba todo para que estuviera limpio para así liberar o compensar la culpa que sentía por el daño que le había causado a su padre ya su nueva familia.

Por su parte, el padre de Melissa nunca fue a buscar a su esposa para intentar hablar con ella ni trató de aminorar la angustia de su hija, a pesar de que se daba cuenta de todo lo que ella también estaba pasando en aquella situación. Él simplemente se salía a trabajar y en las tardes de los fines de semana se iba con sus amigos o con una amiga que al parecer le habían presentado hacía poco tiempo, pues entonces él se percibía como "soltero" y además tenía quién limpiara la casa.

Pero en su noble corazón, Melissa no se daba cuenta de nada de eso y solo veía a un hombre triste que no sabía cómo lidiar con otro matrimonio pendiendo de un hilo.

Y transcurrieron dos meses en la casa de papá para que al final, tras una reconciliación con su mujer, Melissa saliera de ahí, pues se volvió entonces un cero a la izquierda en esa casa, por lo cual, a pesar de no gustarle la idea, pero sin más remedio, volvió a la casa de su mamá, ya que una vez que su papá se arregló con Karla, él empezó a pelear por todo con Melissa y no le quedó más remedio que salir de allí: fue obvio que allí no era bienvenida.

Por su parte, su mamá sin problema la aceptó de vuelta y las cosas se apaciguaron entre ellas aparentemente, pero no se sabía si solo era cuestión de tiempo para que empezaran a pelear otra vez.

Y mientras todo eso ocurría en su casa, en la escuela las cosas se normalizaron. Ella volvió a ser participativa y mejoró su trabajo dentro y fuera del aula, a pesar de que en Matemáticas le costaba trabajo seguirle el ritmo al profesor. La manera en que él explicaba los temas la confundía y la situación empeoró cuando habló con el profesor Héctor del asunto

Afortunadamente, Joaquín, que estudiaba finanzas, a pesar de no conocer los temas específicos de la carrera de Melissa, pudo orientarla sobre las integrales y las derivadas. Ella a cambio invitaba el café cada vez que se tenían que ver para poder estudiar juntos.

Él la conocía desde hacía más de dos años, habían estudiado juntos el último año de la preparatoria y compartían el mismo círculo de amigos. La primera vez que hablaron fue porque ella no tenía pluma y le pidió prestada una a Joaquín. Él no dijo que no tenía, pero no quería quedar mal con la chica bonita que le día había pedido una pluma, así que le dio la suya y muy discretamente le pidió prestada otra a un amigo que estaba a su lado.

A partir de ese día, Joaquín se sentó junto a Melissa y se volvieron buenos amigos, a pesar de que en más de una ocasión los demás llegaron a insinuar a Melissa que Joaquín sentía algo especial por ella.. Joaquín siempre lo negó y Melissa todo lo que pudo decir cuando se trató el tema fue: "¡Claro que no! Joaquincito y yo somos muy buenos amigos, casi hermanos, por eso es que lo confunden, ¿verdad, Joaco?" Joaco solo asentía cuando esto ocurría e intentó tragarse ese secreto que continuó oculto mucho tiempo a la vista de todos.

Lo anterior sucedió en muchas otras ocasiones: cuando se iban de antro, en el día de San Valentín, en algún cumpleaños... Así transcurrió todo casi tres años, él nunca se atrevió a acercarse de otra manera a ella, pues no tuvo el valor de hacerlo y cuando ella llegó un día con su novia fue como darse contra un muro de concreto , porque si sus oportunidades para andar con ella siempre parecieron pocas en ese momento se convirtieron en cero. Joaquín llegó a asumir que Melissa era lesbiana, a pesar de que todos, incluido él, sabían que era bisexual. Pero el tiempo había pasado y ella era soltera otra vez. Ya había transcurrido mucho tiempo desde que él intentó acercarse con otras intenciones.

Para él era clara la manera en que demostraba su interés, siempre era amigable y detallista con ella, Melissa dio por sentado que él simplemente era así. Ella no se percató de las intenciones de su amigo o no quiso hacerlo, ya que Joaco era alguien a quien estimaba mucho, pero por quien no sentía atracción alguna.

El tiempo que pasaron juntos para él significó un avance en su relación,

mas para ella fue solo un tiempo de convivir como amigos.

Acordaron entonces verse. Joaquín al fin decidió intentar algo, ver cómo reaccionaba ella y esperar lo mejor.

—Te ves muy linda hoy Mel —dijo Joaquín mientras la saludaba y le cedía una silla para que tomara asiento.

—Gracias —dijo Melissa con una sonrisa, muy amigablemente, mientras lo saludaba de beso en la mejilla y se sentaba. Colocó su mochila en el respaldo y alzó la mano en ademán de querer ordenar algo a la mesera.

—¿Cómo estás? —dijo Joaco amablemente.

— ¿Qué te digo chaparro? El profesor de mate aplicadas dejó demasiado trabajo y tengo que entregar un proyecto el lunes. Es un desastre, ya es viernes y aún no tengo nada.

—Con gusto te ayudo —dijo Joaco con cierta emoción que dejó entrever sus intenciones con Melissa, quien al percatarse de ellas al instante dejó de sentirse cómoda y encontró de manera muy sutil, pero clara hacerle entender a su amigo que nada entre ellos iba a pasar.

—Sí, gracias Joaco —sonrió. —Eres un muy buen amigo —agregó Melissa mientras apoyaba su mano en el hombro de él. —Me has ayudado siempre y me has acompañado. Sabes que han sido un par de meses difíciles para mí y aún no puedo recuperarme de lo que ocurrió con ??? —Mientras ella seguía hablando, Joaquín se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, que su movida había sido torpe, solo la escuchó y se resignó. No volvió a tocar el tema toda la tarde ni las siguientes que se reunieron para hacer el proyecto de aplicadas.

Pero luego de una semana de todo esto, llegó una oportunidad como ninguna. La prima de Joaco se graduaría a fin de año. Su nombre era Tabatha, ella era una chica flaquita de ojos grandes, piel blanca y de rasgos finos. Melissa y ella ya se conocían desde hacía tiempo y se llevaban bastante bien, Así que cuando sus padres le preguntaron a Tabatha qué quería de regalo por haber concluido su carrera, ella les pidió un viaje a Europa. Y como ella y su primo eran casi hermanos, lo invitó, y el aprovechó para invitar a Samantha y a Melissa, para Así ir en grupo y que todo saliera más barato. Además, ella también había invitado a otros dos amigos. Al principio pareció casi imposible arreglar los papeles y conseguir el dinero, pero el padre de Melissa accedió y estuvo dispuesto a pagar el viaje. Los padres de Samantha igualmente accedieron y comenzaron a preparar todo para irse de excursión a Europa. Harían un tour de dos semanas que empezaría en Inglaterra, después visitarían Francia, luego pasarían un fin de semana en Italia, en uno de los

festivales que había por aquellas fechas para después regresar al país.

Melissa tomó esto como una oportunidad para conocer Europa, estaba emocionada por todo lo que verían allá; Una vez arreglado todo con la agencia de viajes y listos los trámites, salieron de México para lanzarse a la aventura en Europa a mediados de mayo.

Capítulo 8

12 DE MAYO

Fue un día ajetreado, hubo bastante trabajo en la oficina, mas afortunadamente había conseguido el permiso para irse y solo debía terminar un par de reportes antes de salir. Ya había invertido bastante dinero en estos dos viajes que se había decidido a hacer y este segundo causó un fuerte golpe en su bolsillo, lo que le hacía reconsiderar la situación de quedarse con la casa de Italia.

Iban a ser 2 semanas a partir de ese fin de semana que le permitirían evaluar completamente la situación y de ser posible, vender la propiedad de una buena vez. Él ya no sabía qué hacer con aquella casa. La idea de venderla no parecía una opción viable por tantos recuerdos que albergaba de su madre y el hecho de que aquel primer viaje lo llenó de vigor fue sin lugar a dudas algo que su mente ocupada. Saber que tenía familia que lo recibía con los brazos abiertos y que su madre descansaba en esas tierras lo hacían sentirse vinculado a ellas, a pesar de no haber estado durante mucho tiempo viviendo en Italia con ella.

La semana antes fue una locura, había tenido problemas con varios reportes y tuvo que trabajar horas extra, además tuvo varios retardos, algo que la verdad no era inusual en él, y el tráfico en el bulevar que estaba a veinte minutos de su trabajo siempre era muy lento.

Llegó a un punto en el que se encontraba ya desanimado como para salir de viaje, pero ya lo había pagado y la emoción inicial, muy en el fondo, aún existía pese a que las nubes de mal humor se movían sobre su cabeza. Pero hoy no era así, estaba muy enfocado en lo que tenía que hacer y sabía que hoy partía de nueva cuenta a Italia y era la gran oportunidad de llegar a una resolución sobre si vender la casa o no. Afortunadamente, esta vez no iba solo en su viaje, Mike le acompañaría y era la gran oportunidad para vacacionar y relajarse como solo entre amigos se puede hacer.

No eran los únicos que en esta temporada se habían ido de vacaciones de la oficina, así que no había por qué preocuparse; solo tenían que llegar a tiempo al aeropuerto y tener todos los documentos listos.

Esa noche se encontró con Mike en el aeropuerto y fueron directo a registrarse en el vuelo y documentar el equipaje.

El vuelo se demoró tres horas por las condiciones meteorológicas y una hora más mientras revisaban el avión y les permitían abordar. A Mike le dio tiempo de ir por unas alitas al que se encontraba en la planta baja del aeropuerto. Mientras Mike comía, él solo descansaba los ojos y escuchaba

música, Kings of Leon era la opción. Y mientras se perdía en la música, casi perdía el vuelo también. Mike tuvo que despertarlo porque ya era la hora de abordar, Entonces subieron al avión, acomodaron sus maletas y se sentaron uno al lado del otro algo apretados a causa de que el asiento contiguo iba ocupado por un señor como de cincuenta años, por lo que él acabo atrapado entre Mike y aquel hombre sudoroso, que no era descortés ni nada por el estilo, solo sudoroso.

Y fueron las siguientes horas en el avión de esa manera, al menos hasta que él y Mike cambiaron de asientos por un rato, pero a pesar de eso, no lograron ir muy cómodos. Fueron casi diecinueve largas horas de viaje en las que pudo ver a medias una película de Woody Allen y durmió más o menos, aparte de ir al baño dos veces durante el vuelo. Al bajar del avión tomó una gran bocanada de aire y agradeció ya no estar sofocándose.

Él y Mike tomaron las maletas y salieron del aeropuerto. Su primo ya los esperaba en su auto. Con un café en la mano su primo los saludó y les ayudó a poner todo en el maletero en la parte de atrás del auto.

Luego de presentar formalmente su primo a Mike subieron al auto y se acomodaron mientras platicaban sobre el vuelo y lo último acontecido en sus vidas, además de hacer las preguntas obvias para conocerse mejor.

Llegaron ya noche al pueblo, así que fueron directamente a casa de su primo, donde les darían hospedaje. Una vez instalados en casa de él se dispusieron a dormir.

Capítulo 9

14 de mayo

No hay nada igual que despertar en otro país. Tan solo estar en la casa de su primo ya era toda una experiencia; desde la cocina se podían escuchar las voces de los niños hablando en italiano con su madre, el dulce aroma del desayuno les aligeraba la mañana y los colores de la casa eran aún más vivos con la luz del amanecer que entraba por las ventanas.

Era domingo, por lo que no hubo que levantarse temprano y después de un viaje tan largo era necesario descansar, además tenían la intención de importunar a su primo y su familia mucho tiempo, antes de las once de la mañana ya estaban de pie y prestos para irse a la casa de su madre.

Durante el desayuno los niños se divirtieron con Mike, pues no entendía una palabra de lo que ellos decían. Tras un delicioso y agradable desayuno, se dirigieron a un alquiler de autos junto con su primo Abraham para rentar un auto pequeño y poderse mover cómodamente por la ciudad y el pueblo.

Aprovecharon la oportunidad para visitar algunos lugares y conocer el pequeño museo que se encontraba tras la estatua en aquel parque en el centro del pueblo.

Abraham les comento que el fin de semana que ellos regresaban a México habría un festival, que podrían ver días antes cómo se colocaban los puestos y los locales que se abrirían para el festejo. Les mencionó que se colocarían series de luces para iluminar la noche y que se adornaba todo en memoria del patrono de la parroquia. Agregó que ese año coincidía con un pequeño festival de jazz que tendría como sede el pueblo.

Afortunadamente, al estar las siguientes dos semanas en Italia podrían tener aquella agradable experiencia.

Y después de un largo día, luego de recorrer las calles del pueblo, se dirigieron a casa de su difunta madre. El lugar estaba completamente oscuro. Abrieron la reja principal y metieron el auto. Encendieron las luces y al instante el percibió un fuerte sentimiento atorado en el pecho.

Para él significó muchísimo, aun sin la presencia de ella la casa se sentía cálida, estar ahí fue como recibir un abrazo tras un largo día de trabajo, experimentó aquel sentimiento que tenía siempre al regresar de la escuela y saber que su madre estaba en la cocina preparando algo de comer. Sus ojos estuvieron a punto de soltar el llanto que no había podido manifestar

cuando escuchó que Mike ya había roto algo en la cocina.

—Perdón —Mike, haciendo una mueca. Él muy serio solo le dijo que limpiara y que lo mejor era ordenar algo para comer en la cena. Abraham les dijo que era mejor ir a algún lugar a cenar para no dejar un tiradero. Mike y él aceptaron y los tres se dirigieron a un restorán a unas cuadras de allí, que era donde su madre y su tía a veces iban a cenar.

Entraron los tres, pero Mike y Abraham se le quedaron viendo preocupados.

—¿Estás bien amigo?—dijo Mike moviendo la mano frente al rostro de él.

—Primo, ¿viste a un fantasma? —le dijo Abraham mientras lo sostenía por miedo a que se desplomara, pues parecía desvanecerse.

Y es que la vida está llena de casualidades, o aparentes causalidades, cuyo propósito uno no entiende, ni por qué llegan en los momentos más inoportunos. En este caso, justo a diez pasos frente a la puerta, en aquel restorán, en Italia, estaba su ex, su ex novia, aquella que lo había dejado. Ella estaba sentada con un hombre, reía y lo tomaba de las manos. Sí era un fantasma. ¿Cuál era la probabilidad? ¿Cuál era la posibilidad de encontrársela en Italia antes que haberlo hecho en México? Él señaló a la pareja y Mike lo único que pudo hacer es llevarse la mano al rostro y decir: "No lo puedo creer." Su primo, desconcertado, le preguntó:

—¿Pues quién es?

—Mi ex novia.

Ella se sintió observada y al volver el rostro hacia aquellas personas que la miraban se sorprendió al darse cuenta de quién era, mas aparentando mucha calma con una sonrisa lo saludó de lejos amistosamente.

En este momento su mundo se hundió aún más, pues para su suerte, él conocía al acompañante de ella, y cuando este volteó sintió por segunda vez que una espada se le clavaba en el pecho.

El acompañante de ella era la persona que él más odiaba. Odiaba más a él que a ella. Era un tipo al que no soportaba y que si hubiese tenido que elegir entre salvar a Hitler de la muerte o a aquel tipo, hubiera escogido mil veces rescatar a Hitler.

—Ja, ja, ja- ¡No puede ser! ¿Qué están haciendo aquí, par de maricas?

—preguntó Christian, su compañero de la oficina, quien en realidad sí se había ido de vacaciones a Europa, y que también había ido acompañado.

—Hola, Jessica. ¿Cómo has estado? —dijo él entre dientes, tratando de ocultar dolor.

Diego vio la escena y rápidamente volteó hacia ella y le preguntó:

—¿Ya se conocían? —y agregó—, pero qué pequeño es el mundo en verdad. —Y soltó otra carcajada mientras los saludó de abrazo y ellos respondieron muy incómodamente al efusivo saludo.

—Me ha ido bien. Como puedes ver estoy de vacaciones con Chris, visitando Europa, eh —respondió ella muy amigable una vez más, pero ella también estaba muy sorprendida debido a esa causalidad.

—¿Acaban de llegar? Siéntense, bien podemos compartir una botella de vino que acabo de pedir —dijo Diego haciendo un ademán con la mano invitándolos a sentarse mientras tomaba asiento al lado de Jessica y la besaba.

—No, gracias, de verdad. Ya nos vamos, ya cenamos y mi primo debe ir por su esposa. Será en otra ocasión Ya pagamos y vamos por el auto — le contestó él a Diego, mientras Mike y Abraham solo asintieron decepcionados por no poder cenar ahí y lo incomodo de la situación.

—Fue un gusto verlos —y él estrechó la mano de Christian.

—Gracias compadre, nosotros vamos a seguir por aquí en Italia dos semanas más. Si siguen por aquí sería bueno vernos, salir juntos y echar unos tragos —dijo Diego sin dejar de abrazarla, quien con la expresión de su rostro le manifestó a él que no tenía intenciones de verlo.

Los tres salieron de allí y sin más opciones, por lo que se fueron a casa de Abraham, quien muy amablemente les invitó una vez más a quedarse en su casa, a lo cual ellos accedieron.

Durante el camino Mike hizo el favor de contarle todo a Abraham, mientras su primo conducía y recordaba todo lo que pasó con Jessica. Entonces se había dado cuenta de que la última cacería de Diego, había sido ella, aquella mujer de la que había hablado tantas veces y presumido de lo que hacía con ella.

Capítulo 10

17 de mayo

Durante dos días él y Mike estuvieron arreglando la casa, guardaron lo que pudieron en cajas y limpiaron todo lo que fue posible mientras arreglaban todo para que la casa quedara perfecta, ya fuese para habitarla o para venderla. En esos dos días Mike tuvo que soportar que a cada momento su amigo se quejara de y de su mala suerte de haberla encontrado con Diego. También tuvo que tolerar las pestes que él dijo de la pareja de ella. Y todo empeoró cuando a su mente llegó una conclusión: Jessica y Diego se habían conocido gracias a él y que ella lo dejó por otro y que ese otro era Diego. Así que entre la melancolía y el enojo de su amigo Mike decidió salir solo la siguiente tarde para dejar que él acomodara sus ideas y se tranquilizara

Él entendió que Mike se hubiese molestado con él, pues Mike ya había intentado consolarlo, pero simplemente a él le gustaba seguir retorciéndose en ese dolor y esa angustia que le producían esos recuerdos que aparecían justo en un momento de su vida en el que no podía cambiar nada, o al menos eso creía.

Y como ya estaba solo y no había con quién quejarse, se cansó de limpiar y se sentó en la entrada de la casa que daba al jardín, con una cerveza en la mano. Eran como las tres de la tarde cuando un auto clásico se detuvo en la entrada. Él trató de ver a lo lejos quién era sin levantarse. Era un auto de lujo, un Mercedes Benz negro probablemente de los años 40 o 50. Bien pudo haber sido un auto de la mafia o haber salido de una película de James Bond.

De aquel hermoso auto salió un hombre, un hombre mayor, robusto, de tez blanca, rostro con arrugas, pero muy varonil. Su cabello era singularmente canoso, bien arreglado y peinado hacia atrás. El hombre era de nariz aguileña y ojos medianos, se veía que en su juventud había sido un tipo bien parecido y ahora de viejo era un hombre de porte, con un traje blanco y camisa negra.

El hombre se acercó a la reja y le dijo:

— Tú debes ser el hijo de Consuelo.

—Así es. ¿Quién concluye? —preguntó él con mirada desconfiada viendo al hombre que se había acercado a la reja.

—Mi nombre es Salvador, Salvador Forti. Fui amigo muy cercano de tu

madre —añadió amablemente mientras se paraba frente a la reja.

—No recuerdo que lo haya mencionado alguna vez caballero. Si hubiese sido así yo lo recordaría —agregó aún desconfiando, pero sin moverse del portón.

—Ella era muy reservada, probablemente lo omitió por alguna razón, porque de ti hablaba todo el tiempo muchacho, y tenía razón, eres la viva imagen de tu padre —dijo aquel el hombre moviendo las manos muy expresivamente y alegre

—¿Conoció a mi padre también? — preguntó él en tono más serio.

—Solo en fotografías. ¿Podría pasar? Me gustaría que platicáramos, tengo algo de tu madre que quisiera darte —dijo Forti.

Él no estaba muy convencido de hacerlo y tampoco tenía nada más que hacer, y al parecer honesto aquel hombre, se levantó y le invitó a pasar.

—¿Gusta una cerveza? —le preguntó al señor Forti.

—Sí, por favor —respondió el visitante. Al recibir la cerveza sacó su pañuelo y la limpió antes de abrirla y prosiguió hablando.

— —Quería saludarte desde hacía tiempo, esperaba verte en el funeral. Sé que un suceso como ese no es el mejor momento ni tiene las mejores condiciones para conocer a alguien, pero tu madre fue muy importante para mí, y al ser tú su hijo, yo quería estar allí para toda la familia.

—Se lo agradezco señor Forti, en verdad. Haber perdido a mi madre fue un gran golpe para mí y ahora que ella me dejó esta casa no sé qué hacer —especificó él mientras tomaba de su cerveza y veía el suelo.

—Mira muchacho, yo sé que es muy difícil perder a alguien tan importante como tu madre. Creo que en tu cultura como en la nuestra, la familia es muy unida y muy importante. No obstante, la ausencia solo es física, ella siempre estará en tu corazón, creas o no en el más allá, ella está aquí, en las personas que se quedan y la recuerdan y la aman —le dijo el señor Forti dándole una palmada en la espalda mientras se sentaba a su lado en el portón.

Siguieron platicando durante un par de horas sobre su madre, sobre cómo se conocieron, sobre el funeral, sobre su vida en Italia... Aquel hombre parecía saber bastante de su madre y entonces se sentía ofendido por el hecho de que su madre nunca le hubiera hablado de tan amable y cercano amigo.

El señor Forti le contó sobre cómo vivió su madre los últimos años de su vida en Italia, le platicó sobre su rutina, sobre lo que le gustaba hacer, como arreglar el jardín o pintar. Estuvieron platicando durante un rato hasta que en la reja se apareció el auto de Abraham, quien al bajar y verlos dijo muy alegremente:

—Me da gusto que por fin conozcas al señor Forti.

—¿Acaso ya lo conocías tú también? Mi madre nunca me habló de él.

—Claro que todos lo conocíamos, él era el novio de tu... —y mientras Abraham estaba diciendo esto, se dio cuenta de su error porque el señor Forti le hizo una seña con los ojos indicándole que su primo aún no sabía nada acerca de eso.

—Señor Forti, era su amigo, ¿verdad? —preguntó él en tono molesto a su visitante.

Y como al señor Forti no le gustaban los momentos incómodos, pues era alguien jovial y alegre que evitaba las malas vibras en cualquier circunstancia, decidió marcharse.

—Pues, fue un placer conocerte muchacho, me retiro —se despidió así el señor Forti mientras se levantaba. —Abraham, salúdame a tu esposa y a tus pillos, espero verlos pronto —y le dio una palmada en el hombro mostrándole una sonrisa amigable. Caminó hacia su auto y antes de subirse le dijo a él:

—Si necesitas algo muchacho, lo que sea, búscame, ha sido un placer —y se subió a su auto. Mientras se marchaba Abraham le preguntó a su primo:

—No te lo había dicho, ¿verdad? Lamento la sorpresa primo, creí que ella te lo había contado.-dijo Abraham apenado.

—¿Su novio? ¿Estás bromeando? Mi madre tenía casi setenta años. Ese señor también, pero ¿mi madre? ¿Con novio? Parece que las locuras no acaban.

— El señor Forti es un gran hombre y como lo acabas de ver, es prudente también. Él arregló todo lo relacionado con el funeral y estuvo en sus últimos momentos, siempre la trató bien primo.-respondió Abraham al escuchar ese comentario.

Él y Abraham se sentaron en el pórtico.

—No sé qué decir —abrió más los ojos e hizo una mueca mientras juntaba las manos y se las ponía en la boca —al parecer no conocí tan bien a mi

madre como yo lo creía.

—Ella era reservada, no quería darte preocupaciones. Lo más probable es que le importara más cómo estabas tú que contarte su vida. Así son las mamás —dijo Abraham mientras abrazaba amigablemente a su primo.

En ese momento un taxi dejó en la puerta a Mike, quien al ver la escena preguntó qué pasaba.

—iiiMi mamá tenía novio!!! —gritó desde el pórtico a su amigo.

—A su mecha —dijo Mike. —Otra cosa de la que te vas a quejar seguramente. —Entonces se dio la media vuelta y agregó: —Te veo luego, me regreso al centro —dijo bromeando.

Abraham y su primo se levantaron sonriendo y lo alcanzaron. Entonces los tres se fueron al centro por una cerveza.

Capítulo 11

19 de mayo

Los arreglos en la casa continuaron con tranquilidad. El jardinero llegó temprano ese día y ellos siguieron moviendo muebles y acomodando cajas. Encontraron en el proceso cientos de fotos y recuerdos de sus padres, así como de su niñez.

¿Qué hacer con tantas cosas que ni él ni nadie más iban a ocupar? Él pensó quedarse con algunos objetos, aquellos que representaban algo para él, como una foto de su madre, una foto de sus padres cuando eran jóvenes, algunas fotos de él cuando era niño y fotos en las que aparecía con sus padres. Consideró conservar también con todo aquello que fue valioso para su madre: sus pinturas, un viejo baúl con recuerdos de su juventud y de su padre.

Continuó acomodando todo pero de su mente no se quitaba el pensamiento de cómo había tratado al señor Forti, quien por cierto, entre la curiosidad y la culpa decidió buscar a aquel hombre, cuyo único delito fue no habersele permitido hablar.

Entonces le mandó un mensaje a su primo preguntándole dónde podría encontrarlo. Abraham le indicó dónde se encontraba su negocio. Así que no muy tarde aquel día, subió al auto y fue a buscarlo al pueblo, al negocio de café que tenía el señor Forti, porque el señor Forti resultó que se dedicaba al cultivo y tostado del café, en una cantidad no industrial pero si contaba con su negocio local, lo cual lo hacía considerable; además, tenía una pequeña cafetería en la que vendía su producto.

Al llegar a la calle pintoresca con piso de piedra y a aquel edificio de dos pisos en el que se encontraba en la parte de enfrente la bonita cafetería, lo primero que vio al entrar fue al alegre señor Forti con su mandil detrás de la barra hablando con los clientes. Mientras platicaba con ellos sonreía, se podía apreciar que amaba su trabajo.

—Muchacho, qué gusto verte —dijo sorprendido el señor Forti mientras se acercaba a saludarlo.

—Hola, señor Forti. Vengo a hablar con usted y a disculparme por haber sido grosero.-dijo extendiéndole la mano a Don Forti

—Oh, no te preocupes muchacho, no fue nada, entiendo tu conmoción. El pasado que se quede en el pasado, ¿te parece bien? ¿Quieres algo de tomar?

De este modo el señor Forti y él se sentaron a tomar una buena taza de café y continuaron conversando amigablemente.

—Tu madre significó mucho para mí. De hecho aquí la conocí de, en mi café, hace como cuatro años. No creas ni por un segundo que tu madre estaba buscando compañía. No, no, no. Para nada, tu madre era una dama elegante y que siempre se daba su lugar, pero yo quedé prendido de sus encantos y no pude más que volverme loco por ella. Después de casi un año de conocerla, me atreví a invitarla a salir. ¿Y sabes qué dijo?

—¿Qué dijo?

—Dijo: "No." —El señor Forti comenzó a reír. —Después de todo ese tiempo sin tu padre ella no se sentía segura de salir con alguien más, pues el gran amor que sintió hasta el último momento por tu padre aún estaba presente en su vida. Ella seguía siendo una mujer casada aunque tu santo padre, que descanse en paz, ya no se encontraba entre nosotros. Conocernos fue un proceso que poco a poco permitió que tuviéramos una relación y que yo disfrutara durante tres maravillosos años la compañía de tu madre. Aunque al final fue difícil perderle, cada minuto agradezco haberla conocido.

—Vaya, Señor Forti, no sé qué decirle. Solo le agradezco que usted le haya hecho compañía todos estos años, aunque debo decirle que me duele no haberme enterado de esta situación mientras ella vivía. También lamento no haber tenido el gusto de conocerlo con anterioridad—Mira muchacho, desafortunadamente la vida no siempre es como nosotros queremos que sea, y la gente guarda o se reserva ciertas cosas por razones que creen correctas. Tu madre no tuvo muchas oportunidades de verte y en las que pudo estar a tu lado no quiso convertirlas en situaciones que pudieran ser incómodas.

—Sí, es verdad. Así era ella, siempre recatada y estoica...

—' Y sobre todo siempre se preocupaba por ti. Ella nunca quiso darte angustias y bien sabes que no importando la distancia encontró la manera de apoyarte y estar contigo. Así mismo lo hizo conmigo. No hubo día en que tu madre no fuera una santa ante mis ojos y los de todo el mundo.

'¿Pero quién soy yo para darte una lección? Eres un hombre hecho y derecho, bien tu madre habló de ti. ¿A qué te dedicas muchacho? Tu madre me contó que eres contador.

—Así es señor Forti, estudié contabilidad en la UNAM, allá en México. . Me dedico a trabajar en una financiera, en la Ciudad de México. No me va mal, la verdad. De no ser por ese empleo y el jefe que tengo, no hubiera tenido la oportunidad de tener estas vacaciones y de venir a arreglar

todos los asuntos de mi madre.

— Un hombre honrado y trabajador tiene cupo en todas partes. Viniste con un amigo, ¿no es así? ¿Es amigo o...? Digo, aquí en Italia respetamos la diversidad y no hay ningún problema, nadie juzga...

—No, cómo cree. Sí es mi amigo, se llama Mike y es un compañero del trabajo. Aproveché que tengo casa aquí para darme la vuelta por Italia. De hecho él regresa mañana a México porque ya usó sus días de vacaciones.

— Qué lástima y tanto que hay que ver por acá —pronunció el señor Forti y dio un trago a su café—Y pues de lo otro, hace ya un rato que estoy solo, estuve saliendo con alguien pero no funcionó, ni modo —agregó moviendo los hombros y bebiendo su café.

Después de contarle su historia al señor Forti y luego de que este le contara cómo había fundado su café le dijo: —El otro día ya no te pude decir lo que te quería decir, valga la redundancia. —Cierto, algo sobre mi madre, al parecer fue lo que dijo.

—Así es. Como te conté, conocí a tu madre aquí. Ella, como sabes, siempre tuvo gusto por el café, Así por lo que hace unos años invirtió en el negocio, y resulta que te dejo un pequeño campo de café, que por el momento yo trabajo y produce, pero que no es mío, sino tuyo.

—¿Está hablando en serio señor Forti? Parece que hoy trata de que me quede sin palabras. ¿Qué quiere que le diga?

—Más bien, ¿qué gustas que yo te diga? Porque fue inversión de tu madre y si algo soy es honesto Así. ¿Qué piensas, qué te parece?

—Pues es una sorpresa señor Forti y pues yo no sé de café, ni siquiera sé que voy a hacer con ese campo de café.

—Mira, no te angusties, si gustas mañana podemos ir a ver la parcela y te cuento un poco más de esto y ya decides qué hacer. Si gustas yo con gusto puedo ayudarte y seguimos la sociedad que yo tuve con tu madre. A ti te daría una ganancia, pues al final de cuentas si sigues en México tendrías que darla a trabajar y pues es mejor dársela a alguien con buenas referencias y que conoce a tu familia. ¿No crees?

—Pues me parece bien, pero mañana no puedo señor Forti. Mi amigo regresa a México y debo llevarlo al aeropuerto. Hoy se fue de paseo a Venecia y seguramente ya va de regreso a la casa. ¿Qué le parece si pasado mañana vamos? De este modo no lo interrumpo en sus deberes y yo continúo arreglando las cosas en casa de mamá.

—Me parece excelente, te doy mi número y nos vemos pasado mañana muchacho.

Así, después de intercambiar información, se despidió del señor Forti y regresó a su casa, donde le esperaba Mike con unas cervezas.

—Man, si me voy a ir de Italia, que sea bien —y le dio una cerveza. Fueron pocas las veces que salimos y ahora tengo que matar esta sed antes de regresar a trabajar.

—Vale, me parece bien bro —y cada quien destapó una cerveza. —Salud.

Platicaron casi toda la noche hasta que el sueño los venció.

A la mañana siguiente, crudos y sin bañarse, se fueron en el auto rentado al aeropuerto. Revisaron lo del boleto de regreso y fueron a desayunar con un buen café. Allí Mike le preguntó si acaso pensaba quedarse en Italia, pues tenía un negocio y casa allí, pero él respondió que no estaba dispuesto a dejar todo e irse de México, pues le daban miedo los cambios y le era difícil imaginar una vida diferente a la que llevaba.

Pero mientras esto pasaba y ellos dejaban la cafetería para ir a que su Mike abordara el avión surgió una situación que no esperaban.

En verdad, no encuentro mi maleta, llevo allí todas mis cosas, si me permiten regresar adonde me hospedé, les puedo mostrar mi pasaporte—decía una chica muy bonita, de piel morena, delgada, cabello chino, negro y abundante. Tenía ojos grandes de color café claro y labios hermosos, de esos que parecieran que te invitan a perderte mirándolos.

—Perdone señorita, pero si nadie puede corroborar o traerle sus cosas, no puedo hacer nada por usted —le dijo la señorita de la aerolínea— debo llamar a seguridad y ya hablara usted con ellos.

—¿Es que no entiende? , solo necesito volver por mis cosas, si llama a seguridad me van a retener y perderé más tiempo, por favor, solo déjeme ir por mi pasaporte.

La escena sucedía mientras ellos pasaban cerca de ella. De inmediato notaron la situación porque la chica alzaba la voz y se veía sinceramente angustiada. Él quedó prendido de ella en ese instante. Tuvo ese sentimiento que a uno le llega cuando ve a alguien que le gusta, que es como un clic o un cambio en el mundo o una energía muy poderosa que hace ver el mundo desde una nueva perspectiva. Es como si por alguna razón, sin conocer a la persona, supiéramos que es especial o que significará mucho aunque sea por solo un momento.

Así, el tomó el valor de no se sabe dónde, pues es de esas decisiones que al momento pueden generar grandes desastres o increíbles historias y esta, esta fue una increíble historia.

Él se acercó al mostrador y se dirigió a las dos.

—Perdone señorita. Hasta que te encuentro. ¿Dónde has estado? Llegamos al aeropuerto y te desapareciste por completo —ella ni tarde ni perezosa, reaccionó y le siguió el juego a él.

—Lo siento, es que con las prisas no me di cuenta de dónde estabas y ya ni me despedí. Qué bueno que me encontraste, aquí me preguntan por qué no tengo mis papeles y ya hasta la policía quieren llamar.

—¿Cómo? Señorita eso no es necesario, ella viene conmigo y mi amigo Mike. Si ella olvidó algo regresaremos con lo que haga falta. Mire mis papeles e identificación, yo soy de aquí, fue solo un olvido cualquiera, por favor señorita.

La azafata solo torció la boca e hizo una seña de que se fueran, si bien porque tal vez les creyó, tal vez porque el hecho de que él apareciera complicaba las cosas y ya se había hartado, tal vez porque al ver que no parecían malos chicos y fue un error que no ameritaba más los dejo ir.

Caminaron juntos un tramo en silencio. Él le hizo una seña a Mike para que se acercara y caminaran los tres juntos.

—Si intentan secuestrarme, gritaré, lo juro — les advirtió ella.

—¿Qué? ¿Cómo? No, para nada, solo quise ser amable y salvarte de que te llevaran. Y esto porque sé que tú no eres una traficante de drogas o una ilegal aquí en Italia.

—Ja, ja, ja —soltó ella la carcajada. —Tienes razón, ustedes no tienen facha de criminales y yo siempre soy honesta.

Mike iba con ellos, pero se desentendió del asunto porque no entendía muy bien qué tramaba su amigo, pero los tres se dirigían a la salida del aeropuerto de regreso a Italia.

—Bueno, pues estoy de regreso en Italia, gracias superhéroe por salvarme —dijo ella extendiendo su mano para despedirse, muy alegre y coqueta. Él no supo porque ella se comportó así, acaso porque él le gustó o simplemente así era ella.

—No, gracias. No, no soy un superhéroe, solo soy amable y pues suerte.

Espero encuentres tus cosas.

—Cuídate, ¿mmm...?—Daniel. Me llamo Daniel y él es mi amigo Mike —respondió él mientras le daba la mano.

—Ah, muy bien, pues mucho gusto y gracias Daniel y Mike, yo soy Melissa. —Cuídense chicos y gracias otra vez, me tengo que ir —agregó ella mientras se alejaba.

—¿ Le dijiste "gracias"? Ja, ja ja.

—Cállate no sé, me puse nervioso.

—Ja, ja, ja, fue tan raro. Me sorprendió que le gustaras. Linda niña. ¿ Para qué la ayudaste si no la ibas a invitar a salir? Digo, ya de perdida que te agradeciera —y le guiñó el ojo Mike a Daniel insinuando algo.

—Cállate puerco —y lo empujó amistosamente Daniel a Mike. —Sí lo pensé, pero quién sabe quién sea, al final era arriesgarse, y se ve que ella es de México, igual que nosotros. Quién sabe qué esté haciendo aquí y sin papeles —agregó Daniel.

—Pues sí, eso es verdad man, de todas formas, quizás te la vuelves a encontrar o conoces a alguien más y ahora que te dejo solo en Italia podrás meter a las que quieras en tu casa iperro! —añadió Mike abrazando a su amigo

—Pues sí igual y sí —dijo Daniel muy seguro, expresando que no era mala idea, pero la verdad es que no quería borrar de su cabeza la imagen de esa chica.

Mike regresó a México y Dan, a su casa en aquel auto rentado. Durante el viaje se sintió solitario, pero a la vez, acompañado de la música y el recuerdo de tan perfecta chica. Mientras conducía imaginaba qué más pudo haber pasado con ella, mas no había pasado nada Al menos, hasta ese momento.

Capítulo 12

20 de mayo

Al siguiente día, Daniel fue muy temprano, como había acordado, a ver al señor Forti. Se vieron frente a su negocio y de allí se fueron en el auto de del señor a desayunar en un pequeño restorán. Posteriormente, se dirigieron al plantío de café, que se encontraba algo retirado del pueblo; como hora y media de camino desde donde se hallaban en ese momento. Este lugar se encontraba a dos horas de donde estaba la casa de la madre de Daniel.

"Me sorprende lo grandiosa que fue mi madre, tanto trabajo para salir adelante, y después de haber fallecido, aún aprendo de ella. Es increíble el impacto que tiene y que siempre ha tenido en mí. Debí, debí haber pasado más tiempo con ella, debí haber preguntado más, debí haberla visitado más. Qué falta me haces mamá..." pensaba Daniel mientras se le hacía un nudo en la garganta y sentía que en cualquier momento una lagrima rodaría por su rostro. Cuando el señor Forti notó esto decidió platicar con Daniel sobre otras cosas.

—¿Sabes? Mi familia lleva siglos viviendo aquí en Europa. A mis padres y a mí nos tocó vivir el final de la segunda guerra mundial. Mis hermanas y hermanos corrieron con más suerte; sin embargo, las cosas no fueron fáciles durante varias décadas aquí en Italia. Mucho esfuerzo y sacrificio significaron ganarse el pan de cada día que mi padre traía a la mesa. Y así construyó su casa y su tienda, de no haber sido por su trabajo yo nunca hubiera estudiado arquitectura.

—¿Es usted arquitecto señor Forti? Creí que siempre se había dedicado al negocio del café.

—En cierto modo sí, lo mío siempre ha sido el café. Pero fue hasta que me retiré que decidí dedicarme a esta vocación, porque la verdad antes me daba miedo emprender y tenía prioridades muy distintas, pero al retirarme me di cuenta de que me encanta trabajar, y creo que algún día así moriré: trabajando. Le quise enseñar a mis hijos el negocio, pero a ellos nunca les interesó; uno es doctor, Salvatore. Es el mayor, ya está casado y tiene tres maravillosas hijas. Mi otro hijo, probablemente más chico que tú, tiene veintitrés años. ¿Cuántos me dijiste que tenías Daniel?

-Tengo veintiocho señor Forti. Cumpló años el 4 de septiembre.

—No, pues sí, eres más grande que mi muchacho, pero no por mucho. La verdad es que los dos aún son unos jóvenes. Mi hijo menor, Santiago, es un verdadero diablo, pero es buen muchacho, de gran corazón. Estudia artes en París. Se hace gran sacrificio para que él esté allá, además de

que tiene una beca. Su hermano y yo lo apoyamos en lo que podemos. Su difunta madre estaría orgulloso de ellos.

—Lo lamento señor Forti.

—Gracias chico, pero no lo lamentos. Ana Maria fue una excelente compañera y gran madre que supo educar a sus hijos, pero la santísima providencia decidió llevársela y como milagro conocí años después a tu mamá. He sido un hombre afortunado, no me puedo quejar —dijo el señor Forti mientras conducía y le sonreía cálidamente a Daniel.

Y antes de que Daniel pudiera decir cualquier cosa, el señor Forti estacionó el automóvil frente a una gran barda que daba a un predio.

—Bien, hemos llegado. Vamos a ver lo que te dejó tu madre.

—De acuerdo.

Daniel siguió al señor Forti mientras admiraba el lugar.

El señor Forti se acercó a la gran reja de aquella barda de piedra y tocó la campana. La puerta se abrió pronto y un trabajador de allí salió a recibirlos.

- Señor Forti recibí su mensaje. ¿Cómo está usted?

—Bien muy bien Fernando, saluda a mi amigo, es el hijo de la señora Consuelo, ¿te acuerdas?

—Claro. Mucho gusto joven, mi nombre es Román, trabajo aquí desde hace seis años, desde que esto pertenecía a la familia Forti y pues luego perteneció a su santa madre, que en paz descanse. Le doy mi más sentido pésame.

—Muchas gracias don Roman, le agradezco.

—Nada de don Roman muchacho, Roman está bien. Pasen, pasen ustedes, permítanme mostrarles cómo está el lugar.

Roman les mostró los sembradíos de café, la bodega en la que guardaban el grano y le contó sobre las veces en que doña Consuelo fue a aquel lugar y sobre cómo disfrutaba del olor a café y ver los sembradíos.

Así pasaron el resto de la tarde, platicando. Roman les preparó café con una mezcla de grano recién molido con una maquina muy especial que tenían allí desde hacía años.

Luego de una increíble tarde allí platicando y un buen café, al momento de

regresar al auto, el señor Forti preguntó:

—¿Qué te parece muchacho? Todo eso es tuyo, bien podrías dedicarte ahora al negocio y ser socios. ¿Qué opinas?

—Pues verá señor Forti, el lugar es increíble y visitarlo me ha encantado, pero este era el pasatiempo de mi mamá, no el mío. Esto perteneció durante mucho tiempo a su familia, entonces creo que lo mejor sería venderlo, y como usted es a quien debo el placer de saber de este lugar y quien lo ha cuidado, es mi deber ofrecérselo a usted. Ese dinero serviría para darle mantenimiento a la casa de mis padres por un tiempo y para reparar mi auto en México. Italia fue el amor de mis padres, yo la verdad he disfrutado estar aquí, pero no me imagino viviendo en Italia. Mire, apenas llevo unas semanas aquí y ya extraño unos buenos tacos al pastor como solo en la capital los saben hacer.

—Bueno muchacho, no sé que decirte. La verdad es que no es ni era mi intención que decidieras eso al mostrarte este lugar; sin embargo si así lo quieres, pues... Yo creo que lo mejor es que lo medites y si aún estas decidido a vender, en una semana arreglamos todo para que antes de que te vayas tengas el dinero.

—Muchísimas gracias señor Forti, la verdad es que aprecio su amabilidad y honestidad.

Luego de esto, regresaron al pueblo donde al llegar se despidieron con cariño. Daniel tomó su auto y regresó a casa de sus padres. En la noche, antes de dormir, Daniel se preguntó qué debía de hacer; sin embargo, no tardó más de tres días para decirle al señor Forti que estaba decidido a vender. De esta manera el señor tendría tiempo para reunir el dinero y harían el negocio formalmente antes de que él regresara a México.

Así lo planeó aunque poco sabía sobre lo sucedería en los siguientes días y mucho después.

Esa noche decidió sentarse frente al televisor y ver una de esas viejas películas de Steven Seagal que le gustaban a su mamá, quien amaba las películas policíacas, artes marciales y acción. Era un gusto que compartían ambos.

Él recordó que cuando era niño se sentaba los viernes con su madre a a ver películas , que comían palomitas y bebían agua de sabor, porque a su mamá no le gustaba que tomara refresco; decía que era muy dañino para la salud.

Recordó que se sentaban los dos en el sillón y se arropaban con una manta, y que su padre se unía a ellos después de las cinco de la tarde, cuando regresaba de trabajar. No obstante, él siempre quería ver a otra

cosa porque se aburría con eso. Entonces su mamá, al ver que él ponía otra cosa en el televisor, decidía recostarse sobre el pecho de su papá, quien le acariciaba el cabello. Él se sentía feliz, muy feliz de estar con sus papás. Sin embargo, en ese momento estaba en aquella sala, en aquel sillón, solo, completamente solo.

Capítulo 13

24 de mayo

Daniel se levantó de madrugada para reunirse con el señor y el notario, pues el día anterior se había comunicado con él para decirle que había decidido vender la parcela, aquel pequeño terreno de cultivo de café.

El señor Forti aceptó, aunque no muy satisfecho, pues esperaba encontrar en Daniel el heredero y socio que necesitaba para que no se perdiera todo una vez que él falleciera. Sin embargo, el trato era bueno y, lo más importante, hacer lo que Daniel quería era como tener una última atención con su amada. Por ello decidió comprar el terreno que alguna vez fue de Consuelo.

—Puedes venderme la casa también, si gustas —dijo el señor Forti con tono bromista y amigable pero al mismo tiempo cuidadoso para no ofender al visitante.—No señor Forti, ¿cómo cree? La casa no la pienso vender — dijo con una sonrisa Daniel.

—Bueno, aun así, si necesitas mi ayuda con ella o cualquier otra cosa no dudes en llamar, yo veré cómo apoyarte, ya que aun sin Consuelo por aquí, puedes contarme como un amigo -agregó el señor Forti dándole una palmada en la espalda a Daniel.

—Muchas gracias señor Forti.

Después de esto siguieron hablando y llegó el abogado del señor Forti, quien le explicó todo a Daniel: acerca de cómo se debían hacer todos los trámites y todo lo que debían firmar y hacer para que recibiera el dinero sin ninguna clase de problema.

Después de esto, tendría que quedarse unos días más, pues debía corroborarse toda la información y hacer los trámites correspondientes. No se podía hacer todo el mismo día, así que fue a ver otra vez a su primo, pues provecharía no solo para visitarlo una vez más antes de retirarse de Europa, sino también arreglaría con ayuda de él, el cuidado de la casa y de todo cuanto había en ella, pues él esperaba volver a verla y ver nuevamente a sus parientes, como sus padres hubieran querido.

Así pues, esa tarde le llamó a Abraham alrededor de las cuatro de la tarde, para saber si podía visitarlos; sin embargo, su primo tuvo que trabajar hasta tarde ese día, y acordaron que lo mejor sería verse el fin de semana. Rápidamente Daniel le comentó lo que planeaba y la ayuda que le solicitaba. Su primo como siempre, muy amable accedió y le prometió encontrar a alguien que lo ayudara.

Capítulo 14

30 de mayo

El contrato ya había sido firmado, el trámite ya se había hecho y oficialmente desde dos días antes la propiedad había pasado a manos de su nuevo dueño. El señor Forti aún insistió en que si en algún momento deseaba recuperarla, con gusto se la dejaría en buen precio, así como Daniel ello había hecho. Pero Daniel no estaba interesado en aquel bien, pues no pensaba quedarse en Italia para siempre. Afortunadamente fue fácil encontrar quién le ayudara a cuidar la casa y su primo iba a estar pendiente de todo, ya que él había quedado como referencia y como guarda de aquel bien mientras que Daniel volvía para tomar alguna decisión sobre a la casa de su mamá.

Entonces, a escasas doce horas de tomar el vuelo de regreso a México, Daniel tuvo una sensación de emoción e incertidumbre. Había recibido una fuerte cantidad de dinero por la venta de la parcela y a pesar de que era para cuidar la casa, no podía evitar pensar en gastar una parte en sí mismo. Esto lo hacía sentir culpable, pues gastaría la herencia que le dejó su mamá.

"No es lo que ella hubiera querido" se dijo.

Una vez que hubo arreglando las maletas y dejado todo listo para irse en la mañana a México, se dirigió al pueblo, en donde al parecer había fiesta, el festejo que ya le habían mencionado Decidió ir a beber una cerveza con su primo, a manera de despedida. Así que tomó el auto rentado y salió al pueblo para verse con Abraham en un pequeño bar de la plaza.

El pueblo estaba bastante adornado con luces y flores, había varios puestos de comida y un pequeño escenario donde alguien tocaba música. La plaza tenía piso de piedra y estaba rodeada de comercios, era como si la hubieran tomado de un cuento de hadas. La gente se veía alegre, se divertía y se podían ver familias pasándola bien.

—Él llegó al pequeño bar con puertas corredizas de madera. Al entrar a aquel bar europeo buscó con la mirada a su primo, pero mientras lo hacía y se acercaba más a la barra escuchó una voz que se sintió como una patada en el estómago.

—Mira, ¿quién sigue aquí? Yo creo te van a correr por seguir aquí man ja, ja, ja, —dijo Diego alegremente acercándose a él. Llevaba una cerveza en la mano y a la

Jessica se acercó y lo saludó con un beso en la mejilla . Daniel en automático se puso a la defensiva, los saludó amablemente y les comentó

que estaba esperando a su primo.

—Ah, pues mientras lo esperas, siéntate con nosotros, yo invito —dijo Diego, dándole una palmada en el hombro. Daniel hizo una mueca y aceptó al no hallar la forma de zafarse sin ser grosero.

Se sentaron y Diego le empezó a contar sobre su viaje, de cómo habían estado todo este tiempo de paseo en Europa y que habían decidido volver a aquel pueblo porque la primera ocasión que estuvieron ahí alguien les había comentado que habría un festival y asistir sería la manera perfecta de terminar su recorrido.

Le contó de toda la actividad física que habían tenido y de cómo el viaje había sido agotador, pero que había valido la pena y le presumió algunas fotos de antros y lugares que fueron a visitar.

Esto no le causó gracia a Daniel, quien estaba a punto de levantarse e irse cuando Diego le dijo:

—Bueno, espérame amigo, vuelvo en un momento, tengo que ir al baño —y le dio un beso en la boca a Jessica. Cuando Diego se fue, se quedó serio, con una mirada molesta y culpando a Jessica. Ella incomoda le preguntó:

—¿Y qué has hecho? Qué locura, ¿no? De todos los lugares en la tierra en los que nos pudimos haber encontrado tuvo que ser aquí, ¿no? —dijo con una sonrisa que más bien parecía una mueca y tomó un trago de su cerveza. —Lo sabía, sabía que me habías engañado, sabía que había alguien más cuando me dejaste —agregó seriamente Daniel.

—Ay, cálmate, ¿eh? Te lo dije antes y te lo digo ahora, tú y yo ya no funcionábamos, ya no sentía nada, se murió, poco después comencé a tratar a Christian, eso es verdad. Pero lo que yo haya hecho desde entonces te vale un comino, ¿eh?

—¿Ah, sí? Pues sí, tienes razón, me vale, pero lo que pasó mientras estábamos juntos no. ¿Cómo es que él no tiene idea de que soy yo tu ex? ¿Dime? Explícame, dime cómo es que trabajando juntos durante tres años nunca supe que su noviecita eras tú, explica eso.

—Yo quería que fuéramos amigos Daniel, neta, créeme. Creí que podíamos hablar como gente civilizada, pero no, contigo no se puede, creí que al encontrarnos en otro lugar en otro punto de nuestras vidas, sería una oportunidad para ser amigos, pero tú no fluyes, no dejas las cosas pasar, sigues atado al pasado.

Daniel tenía tanto qué decir y echar en cara... Estaba molesto y frustrado de no poder decir todo lo que sentía y pensaba, pero justo cuando él iba a

hablar una mano delicada suave y morena se posó sobre su hombro.

—¿De qué me perdí? ¿Me voy por un rato y ya me estás engañando?

—preguntó la chica que abrazando a Daniel por el cuello le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Él no lo podía creer, su rostro expresó tanta sorpresa al igual que el de Jessica al ver a la joven chica sentarse y saludarla de mano.—Hola, soy Melissa, la novia de Dan — se presentó y saludó de beso a Jessica. Luego se sentó al lado de Daniel y colocó su mano en la rodilla de él. —Perdona que me haya tardado; estaba esperando a mis amigos y ya llegaron. Ya podemos irnos si quieres ya no tienes que esperarnos —agregó Melissa dirigiéndose a él y lo jaló para que se levantara.

— Claro, qué tonto. Los busqué y los busqué, pero no los vi. Sí, vayámonos —dijo Daniel, agarrando la onda rápidamente.

—Wow Dany, no sabía que tenías novia —añadió Christian al llegar a la mesa con otras cervezas.

—Sí, desde hace un par de meses —agregó él nervioso al no saber qué pasaba y con temor quedar en ridículo.

—Ya saben cómo es Dany de reservado —dijo Melissa abrazando a Daniel y jalándolo —vente, nos esperan.

—Bueno, pues, qué bueno fue verlos —dijo Daniel despidiéndose de Diego como si fuera su amigo. Lo hizo porque en el fondo tenía la certeza de que había ganado de alguna manera.

—¿Quién te viera Dany?, ¿quién te viera? —le preguntó Diego y Daniel se despidió solo de lejos de Jessica.

—Nos vemos, fue bueno verte después de tanto tiempo —dijo Daniel gritando mientras se alejaba y hacía ademán de despedida; Y así salió de entre la multitud que había en el bar y llegó a la calle con Melissa.

-Gracias, Melissa. ¿Quién hace esto por un extraño? —le preguntó Daniel desconcertado y un tanto intrigado por lo que había sucedido.

—Pues tú me salvaste en el aeropuerto y cuando llegaste al bar yo estaba en una mesa con mis amigos, pero intenté saludarte y no me viste o tal vez ya ni te acordabas de mí —le respondió ella amistosa y juguetonamente, con esa voz tan amigable y dulce que tenía.

—Lo lamento, claro que me acordaba de ti, ¿cómo no hacerlo? —añadió Daniel riendo de nervios y sintiéndose un poco torpe en esa interacción.

—De verdad, gracias Melissa. No tienes idea, te debo la vida. Si necesitas

dinero o algo, con gusto —dijo Daniel extendiendo los brazos como diciendo que estaba dispuesto a devolver el favor.

—Excuse me? —preguntó ella con un gesto burlón al sentirse ofendida.

—Olvídalo Dany, solo fue un favor, no te robaré los órganos ni tu cartera ni nada, solo fue el karma devolviendo la moneda — dijo sonriente, mientras se alejaban de la multitud y se dirigían al centro de la plaza y ella con la cabeza buscaba algún rostro familiar entre la multitud.

'—Ahora mejor ayúdame a buscar a mis amigos, ya íbamos de salida cuando me acerqué a ti.-continuo Melissa

—Sí, sí, claro, pero, ¿cómo son? —le preguntó él intentando buscar también alguien que no sabía quién era.

—Pues, uno es alto, delgado, con ojos café claro, nariz recta, moreno. Trae un gorro gris y viene con dos chicas, una chaparrita, medio rellenita, con blusa de gran escote, cabello negro y suelto, y la otra tiene lentes azul turquesa grandes.

—Ok, ok, buscaré un grupo así, gafas, gafas, chico de gorro, escote...

Al escucharlo ella lo volteó a ver con cara de extrañeza y empezó a reír.

—Digo, no solo busques en todos los escotes, ¿eh? —dijo Melissa haciéndole una cara de desaprobación.

—Perdón, perdón no quería decirlo en voz alta, repasaba todo lo que me dijiste —y los dos rieron.

En ese momento Daniel la volteó a ver mientras ella buscaba a sus amigos entre la multitud, el ruido y las luces. , Él veía que todo dejaba de ser lo que era para convertirse en colores alrededor de ella. El tiempo se detuvo solo para observarla. Era el momento de tomar una decisión, el destino ya le había traído algo que no imaginaba, ella era hermosa, delgada, de cabello largo negro rizado, tez morena, casi color caramelo, labios y nariz delicados, ojos grandes y claros. Melissa vestía una bufanda gris, blusa azul, botas café, y pantalón de mezclilla. Parecía que la habían sacado de su imaginación.

—¿Qué pasó? —le preguntó Melissa mirando hacia ambos lados, viéndolo a los ojos a Daniel y sonriendo.

—Yo, —"piensa Daniel, piensa, habla" se decía para sus adentros —yo, creo, que lo mejor, yo creo que lo mejor será esperar a tus amigos en algún lado y enviarles mensaje, ¿no crees? Mientras te invito una cerveza para agradecerte, ¿te parece? — dijo ya sin tapujos y tomando la

oportunidad que se le estaba presentado.

—Sí, es buena idea, pero ¿tú no tienes nada que hacer? —ella esperaba que él se fuera y solo quería enviarles mensaje a sus amigos.

—Pues no, la verdad no, mi primo no llegó y mañana me voy a México, así que pues solo queda irme a mi casa —le respondió y sintió que ella lo rechazaba, pero siguió de todas maneras, tal vez forzando demasiado la situación. —¿Qué opinas? ¿Una cerveza?

—Bueno, ¿por qué no? Una cerveza — accedió ella al pensar que el era lindo y caminaron los dos a otro bar un poco más retirado de la plaza principal.

Ya en el bar platicaron por horas, él le contó sobre su mamá, sobre el viaje, sobre su trabajo y sobre los personajes de los que ella le había salvado unos minutos antes.

Cantaron juntos, bailaron y tomaron cerveza tras cerveza hasta que hizo demasiado frío y decidieron irse. Ella lo tomó de la mano y reían por las calles, hasta que ella tropezó y se recargó en un auto. Él la sostuvo y se acercó, se acercó poco a poco mientras sus corazones se agitaban y él no podía creer lo que estaba pasando y la suerte que entonces tenía. La besó, la besó apasionadamente, de manera torpe al inicio, pero encontrando ritmo tras un instante y acercándola más y más a él. Acarició su cabello y deseó que ese momento no acabara jamás, pero lo hizo, y cuando lo hizo, ella lo tomó de la mano y fueron al hotel de ella, subieron las escaleras entre risitas y besos. Llegaron al segundo piso y ella abrió la puerta mientras le hacía señas de que estuviera callado, que sus amigos dormían en las habitaciones de al lado. Entonces entraron muy sigilosamente y él la besó con frenesí mientras ella lo desvestía y él a ella.

Su cuerpo se estremecía contra el de él al ritmo de un compás como si hubiera tambores, adelante y atrás era el mover su entrepierna frotando contra el cuerpo de él. Una y otra vez mientras su aliento se mezclaba con el de ella para fundirse en su piel como besos al aire transformados en gotas de rocío que recorrerían sus cuerpos.

No había palabras, no había emociones, no había caricias dulces ni plática previa.

Solo dos cuerpos tratando de volverse uno, convertirse en el andrógino perfecto, una bestia de dos cabezas y dos espaldas con un retumbar al moverse de un lado al otro hasta consumirse en fuego en un instante. No había universo, ni luces, ni siquiera una cama que los contuviera, eran esencia, almas diluidas en un vacío agolpándose una contra otro para ser

cenizas en una explosión de placer.

Ella se movía, su respiración se sentía contra su pecho, y era todo lo que él deseaba oír esa noche. Que esa noche fuera eterna suplicaba o que la eternidad fuera esa noche, que no se detuviera hasta alcanzar el cenit de su deseo y que ese deseo nunca tuviera fin.

Solo podía tomarla de una manera, solo podía ser suya de una manera, el no perdería ni un solo momento para demostrar cuanto la deseaba y anhelaba ser su dueño, al menos, por esta noche.

Senos hermosos, divinos, firmes y suaves con la forma perfecta y el tamaño preciso para ser gemas en su cuerpo que ahora eran la corona que él ponía en su cabeza. Un trasero suave y bien definido, pequeño, apretado, deseable, bien había una razón para que todos voltearan al verla caminar.

Pero esta noche, esta noche toda era de él.

Sin remordimiento, sin paciencia, sin misericordia la tomo y la hizo suya, una y otra vez mientras la noche llegaba al punto más oscuro y volvía a convertirse en luz. Ella era lo más perfecto que pudo haber existido entre sus manos y no se iba a permitir soltarla mientras ella estuviera con él. No importaba nada de lo que pasara mañana, esa noche cimbraría por la eternidad en su memoria, en su piel, en lo más profundo de su ser, porque ella sabría, pasara el tiempo que pasara, pasaran las personas que pasaran, que nadie, nunca, le haría sentir lo que él la hizo pasar esa noche; Era volverse adicto y abstemio la misma noche.

Sufrir el infierno para poder probar el paraíso por una sola vez, y solo por esta vez, habrá valido la pena.

El amanecer llego. Un animal furioso convertido en dos amantes desmayados en un cuarto, tras una noche de éxtasis y placer. Nadie más sabia lo que había pasado la noche anterior más que ellos dos. Imágenes borrosas y una sensación de libertad y placer recorría sus cuerpos.

Y al abrir sus ojos entre las sombras y el aclarar de la vista, podía contemplarla a ella. Ella, el objeto de su deseo y su pasión. Su musa desnuda sobre la cama aun dormida, respirando suavemente con los labios entre abiertos y sus cabellos libres sobre su rostro, no hay obra de arte más perfecto que pudiera siquiera emular la belleza de la doncella a su lado.

Sería un crimen despertarla, así que solo observo, ahora paciente, ahora calmado, ahora deseando besar aquellos labios que no podrían más que describirse como suaves y delicados. Pero no, no lo hizo, una imagen tan perfecta no podía ser interrumpida por nada; debía ser natural, casual, sin

presión alguna para que aquella ninfa no huyera al descubrirse expuesta por la mañana.

El cansancio al final lo venció, se desplomo una vez más a su lado, apacible, tranquilo, feliz. El universo mismo se regocijaba con la escena de dos amantes reunidos hasta el fin. Y como el soplo del aire, ella se fue, tal vez para siempre. Sin explicación, sin razón, no había justicia en tal imagen al despertar y no ver a su amante, el destino se la había arrebatado; ya nada importaba, era una escena triste y deprimente como todo llegaba a su final.

Y alzándose de la cama acomodó las sábanas, abrió las cortinas blancas de la habitación y miró al cielo por aquel gran ventanal que daba al pequeño balcón de la habitación, viendo al cielo dio un último suspiro, cerró los ojos alzando los brazos, revolvió su propio cabello con ambas manos para después extender las manos hacia arriba y sintiendo la luz a través de sus párpados, solo agradeció en sus adentros el sueño mágico que pudo o no haber sucedido la noche anterior pues se sentía con algo irreal como para una historia que por nada del mundo, cambiaría.

Era una mañana mágica de domingo, y era momento de volver a México.

Capítulo 15

Martes 1 de Junio.

Al fin en México, después de un largo viaje que culminó con un gran fin de semana, Melissa estaba lista para volver a sus actividades en la universidad. Faltó el primer día, claro, pero valió la pena el paseo por Europa con sus amigos. Se levantó temprano, tomó café y un rollo de canela de esos que tanto le gustaban y se despidió de beso de su mamá y su hermano. Era evidente su buen humor y la sonrisa en su cara, pues ahora más que nunca había decidido seguir adelante. Toda sombra del pasado o amargura se quedaron en Europa.

Bajó los dos pisos por las escaleras con su bicicleta y se fue en ella a la universidad. Como se había levantado temprano tenía bastante tiempo para llegar, así que se tomó su tiempo en la bici en lugar de ir toda apresurada como el semestre pasado, en que tenía que tomar el bus o un taxi para no llegar tarde.

Acomodó su bici frente a las escaleras de la facultad en ese pequeño mueble que dicen que es el estacionamiento de bicis y tomó su mochila para entrar. En el pasillo se encontró con su mejor amiga, Samantha, a quien saludó muy calurosamente con un abrazo y ambas se dispusieron a ir a clases.

—Entonces, ¿ya me vas a contar? —le preguntó Samantha moviendo los ojos muy pícaramente.

—¿De qué Sammy?—preguntó sin tener idea Melissa a qué se refería su amiga.

—De tu galán, el que casi hace que pierdas el avión —respondió sonriendo y moviendo las cejas Samantha hacia arriba.

—Uff, cálmate, perder el avión —agregó Melissa empujando de manera juguetona a su amiga mientras seguían caminando hacia el tercer piso, hacia su clase.

—Primero, nos cambias, dices que viste a alguien que conocías, te alejas y luego te desapareces. Y ya en la noche nada más se oía cómo andabas pujando en el otro cuarto —añadió Samantha a manera de broma, esperando que Melissa contara algo.

Melissa se sonrojó y le pegó con los libros a su amiga. —Cállate Samantha, te pasas.

—Bueno, no tanto así, pero de que hicieron ruido cuando llegaste, hicieron ruido, yo me quise asomar, pero Tabatha me dijo que no, pues quizá era su primo y les arruinábamos el momento —agregó Samantha sobándose la cabeza. —¿Entonces quién fue?

—Ya te conté en el vuelo, lo conocí en el aeropuerto cuando los trataba de alcanzar en Alemania. Él y su amigo, un gordito alto, me ayudaron a que no me deportaran por perder el pasaporte, que al final resultó estar en mi maletín rosa que olvidé en el hotel y que por fortuna aún estaba allí.

—Sí, bla, bla, bla, pero dime, quién fue, es todo lo que me has dicho. Que si te ayudo, y que luego lo ayudaste, y que su ex, y que risitas, y que toda la noche, y que luego se te hizo tarde en la mañana y nos alcanzaste a desayunar. Obvio no fue Joaquín por la cara que tenía la mañana, que parecía que mientras a ti te daban, él era el que lo sentía.

— Ja, ja, ja, —rieron ambas. Neta, qué mala eres Samantha.

—Obvio estaba que se lo llevaba la fregada, no sabía a quién se habían cogido la noche anterior, si a su prima lo cual era un golpazo, o a ti, que yo creo que se infarta si se entera, de no ser porque Tabatha cerró filas, ahorita te estuviéramos velado —dijo dándole unas palmadas en la espalda a Melissa.

—Tú sabes que yo no soy así amiga, de verdad, no sé qué me pasó, por un segundo todo fue perfecto y la verdad él no estaba nada mal y solo se dio, ¿sabes? —dijo Melissa, recordando aquella noche mordiéndose el labio. —Pero la verdad es que solo fue eso, fue divertido, pero ya, no dio para más. Neta que él no es lo que busco —dijo Melissa con mucha certeza.

—¿Entonces no te ha marcado? —preguntó Samantha como para saber si de verdad su amiga había tenido solo un encuentro casual o había algo más que ocultaba.

—No tiene mi número, ni yo el de él, en realidad ahora que lo pienso no sabía casi nada de él —dijo Melissa moviendo los hombros.

Las dos movieron los hombros y entraron a clases.

Más tarde, Joaquín le envió un mensaje para saber cómo estaba y ella le contestó como siempre lo hacía.

Al ser inicio de trimestre, la verdad es que había bastante trabajo por hacer. Desde ese primer día de clases, hubo muchísima tarea, aparte de los apuntes que tenía pendientes de las clases del lunes. Así que el fin de semana que Érica, una amiga de la preparatoria, le invitó a ir a una fiesta, ella simplemente dijo que no, con cara triste y prefirió quedarse a

descansar el sábado en la noche una vez que acabo de hacer todos los pendientes.

Ya más noche estuvo leyendo un libro en su habitación y platicó con amigos por el celular. Joaquín le contó sobre cómo había sido su semana y le preguntó sobre la suya, se mandaron imágenes graciosas y también habló con Samantha, que le mandó las fotos del viaje.

Pero mientras hacía todo esto, la verdad es que ya en la soledad de su habitación y sin nada en la cabeza, recordaba a Dan, con quien pasó su última noche en Italia. Se preguntaba qué habría sido de él. Ciertamente, ella se fue de la habitación dejándolo a él, pero ¿por qué no la busco? ¿Por qué no le pidió su número? Tal vez era casado. Tal vez tenía novia. Tal vez era un traficante. Tal vez, un criminal. Tal vez mintió sobre todo. Tal vez ni siquiera le interesaba de verdad. Y entonces se decía: "Cállate Melissa. Neta te avientas toda una historia por algo de solo una noche, solo fue eso, una noche, no lo volverás a ver, ni a saber de él ni absolutamente nada de nada. Al final de cuentas ni era tan guapo y además babeaba, no puedo creer que lo haya hecho, pero qué estaba pensando. ¿Y si tenía alguna enfermedad? ¡Diablos! Y si tenía alguna enfermedad?"

Pensó todo esto y hasta se sentó en la cama. "¿Y si, peor aún, estoy embarazada? No me ha bajado, diablos, diablos, diablos. Ya Melissa! ¡Carajo! Piensas demasiado todo, aun así hay que ser cuidadosas, mañana me hago prueba de todo a todo. Bueno no, mañana no porque es domingo, pero el lunes voy al médico a hacerme prueba de todo para verificar que estoy bien y sin nada" Se dijo esto muy segura, apagó las luces y se fue a dormir. Y así lo hizo, el lunes en la mañana fue al laboratorio y se hizo una prueba de ETS y de embarazo. Afortunadamente, al día siguiente, cuando recogió todos los resultados, verificó que estaba sana y salva, y sin embarazo alguno.

Capítulo 16

Jueves 30 de junio

Pasaron dos semanas desde aquellos exámenes y su vida siguió normal y tranquila: escuela, familia, amigos, ir a comer por allí con sus amigas, ir con su familia al cine, ir a comer con su papá, cosas así. Ya era semana de parciales y ella se pasaba los últimos días estudiando y estudiando. A veces Samantha se quedaba en su casa para estudiar juntas., Otros días ella se quedaba en casa de Sam.

Un jueves antes del examen de Micro biología, ella se encontraba leyendo mientras tomaba un chai latte en un café, muy cerca de la escuela. De pronto alguien se le acercó y le dijo:

—Disculpa, ¿te acuerdas de mí? —dijo la voz de un joven como de veintitantos años que ella no reconoció, pero un segundo después, antes de alzar la mirada, su corazón se detuvo, creyendo que era Daniel, el chico que había conocido en Italia.

Al alzar la mirada su desconcierto fue grande, pues no era quien esperaba, sino que se trataba de un chico, muy guapo, rasgos finos, rostro delgado y de complexión delgada, pero no tenía ni la más mínima idea de quién era. Sus ojos la delataron y el joven que vestía suéter azul con cuello ve, camisa blanca, pantalón de mezclilla y tenis negros dijo:

—Creo que no dejé una gran impresión, ¿verdad? Ja, ja, ja, me imagino. No te acuerdas de mí, soy quien encontró tus cosas hace un par de meses, las que dejaste una noche en un café.

Ella recordó entonces ese día. Era el tipo que le devolvió su mochila cuando se fue de casa de su .

—Oh, cierto cierto, el que estaba peleando con esa chica —dijo ella sin pensar. —Lo siento, la verdad ni me acordaba —sonrió ella al decir eso.

—No te preocupes, la verdad yo tampoco te reconocí al principio, pero al verte te me hiciste conocida y nunca supe tu nombre en aquella ocasión —agregó él tranquilamente, sin saber si si sentarse o quedarse de pie.

—Melissa, mi nombre es Melissa y te agradezco lo de la mochila. ¿Quieres sentarte? —dijo ella no muy convencida de la situación, pues era obvio que él quería algo, pero ella a pesar de sentirse halagada, no pensaba realmente más que en salir de allí e ir a su clase.

—Gracias, pero debo ir a clases, me dio gusto conocerte, es un placer

Melissa. Yo soy Samuel.

—Gracias, igualmente .

—Oye, me gustaría invitarte una cerveza o un café para seguir platicando. Pásame tu número y nos ponemos de acuerdo

"Wow, qué directo, mmm. Ok. Le daré chance", pensó Melissa y le dio su número. Después, se despidieron y ella pensó: "igual y sí es el destino, ¿quién sabe?" y siguió el resto del día con una sonrisa en el rostro.

Más tarde, después de clases y ya de camino a su casa, Samantha le preguntó:

—¿Y ya me vas a contar por qué tan sonriente?

—¿Sonriente? ¿Yo? ¿De verdad? No lo había notado —añadió Melissa haciéndose la inocente. —Un chico me pidió mi número hoy y no estaba nada mal. —Y le contó toda la historia a Samantha.

—Interesante, tal vez tengas razón y es el destino, pero no te emociones, primero que te mande mensaje y ya después vemos, ¿vale? Y ¿qué, ¿si estaba guapo?

Melissa le dio detalles.

En la noche él le envió un mensaje y empezaron a escribirse. Resulta que vivían muy cerca el uno del otro y que tenían gustos parecidos en música. Él le contó que estaba estudiaba ingeniería en computación, que quería tener su propio taller de computadoras y celulares pronto. Melissa le escribió sobre su carrera.

Al final él se despidió y quedaron de acuerdo en que saldrían el sábado en la tarde e irían a tomar una cerveza, irían a escuchar a unos amigos de él que tocarían en un bar del centro. El viernes también se enviaron mensajes y Melissa no lo admitía aún, pero sentía una fuerte conexión con él.

Capítulo 17

Domingo 3 de julio

Salieron ese día al cine y a Recorcholis, estuvieron jugando en las maquinitas y se divertieron bastante, era fácil estar juntos, ella reía mucho con él y él era bastante divertido y extrovertido, se entendían bien, pues tenían gustos similares en música y películas, cosas así, que parecieran no ser importantes pero lo son bastante cuando acabas de conocer alguien con quien además sientes una química bastante fuerte. Y fue, justamente, cuando estaban en una de las maquinitas de carreras que se besaron por primera vez, después de eso durante la película en el cine fue todo muy normal, se estuvieron besando a cada oportunidad y estuvieron bien abrazados durante la película, al final él la llevo a su casa en su auto, una jeep verde modelo anterior al dos mil, la dejo en la puerta de su edificio y se retiro cuando vio que ella entraba. Ella estaba... podría decirse, enamorada, y si no lo estaba, por lo menos podríamos decir que estaba emocionada con la idea de este nuevo romance, pero su sonrisa era consistente con alguien que ya había sido flechada por cupido.

Llegando su madre le pregunto que tal le había ido, a lo que ella contesto que bien sin dar detalles, pero bien podía notar su mamá que su hija ya estaba fuera del hoyo en que había quedado de su anterior relación y le daba gusto saber a su hija bien.

Melissa inmediatamente llegando, saco su celular para contarle todo a su mejor amiga y mas tarde para enviarle mensaje a Samuel, quien le mando mensaje primero una vez que llego a su casa. Y así fue a partir de ese día, no dejarían de hablar ni un solo momento del día.

Capítulo 18

Lunes 4 de julio

Todo en la escuela transcurrió con normalidad, tenía bastante tarea para toda la semana y eso que apenas era lunes. Aun así, se dio tiempo para ver a Joaco y tomar un café después de clases. Él ya había superado el que ella hubiese tenido una aventura en Europa. La verdad es que Joaquín era muy inmaduro en ese aspecto, no entendía que ella no era nada de él. Melissa no sentía amor por él, solo eran amigos, Así la llevara a donde ella quisiera y le diera lo que le diera, ella no sentía nada por su amigo, y si aún no lo entendía, más golpes se seguiría recibiendo, pues Joaquín aún no sabía que Melissa había salido con alguien y que una vez más él iba a acabar en la banca por no ser lo que ella quería.

Se saludaron amistosamente y se empezaron a poner al día sobre todo lo que habían hecho en esos días que tenían sin verse; ella le contó como le estaba yendo en la escuela y sobre el regreso de aquel viaje que hicieron entre todos. Melissa le preguntó por su prima a Joaquín, él le contó como había estado estos días entre la escuela y el fútbol, en un momento entonces Joaquin insinuó algo sobre cierta situación que el creía había pasado con su prima en el hotel(fingiendo no saber que fue Melissa la del romance en Europa).

—Le dije que estaba bien, solo porque era su cumpleaños, así que no le dije ni le diré nada a mi tía. Está bien que salga un rato, ¿no crees? Digo, yo lo hubiera hecho, pero venía con ustedes y pues ni modo que las dejara solas en el hotel, así empiezan las películas de terror —dijo Joaquín muy discreto, tratando de sacarle la sopa a Melissa, quien le siguió el juego, pues ella tenía más información que él ya sabía que no era así, que su prima bien sabía que él estaba en el hotel.

Melissa entendió entonces lo que Joaquin trataba de decir, así que solo asintió sin incitar sospecha alguna, pues le siguió el juego.

—Pues sí, no tiene nada de malo, ella es grande y pues sabe lo que hace, aunque yo no escuché nada —dijo Melissa como tratándolo de terminar con el asunto.

—Lo bueno es que lo que sucedió en Italia se quedó en Italia —agregó Joaco como insinuando que al menos el asunto había terminado allá.

Ella no lo dijo, pero él noto, y más bien cualquiera lo hubiese notado, por la forma en que Melissa se mordió el labio al hablar del tema, que aquel evento fortuito no era algo que se había quedado en Italia, porque

significo mucho para ella ya que fue muy especial, pero como era bastante obvia la situación y ella no quería tener que despachar a Joaco otra vez, fue tajante y le dijo:

—Pues quién sabe, yo digo que si la paso bien, no tiene nada de malo que tenga un buen recuerdo. Como sea, tendrías que decirle a ella, ¿no crees? Al final no es mi asunto, .

Joaquín sintió que el ataque llegó directo al vientre, pero siguió la plática con mucha seguridad. Era evidente, por su tono de voz, que había recibido el mensaje de Melissa fuerte y claro.

Sí, es cierto, es cosa de ella. Entonces, ¿estás saliendo con alguien? Qué bien, me alegro por ti, eso es bueno, y ¿de dónde es? —preguntó Joaquín.

Y así continuaron platicando un rato. Él intentaba aconsejarla sobre el tema y ella bromeaba, como era su costumbre, y poco a poco el ambiente volvió a ser amigable entre ellos; platicaron como era costumbre, platicaron sobre chismes y cosas que llegaron a vivir en el pasado juntos. Hablaron de todo y nada a la vez, hasta que se hizo tarde y ambos se fueron a casa, cada uno tomando su propio camino..

Capítulo 19

Viernes 8 de julio

Samuel fue por ella a la escuela. Le llevó rosas y fue como acostumbraba ir siempre a todos lados: bien arreglado. Ella lo besó y se fueron al cine. Vieron una película en la Cineteca Nacional, una película rumana sobre niños que sufrieron debido a la trata de personas. A ambos les gustaban los dramas extranjeros.

Al salir comentaron la película y en un momento de debilidad bajo la oscuridad de la noche las cosas empezaron a subir de nivel entre ellos, pero ella lo detuvo, le dijo que allí no y que la verdad aún no se sentía lista para algo más con él y menos tercera base en medio de la calle.

Él se disculpó y respetó su decisión. Después, la llevó a su casa y se despidieron de beso muy tiernamente.

Algo pasaba y ella sentía que no era aún tiempo, era como si ella quisiera, pero a la vez algo por dentro le impedía intimar con él.

Esa noche ella le contó por mensaje a Samuel lo que había pasado en su última relación y de cómo había terminado también. Él fue comprensivo y ella nunca sintió presión de ningún tipo con él, al contrario, mientras escribían sobre esto ella sintió un genuino interés por parte de él y comprensión; fue algo así como una fuerte conexión con él. Sin embargo, ella le mandó un mensaje a su amiga Sam para que la aconsejara. La otra no le pudo decir nada por que andaba de fiesta y contestaba a medias, pero quedaron de verse al día siguiente para platicar.

Capítulo 20

Sábado 9 de julio

Samantha y Melissa se vieron esa tarde en la plaza para platicar. Se compraron un helado de yogurt con muchos toppings y se sentaron en el área verde en una de esas mesitas con sombrillas en medio de la plaza. Melissa le contó el dilema a su amiga, mientras esta le preguntaba cada detalle de lo último que había pasado entre ella y el que ahora era su novio: Samuel. Le preguntó lo que él le dijo e hizo, absolutamente todo...

—Pues no sé Meli, suena a que aún no superas lo de tu ex, pero no entiendo. ¿Cómo es que en Italia...? Tú sabes, y con este chico, ¿no?

—No sé, creo que porque lo que paso allá, solo sucedió y ya, sin presión sin compromiso alguno, solo ocurrió y ya. Pero esto es diferente, me gusta, me gusta de verdad, pero falta algo, no siento lo que debería sentir. No sé, tal vez solo me siento estresada por la escuela y todo eso.

—Mmm, sí ha de ser eso. Yo digo que te dejes llevar aunque si él quiere que le cueste dijo Sam mientras hacía un ademán con las manos, como tirando billetes sobre la mesa. Las dos rieron.

—Ja, ja, ja. Cálmate tú —dijo Melissa.

Claro que sí: un auto, una buena cena, hotel de lujo, ropa. ¡Pos oye! Si voy a rentar a mi amiga que sea de provecho —añadió Samantha y las dos rieron.

Capítulo 21

Sábado 23 de julio

Después de aquella conversación, pasó una semana más para que Melissa siguiera el consejo de su amiga y solo se dejara llevar, no podía decir que aquello que sucedió fue lo que hubiera deseado, y tampoco tan malo como para decir que no era suficiente, pero no del todo.

Aun así se sentía satisfecha con su relación y al siguiente fin, el sábado lo llevaría a conocer a sus papás, bueno, más específicamente, a su mamá y a su hermano, porque a su papá lo conocería hasta unas dos semanas después.

Todos fueron juntos a comer a un bonito restorán en la Narvarte para platicar y conocerse mejor. No faltaron los comentarios de su madre, agradeciendo a la providencia que tuviera una relación diferente y más "normal", según ella. Hubo otros tantos comentarios que le cayeron a Melissa, en el hígado, y ahí le hubiesen caído a cualquiera que la hubiese escuchado. Sin embargo, al estar el novio presente no le quedó a Melissa más que aguantarse. Y a pesar de que trató varias veces de aligerar el ambiente, no pudo más que lograr que hubiera silencios incómodos de vez en cuando, lo cual a pesar de esto, Melissa lo agradeció.

Samuel platicó sobre su familia, de dónde era, qué estudiaba,, comentó que practicaba fútbol... Someramente habló de los planes que tenía para el futuro.

A la madre de Melissa sinceramente le agradó mucho Samuel y al hermano le cayó bien, pues "tenía sangre" con las personas.

Una vez que acabaron de comer y después de platicar hasta que el sol se ocultó, esto después de varias tazas de café, se despidieron todos. Melissa y él irían al cine. Su mamá y su hermano se despidieron amistosamente de él, diciéndolo que esperaban verlo pronto y que confiaban mucho en él para que cuidara a Melissa y no la hiciera sufrir. Él muy cortésmente aceptó la encomienda y se retiraron. Ya más tarde, antes de entrar al cine Meli y Samuel platicaron, compraron helados de yogur y se metieron a ver la película.

Al salir del cine él la besó. Ahora ella tuvo una nueva sensación, una sensación parecida a la que tuvo en Italia. Fue lo suficientemente fuerte y en el estacionamiento, dentro del auto, los dos tuvieron un encuentro romántico. Pero al final fue solo parecida, no fue igual. Él lo notó en los ojos de ella, pero no le dio importancia y siguió con lo suyo, lo cual ella

también notó.

Al final él la llevó a su casa y se despidieron con un beso en la puerta del edificio. Él se fue y ella subió a su casa, no hubo mensajes esa noche, ni de uno ni de otro. Ella solo podía pensar en que no se sentía satisfecha. ¿Qué estaba pasando? Él era grandioso, tenían gustos parecidos, era alto, guapo, medio gordito, pero eso solo lo hacía verse grandote, sobre todo con su barba, pero algo seguía sin convencerla.

Pasó un par de días y todo volvió a la normalidad entre ellos. Él siempre era romántico: le llevaba rosas o las flores que a ella le gustaban. Salían al parque o se quedaban en casa de ella a ver películas tranquilamente, bromeaban... El problema que ella creía haber en él empezó a simplemente a Samuel la trataba bien y con respeto, siempre era puntual y pulcro. Poco después conoció al papá de Melissa. Ese día comieron los tres juntos y platicaron un poco. Antes de que el señor se retirara, pues tenía una junta en el trabajo, este le dijo a Sam: "Te la encargo mucho campeón." Todo salió muy bien ese día.

El siguiente mes se hizo muy pesado para ambos, pues tenían mucho de la universidad. Ella no podía enviarle todo el tiempo mensajes y él también se desaparecía bastante, además de que jugaba fútbol los domingos.

Ella no podía ir a verlo por la gran cantidad de tarea que tenía y él tampoco la visitaba, pues terminaba cansado luego de todas sus actividades. Poco a poco los mensajes se hicieron ocasionales y fueron más como requisito que como interés personal. Fue algo como compromiso laboral y no enamoramiento. Aún así se veían una vez a la semana, o dos si tenían suerte. Comían juntos, visitaban alguna exposición, iban al cine... Un par de veces fueron a fiestas juntos y llegaron a intimar en esas ocasiones, pero ella empezó a sentir poco a poco el distanciamiento y el estrés a causa de la escuela. Él no era una prioridad y a pesar de que podían confiar el uno en el otro y empezaron a hacer planes juntos, como poner un negocio o irse a Europa juntos, la verdad es que dentro de ella volvió y empezó a crecer ese sentimiento de que era bueno, pero no suficiente, sobre todo en la cama. Porque si algo hizo que funcionaran las cosas con su ex Porque algo que caracterizaba a Melissa era que era ardiente. Y justamente este sería el problema que causaría que todo se viniera abajo mes y medio más adelante de lo que les estoy contando. más específicamente, un frío diciembre después de que ella se reencontrara con su ex.

Mientras todo esto pasaba y pedía consejos a Samantha y Joaquín, en la universidad le iba cada vez mejor y entró a un par de cursos relacionados con Biología marina. Se inscribió en un seminario sobre Biología marina y

en otro sobre el que se estaban realizando en el país.

En los seminarios conoció a un doctor que le habló sobre un proyecto del , semestres podría estar participando en la investigación en las costas del caribe mexicano, mas para eso debía mantener sus buenas calificaciones y no olvidar su meta. Así que a pesar de todo, Melissa seguía motivada a alcanzar sus sueños, no le importaban las tensiones con el novio, ni los problemas que existían con su mamá en su casa, ni que estaba presionada por toda la tarea que tenía. No le importaba tampoco lo poco que podía dormir si es que podía hacerlo. No pensaba rendirse y no se rendiría por nada. Aquel seminario y aquella esperanza que le había dado el Doctor Carlos Varela, investigador de la UNAM, de participar en su trabajo eran una oportunidad para cumplir sus sueños y no la perdería por nada del mundo. Así que con más fuerzas y más empeño estudió, pues sabía que cada día se acercaba más a la realización de sus sueños.

Capítulo 22

Martes 8 de diciembre

No llovió, no estaba nublado, no había música triste de fondo, solo había un silencio incómodo entre Samuel y Melissa, quienes se encontraban sentados en aquel pequeño café que frecuentaban. Era ese café con ventanales grandes y poco espacio entre las mesas, con banquillos altos, que tenía estampas de bandas pegadas en los muros y una pequeña pantalla al lado de la máquina de café.

Ellos estaban allí, no más como amigos cercanos ni como amantes. y era la hora de enfrentarse.

—No sé qué estaba pensando Samuel, en verdad, no sé qué pasó, estaba confundida y te juro que no soy así. Sabes lo que opino sobre ser de esa manera... —decía Melissa, girando la taza de café entre sus manos mientras miraba hacia abajo, muy avergonzada como para ver a Samuel a los ojos.

—¿Y qué? ¿Quieres que te dé una medalla? Wow, gracias por ser honesta, "en verdad" —dijo Samuel interrumpiéndola, tratando de no alzar su voz por no armar una escena en la cafetería.

—Solo digo que trato de considerarte, no quería ocultar esto, porque sé lo que se siente y yo no... —pronunció Melissa con voz entrecortada.

—¡Pues muchas gracias por considerarme! Digo, ial menos ahora lo haces! Porque antenoche ino lo hiciste! ¿O te pusiste a pensar: "¡Ei! tengo novio, no me emborracharé con mi ex y me acostaré con ella." Peeero bueeeno, lo bueno es que ahora te acuerdas de mí. Y es la misma que te engaño, ¿no? ¡Vaya! En verdad, qué lista eres Melissa, sigue así, seguro llegaras lejos —él se levantó de la mesa y se fue, no sin sacar de su cartera unos billetes que dejó al lado de su café para pagar. Ella se ofendió por lo que él le dijo y a pesar de sentirse airada, decidió no hacer nada y dejar que él se fuera.

Ella se quedó sola en la mesa, con su café aún entre las manos. Frente a ella había una taza de café a medias.. No se movió debido a la vergüenza que acababa de pasar gracias a los gritos de Samuel. Mas no podía pensar en que se merecía estar en esa situación,

Su ex le envió un mensaje más tarde, pero Melissa ya había tomado una decisión y ya no podía perder el tiempo en el pasado, era hora de darse tiempo de verdad para ella sola y sanar. Así pues, transcurrieron seis

meses y Melissa no estaba aún lista para lo que venía.

Capítulo 23

Daniel en los últimos meses después de eso

El viaje de regreso de Italia fue bastante incómodo, pues hubo un retraso en el despegue y un error en su boleto lo que hizo que quedara sentado junto a una persona con sobrepeso que sudaba mucho y no respetaba el espacio personal de Daniel. Pero nada de eso importaba, él estaba alegre, de muy buen humor, su última noche en Italia había resultado digna de una película; aún podía sentir la suave piel de las caderas morenas de aquella hermosa musa y sentir en sus labios los de ella. Eran suaves, húmedos, perfectos.

Durante todo el viaje de regreso recordó constantemente la noche anterior.

A la mañana siguiente regresó a su trabajo, saludó a Mike y después de un café y de una charla con el jefe acerca de los pendientes que había, se sentó en su escritorio y se puso a trabajar; tenía que apresurarse a hacerlos. No fue sino hasta la hora de la comida que Mike y Daniel tuvieron oportunidad de platicar. —Man, te lo juro que pasó, en verdad, esta chica era increíble, uf!. No sé bro, daban ganas de quedarme en Italia.

—Pero dices que ella es de aquí, ¿no? Digo, se notaba por su español.

—Pues sí, ojalá hubiera durado más, porque no supe mucho de ella.

—Man, era una niña, ¿qué esperabas? Son inmaduras a esa edad, fue algo de una noche y ya. Haya pasado lo que haya pasado, se acabó. Digo, sí la niña estaba bonita y todo lo que quieras, pero la verdad, pues solo fue suerte canijo, tuviste suerte porque al final hasta ella solita se fue —le explicó Mike y le dio una palmada en el hombro a Daniel. —Anímate, esto significa que ya superaste lo de aquella, la "otra" —dijo mientras abría más los ojos para que se vieran grandes y hacía cara de desaprobación al hablar de Jessica, la ex de Christian.

—Pues sí, la verdad que sí, yo creí que me dolería más. Digo, sí fue una patada a los huevos que nos la encontráramos allá, y más aún que estuviera con el imbécil de Diego, pero la verdad ya me da igual. Honestamente puedo decirte que ya lo supere.

Y así fue el día posterior a su regreso de Europa. Las siguientes dos semanas siguió mensajeándose con e hicieron videollamadas para saludar

a la familia.

Daniel había regresado de Italia con un aire diferente, se había dado cuenta de que la vida era demasiado corta y que la estaba desperdiciando, que nunca conoció bien a su madre porque nunca se dio tiempo para escucharla o ser él el que la visitara.

Y con estos pensamientos fue que decidió inscribirse al gimnasio que se encontraba a un par de cuadras de su trabajo. Los primeros días fueron horribles: o se quedaba dormido porque estaba muy cansado, o estaba tan adolorido que apenas y se podía mover, pero ese fue un proceso que duraría solo un par de meses más.

Pero el cambio más significativo, fue su departamento. Después de varios años de vivir allí, al fin se deshizo de las cajas de mudanza y de aquello que no le servía. Al fin organizó el departamento y hasta olía a limpio. Transcurrió así un mes, en el que también cambió su dieta y empezó a tomar más agua. Luego de tres meses ya se veía diferente, pero sobre todo se sentía diferente.

No obstante estos cambios positivos, no podía dejar de pensar en su madre, aún con gran pesar anhelaba haber pasado más tiempo con ella. "Estarías orgullosa de mí, ma." Decía esto al ver el retrato que tenía en la cómoda, a un lado de su cama.

Era una foto de cuando él tenía como diez años. En ella llevaba puestos un pantalón de mezclilla, tenis blancos y una playera color rojo con el logo de una banda azul. A un lado de él estaba su padre, quien aparecía en el retrato con un traje, sonriente, con su bigote negro y tupido, y su cabello —como siempre— bien peinado para atrás. Lo tomaba a él del hombro mientras abrazaba a su mamá, quien aparecía en la imagen muy elegante: llevaba un collar de perlas y una blusa negra de suave tela que dejaba ver sus hombros. La blusa combinaba perfectamente con la falda blanca que llevaba puesta.

Añoraba aquellos días, aquellos momentos, aquella calidez de hogar que en ese entonces no sentía, que en ese momento tanta falta le hacía. Lo que no hubiese dado por escuchar a su padre hablar de lo que no debía hacer porque se enfermaría de quién sabe qué. No importaba de qué actividad se tratara, su papá podía perjurar que eso era dañino para la salud. Deseaba escuchar a su madre decirle que todo estaría bien, que a pesar de hacerle muecas muchas veces, siempre estaría allí para prestarle dinero cuando le hiciera falta.

Hermosos recuerdos tenía de esa época, pero la soledad no lo iba a carcomer y ese sentimiento de nostalgia, él comprendía, nunca desaparecería, pues cuando su padre falleció el dolor fue igual de inmenso, pero nunca se desapareció. Fue como si solo se callara, como

si en lugar de dar gritos en su cabeza, hubiese decidido quedarse en un rincón y uno pudiese saber que estaba allí; sin embargo, ya sin consumir cada paso que uno diese. Pero él ya estaba decidido, la soledad no lo iba a carcomer, él no lo permitiría.

Pasó otro mes y en su búsqueda para hallar una manera de sacar lo que llevaba adentro, compró una libreta, y empezó a escribir poemas cada vez que se sentía triste o que sentía algo que no tenía con quién expresarlo.

Por ese entonces recibió un mensaje de su ex, aparentemente ya había terminado con Diego y decía que quería ver a Daniel para poder hablar de todo lo que había pasado y aclararle unas cosas. Entonces Daniel, muy en contra de lo que le aconsejó Mike, se quedó de ver con ella en un bar del centro. Los dos llegaron a tiempo y subieron al segundo piso del edificio donde se encontraba el bar. Era un sábado por la noche, ella lo saludó y le preguntó qué había hecho durante ese tiempo. Él fue conciso y no profundizó en el asunto de la muerte de su madre ni en nada. Ella le empezó a contar cómo había terminado con Christian y

Daniel rió, y rió como nunca. Le dijo que él sabía que ella lo había engañado y que la verdad había ido a la cita más por curiosidad que por otra cosa. Entonces pidió la cuenta y le dijo a Zayra Jessica que para nada quería ser su amigo. "Un ex es alguien que ya no sirve en tu vida, por eso se llaman ex". Luego de decir esto pagó la cuenta y se fue. Ya más noche ella lo estuvo molestando con mensajes. Empezó con "muy mal de tu parte ser tan grosero cuando yo solo quería que fuéramos amigos". Después escribió: " sé que aún sientes algo por mí, estoy segura, no fue solo curiosidad lo que te llevó al bar esta noche, te pienso recuperar." Daniel, harto de no lograr que la mujer necesitada de atención dejara de escribirle, apagó su celular y no vio los quince mensajes que le había enviado sino hasta el día siguiente, el domingo. El lunes en la mañana lo primero que hizo fue contarle a Mike lo sucedido y reírse un poco de aquello.

Transcurrió otro mes y Daniel decidió a cambiarse de empleo, pero no dijo nada en la compañía por precaución, hasta tener el empleo nuevo. Desgraciadamente era difícil encontrar un nuevo trabajo que pagara mejor, o que lo aceptara, pues muchos decían que estaba sobre calificado para el empleo y no le contrataban, quizá por miedo a que se fuera cuando quisiera o a que en algún punto él les quitara el puesto a sus superiores. Fue entonces que una amiga le comentó sobre la existencia de una vacante como docente. Para ocuparla solo debía tomar un curso para prepararse como maestro y listo. La paga era buena y tenía que enseñar a adultos, por lo que no había conflicto en ello, así que sin más ni más, fue a la entrevista con el decano, después con el psicólogo y con la Licenciada de recursos humanos, y finalmente luego de hacer el curso que le pedían,

se quedó con el trabajo.

En su primer día todo fue sencillo. Se presentó con el coordinador de área, conoció colegas, tomó café y trabajó en la computadora. No iba a cubrir muchas horas dando clase como tal, así que apoyaba también en el departamento de contabilidad de la universidad. En sí solo tenía dos grupos, uno temprano a las nueve de la mañana y otro en la tarde, a las siete de la noche. La clase de la mañana estuvo bien; se presentó y fue directo fue breve en cuanto a como se trabajaría con la materia y en su propia presentación, para abordar rápidamente el tema de la primera sesión, hablando sin pena, siendo dinámico y dando ejemplos, no hubo problema alguno. Lo que no se esperaba era lo que le sucedería en la clase de la tarde.

Mientras él llegaba y decía buenas tardes a sus alumnos, al acomodar su silla y mover el pizarrón al frente, volteó a ver a su audiencia y no pudo sino sentir un nudo en la garganta y cómo el corazón intentaba salirse de su pecho. Fue como una grata sorpresa que no imaginaba, pero al mismo tiempo un pánico escénico que lo congeló por unos segundos. Sus alumnos atribuyeron que todo esto sucedió porque era el nuevo, pero no, nada tenía que ver eso, pues él no fue el único que lo sintió en ese momento, porque en quien había caído su mirada, también lo sentía. Era imposible, más bien improbable, muy improbable; sin embargo allí estaba, sentada en la tercera fila, llevaba puestos una blusa rosa y azul, el cabello recogido y anteojos. Melissa estaba sentada allí abrazada de Joaquín, quien entonces era su novio.

Capítulo 24

3 de Marzo

Él entró muy seguro de sí mismo y sus conocimientos, saludó a la clase y se acercó al pizarrón a escribir la fecha, cuando escuchó ruido de algunos estudiantes que al parecer llegaban tarde a su clase. Entonces se giró y dijo:

—Por favor, que sea la única ocasión en que llegan tarde... —y mientras decía esto se quedó pasmado, allí estaba ella, a quien soñaba aún, aquella chica que nunca supo más que su nombre de pila. Allí estaba sentada en una banca, en su clase. Él sonrió y solo alzó una ceja mientras su boca trataba de hacer una mueca que se pareciera a una sonrisa, como intentándole decir "Hola". Ella, de inmediato se sonrojó al verlo. Algo en su interior palpitó, mientras intentaba hacerse la ignorante, como si no lo conociera, pero sus labios y sus ojos decían más de lo que a ella le hubiera gustado admitir. Afortunadamente su acompañante estaba poco perceptivo en ese momento y mientras todo esto pasaba en un segundo, el joven que abrazaba a Melissa le dijo al Profesor Daniel:

—Lo siento profesor, fue mi culpa, no encontrábamos el salón, no volverá a pasar —y al decir esto el joven a quien más tarde identificaría como Joaquín, sacó su libreta, besó en la mejilla a Melissa y se dispuso atentamente a tomar la clase. Eso por supuesto lo desconcertó, fue como un balde de agua fría para Daniel, quien tuvo que retomar su posición de profesor rápidamente y olvidar todo el asunto, tuvo que poner los pies en la tierra y regresó a ser maestro. Hacerlo no fue para sencillo, pues tenía enfrente de él al objeto de su deseo, a la persona que había estado deseando desde hacía mucho pero ya mucho tiempo.

Melissa también se sorprendió, no tanto por habérselo encontrado, pues era algo que ella juró que iba a pasar en algún momento de la vida, ya que el mundo no era tan grande como muchos creerían. Más bien se sorprendió de que al verlo su corazón dio un vuelco y una emoción brotó de su ser. No entendió a qué se debía, le preocupó que Joaquín se percatara de esto y que todos supiesen lo que ella estaba sintiendo. ; Ella sintió que toda la compostura del mundo no era suficiente para disimular lo que sentía en ese momento y que tal vez estaba hasta colorada y sin poder dar alguna explicación plausible de lo que le pasaba, pero no, no fue así. Todo estaba en su cabeza.

Daniel dio así su primera clase, estuvo bastante nervioso, pero fue una buena primera clase y efectiva. Al terminar la sesión, por obvias razones no se pudo acercar a ella y solo la vio irse y con un gesto se despidió de ella. Ella con la mano le dijo adiós muy tímidamente mientras salía agarrada de la mano de Joaquín, quien no vio esta despedida pues

volteaba hacia otro lado.

Era sorprendente. Nunca había acompañado a Joaquín a una clase y nunca pensó hacerlo mientras fuese su novia, pero el día que había decidido acompañarlo, estaba allí alguien. Ese día sucedió algo que no entendió y que le cambiaría la vida para siempre. .

Capítulo 25

4 de abril

Hacía un mes que había empezado a dar clases en la universidad. Se sentía bastante bien, llevaba un buen traje, su termo de café, sus libros en una pequeña mochila negra junto con su laptop.

Todos los días iba a la universidad bien arreglado, se sentía bien ir por el pasillo y que le saludaran diciendo "profe". Él se sentía como si tuviera propósito en la vida. Durante todo ese mes, ella no volvió a aparecer, llegó a verla a lo lejos en la salida de la escuela, esperando a su novio. Al principio esto le molestaba un poco, pero después dio igual, él siguió con su vida y se dedicó a dar clases, que era lo que le gustaba.

Sentados a la barra, en el bar cerca de la universidad, esa tarde después de un tiempo, al fin se reunían Mike y Daniel para platicar. Hacía tiempo que no platicaban y menos que se tomaran una cerveza juntos.

—Deberías decirle algo —le aconsejó Mike mientras destapaba su cerveza y se acomodaba en la silla—. La verdad no tendría nada de malo, digo Sería muy tonto de otra manera, es una niña, igual y ya ni te recuerda —y tomó un trago de su cerveza muy fría.

—No, obvio no, pero ¿no sería raro? —preguntó Daniel solo moviendo la cerveza entre sus manos.

—El problema es que no eres muy maduro que digamos amigo, tienes que crecer, actuar como adulto. Sí pasó, pero ya nunca va a pasar nada entre ustedes dos. Al menos nada que de verdad quieras y al final solo te traerá problemas —agregó Mike en tono serio, para que entendiera que tenía que avanzar y moverse hacia adelante—. Mira si lo que quieres es acostarte con alguien, hay tengo unas amigas, nos vamos de antro el viernes y Sin problemas.

Mike le propuso esto a él empujándole el hombro como para incitarlo a irse de fiesta como tantas veces lo habían hecho antes.

—Pues sí me caería bien relajarme un poco y salir de fiesta por la noche —respondió Daniel, entonces sí tomando su cerveza. Creyó que hacerlo le ayudaría a sacarse de la cabeza a Melissa.

— Ja, ja, ja. ¿Ya ves? Todo lo que quieres es remojar la brocha cochinito —le dijo Mike abrazándolo como si lo hubiese atrapado en la mentira, pero Daniel no tenía intención alguna de dormir con alguien, solo quería dejar

de pensar en Melissa por una noche.

Y ese fin de semana salieron los cuatro, como prometió Mike. Salieron Mike, Karen —la secretaria— y su hermana Sarah, a quien llevaron para que conociera a Daniel, quien no estaba ni un poco interesado a pesar de que Sarah era bonita. Era una joven delgada, bajita, cabello castaño, ojos claros. En cualquier otro momento él sin dudarlo hubiera ido detrás de ella, pero no esa noche. Esa noche evitó a toda costa quedarse a solas con ella y decidió solo disfrutar de sus amigos y del alcohol.

Aun así la noche fue divertida. Sarah, quien pensó que había ido a una cita doble, la pasó bien, porque no se confundían, él no era un patán, sabía hablar bien y tenía carisma cuando quería, sobre todo si se sentía en confianza, y esto fue lo que pasó esa noche: bailaron, cantaron, tomaron y más tarde, alrededor de las tres de la mañana, Mike dejó a las chicas en su casa, mientras tomaba un taxi para irse a la suya. Al llegar se quitó los zapatos y se fue a dormir. Lo único que podía decir mientras dormitaba era: "Melissa".

Capítulo 26

8 de abril

La cabeza le punzaba, sentía dolor en las articulaciones y la luz le molestaba, era obvio que la resaca lo estaba matando, pero no por mucho; se levantó, fue directo a la ducha, después tomó dos aspirinas de su gabinete del baño y salió a la calle. Se dirigió al mercado que se ponía los domingos a un par de cuadras de su edificio y en un puesto de allí se sentó a comer barbacoa con un agua de Jamaica muy fría. Así, entre la salsa y los líquidos, se recuperó.

Mientras esto pasaba, Melissa se encontraba despertando al lado de Joaquín por primera vez, se habían escapado los dos a un hermoso pueblo mágico a tan solo cuatro horas de camino de la ciudad, pero algo faltaba. Aunque era un lugar hermoso, una habitación y una mañana de ensueño, algo faltaba. No se lo decía a Joaco, pero su actitud no era la de una novia enamorada profundamente y feliz de estar a solas con él. Por el contrario, era más bien distante aunque amigable.

En la tarde, después de muchos intentos de ser cariñoso y atento, Joaquín al fin preguntó qué pasaba, lo que solo sirvió para que pelearan y el regreso esa tarde fuera todo menos cómodo para ambos. Entre los silencios incómodos y los comentarios mordaces, la verdad es que a los dos ya les urgía llegar a sus respectivas casas y descansar el uno del otro.

Melissa estaba confundida, según Joaquín, mas él no tenía idea de que no era confusión lo que ella tenía. Lo que ocurría es que ella sí sabía lo que quería y lo que ella quería no era Joaquín. Ella sí quería lo que tenía con Joaquín, pero no lo quería con él, no quería que viniera de él; además, algo que faltaba, algo que no había sentido con él sino tal vez en dos ocasiones: una con su ex y otra con aquel desconocido de Italia. Ese desconocido que en ese entonces se convirtió en el maestro de Joaquín, ese desconocido que le dio una noche para soñar.

Así, mientras regresaban a México lo decidió. Esa semana hablaría con Daniel, esa semana tenía que aclarar sus dudas y terminar con la curiosidad, quería descubrir si en verdad quería estar con Joaquín,

Resultó que el siguiente fin de semana ocurrió el caos que ella quiso evitar. Joaquín se enfermó el miércoles, e iba a faltar a la clase del viernes en la tarde, así que le pidió a Melissa que fuera a la escuela por un cuaderno que le entregaría un compañero para que pudiera hacer un proyecto que tenían pendiente y que debían entregar el siguiente lunes. Debido a sus horarios y ocupaciones, ella solo podía pasar por el y el amigo de Joaquín también, por lo que acordaron verse al finalizar la clase

de Contaduría ese día, y así fue.

Y así sucedió.

Ese día ella se quedó sin señal y no le pudo avisar al amigo de Joaquín, a Arturo, que llegaría más tarde. Por esta misma razón, no entraban las llamadas de él al teléfono celular de ella para decirle, primero, que habían salido quince minutos antes y, después, que no quería perder su camión porque con la lluvia iba a estar todo hecho un caos.

Así que, cuando finalmente ella llegó, fue para encontrarse que el salón de clase estaba vacío, no había nadie afuera en el pasillo

—¿Ya se fueron todos?— preguntó Melissa, apresurada preocupada por la situación.

—Sí, los dejé salir quince minutos antes, pero no vino Joaquín si es que lo buscas —respondió Daniel, que se levantó de su escritorio tomó su portafolio y agarró su paraguas negro.

—Me lleva —dijo Melissa, acomodándose el cabello que tenía en la frene y que estaba un poco mojado por la llovizna que le cayó en el trayecto del transporte a la entrada de la universidad.

—No, no buscaba a Joaquín, pero, gracias Profe respondió Melissa tratando de alejarse de allí rápidamente.

—¿Profe? ¿De veras?—añadió Daniel sarcásticamente para hacerle notar a ella que la reconocía, que no tenía que fingir que estaba todo bien.

Melissa emitió una risita y volteó a verlo mientras volvía a acomodarse el cabello.

—Sí, bueno, sabía que algún día dirías algo, y al menos no fue frente a Joaquín —dijo abriendo los ojos para expresar sarcasmo y moviendo las manos como siempre lo hacía.

—No parecía buena idea, pero ahora que tengo oportunidad, al menos quería saludarte y estar seguro de que sí eras tú, de otra manera esto hubiera sido incómodo. Bueno, aún más incómodo —añadió Daniel y los dos rieron y asintieron. Se quedaron callados por un segundo, incómodamente callados, entonces él preguntó:

—¿Y qué has estado haciendo? —ella mostraba actitud de que tenía que irse—. Oh, sí, lo entiendo, estás mojada y hace frío, mejor anda, no te vayas a enfermar —agregó Daniel expresando que entendía que ella se

tenía que ir

—Sí, gracias —dijo ella—, la verdad hace bastante frío. —Se tomó los hombros intentando calentarse.

—Si gustas, en lo que te secas te invito unas alitas y me platicas, ¿te parece? Hay un bar cerca de aquí. Para que no te vayas así.

Ella no esperaba que él dijera algo así. La verdad no esperaba nada, y algo que esperaba menos era que su corazón empezara a palpar rápidamente. No supo qué hacer, pero siguió su primer impulso y decidió ir con él.

—Ok, sí, me parece buena idea. La verdad es sí hace bastante frío, je, je, je.

Empezaron a caminar juntos, él trataba de no mirarla fijamente mientras ella se daba cuenta de esto, pero trataba de no hacerlo notar.

—Entonces ¿estudias aquí? De verdad que es pequeño el mundo.

—No, no, yo estudio en el sur, estoy estudiando biología, quiero ser bióloga marina algún día.

—¿En verdad? Wow, es genial, suena a algo muy interesante. ¿Cuánto te falta para acabar la carrera?

—Pues ya voy a terminar el segundo año, el próximo semestre. Así que yo espero falte que menos. En sí son cinco años para terminar la carrera.

—Es bastante tiempo, pero vale la pena. Ánimo, sé que te irá bien.

—Gracias, sí, eso espero, en verdad me esfuerzo para lograr terminar esto.

Llegaron a la salida de la escuela y de allí cruzaron la calle para dar vuelta en la esquina mientras evitaban los charcos y llegaban al bar. Se sentaron en una mesa cerca de la puerta, de hecho, atrás de ella para ser más específicos. La mesera les ofreció la carta, ella pasó al baño y él se levantó para tomar gel antibacterial.

Al ordenar ambos pidieron cerveza; ella pidió una clara y él, una oscura. Ordenaron alitas picosas que a ambos les gustaban y empezaron a comer. Los dos rieron porque al parecer ambos tenían bastante hambre, mas afortunadamente la comida no tardó y menos tardaron ellos en empezar a mover los bigotes para comer.

Platicaron un largo rato acerca de qué habían hecho, de dónde venían, quiénes eran y lo que querían. Comentaron sobre la música que ponían en el bar y mientras comían las alitas pidieron seis cervezas más.

Se sentían contentos, era un momento lindo, agradable; eran como viejos amigos que se encontraban después de mucho tiempo. Él preguntó por Joaquín y ella decidió evitar el tema y solo tomaba más. Él entendió que ella no quería hablar sobre eso, pues ella había decidido se le olvidaría todo por un momento y entonces solo disfrutaría el momento. Cuando él notó esto, primero pensó en no hacer ninguna jugada, pensó en solo seguir así, pero cuando salieron del bar tres horas más tarde, algo mareados y contentos, al acercarse ella a él para no caerse y él al intentar sostenerla en todo momento, tuvo que hacerlo. La acercó a su cuerpo y la besó, la besó como solo se besa a alguien que has extrañado toda tu vida, como se besan los que creen en algo más o los que creen tener solo una oportunidad. Y así fue.

Daniel se ofreció a llevarla a su casa, ella dijo que no podía llegar así, que su madre la mataría. —Él la invitó entonces ir a su casa. Ella bromeó y le dijo lo directo que era. Él se sonrojó y no supo qué decir, solo mencionó que era para tomar café y que se sintiera mejor. Melissa le dijo que solo era broma, entonces ambos rieron y acordaron que tras el café ella se iría, que él le pediría un taxi para que se fuera a casa. Ambos fueron entonces a casa de Daniel. Al llegar se quitaron los abrigos y comenzaron a besarse apasionadamente, porque seamos honestos, ella y él no dejaron de abrazarse todo el camino mientras iban en el taxi. Durante el trayecto reían con risitas de niños bobos mientras se agarraban las manos y se daban besos de piquito ella lo abrazaba, lo tomaba de los hombros para después también poner las manos en el cabello de él. Uno desvestía al otro para llegar ambos a la habitación, donde él la cargaría con ambos brazos y la colocaría sobre la cama mientras ella se agarraba de él y cercaba su rostro al de él para besarlo tiernamente y con ojos bien abiertos, pues estaba a la expectativa.

Al subir a la cama él se colocó sobre ella, para besarla, para acariciarla, para estrujarla contra su pecho y hacerla suya, no una, ni dos, sino tres veces esa noche. Ambos sudaron y gimieron, vivieron el momento a flor de piel sin pensar en nada más. Él recorrió su cuerpo con besos, lamió su cuello y acarició su piel, la tomó del cabello y la cadera para jalarla hacia él y entrar más en ella y poder ver cómo los ojos de aquel ángel quedaban en blanco.

Fue una noche de pasión que tras haber terminado dejó a ambos rendidos entre las sabanas, durmiendo profundamente hasta el amanecer, el cual al llegar y entrar a través de la ventana tocó los ojos de Melissa, quien al darse cuenta de dónde estaba y de lo que había pasado la noche anterior, reaccionó y lo más silenciosa y rápidamente que pudo salió de allí. Salió

corriendo para bajar y tomar un taxi que la llevara a casa.

"¿Qué he hecho? ¡Dios mío! ¿Qué estabas pensando anoche, Melissa?, ¿qué estabas pensando? ¿Ahora qué harás?, ¿qué le dirás a Joaquín? ¡Dios! Joaquín.

¿Qué vas a hacer con él? Me imagino cómo reaccionara, ya me imagino lo que me dirá..." se decía Melissa mientras el taxi la llevaba a su casa.

Una vez que entró a su casa su madre la regañó por no aparecerse en toda la noche, le reclamó no haber contestado las llamadas. Melissa se dirigió a su cuarto y conectó su celular. Tenía veinte llamadas perdidas; tres de su madre y las demás de Joaquín. En ese momento, justo cuando vio también que tenía varios mensajes en el buzón y en el WhatsApp, se sintió tan abrumada que lo dejó en el tocador al lado de la cama y se acostó, con los brazos extendidos, bocarriba y cerró los ojos para que del último aliento que saliera de su boca mientras se quedaba dormida pudiera decir: -Daniel.

Capítulo 27

16 de abril

El fin de semana fue algo especial. Daniel se levantó como a las doce de la tarde, una vez que se vio solo en el departamento, fue al baño y se dio una ducha. Desgraciadamente, nuevamente se encontró sin manera de poder comunicarse con Melissa, no supo por qué se había ido, pero confiaba en que fuera porque tenía algo importante que hacer, ya que ni una nota dejó.

Más tarde se reunió con su amigo Mike y le contó todo lo que había pasado. Mike apenas y lo podía creer.

—Neta que tienes una suerte, todo esto como para hacer una película. Y ahora, ¿qué piensan hacer?

—Oh, eso. Pues la verdad es que no sé nada de ella desde esta mañana, no tengo su número de celular tampoco —respondió Daniel, mientras le tomaba su cerveza y veía con ojos grandes a su amigo esperando que le dijera lo que parecía obvio.

Daniel no pudo evitar sentir un piquete muy profundo en el pecho al momento de escuchar lo que su amigo decía; sin embargo, una parte de él entendía porque Mike decía esas cosas, era obvio que ella era joven y que muy probablemente era bastante inmadura, además que ella tenía novio, y era su alumno

"¿Qué estabas pensando Daniel?", preguntó a sí mismo.

Miguel al ver de repente que su amigo se deprimía, le dijo: —Cálmate hermano, hay cosas peores. Al menos no te causara problemas en el trabajo. Yo siempre he dicho: "No cagues donde comes." Le dio un abrazo de amigos, chocaron sus cervezas y siguieron tomando.

Estuvieron allí aproximadamente dos horas. Miguel le contó que había conocido a una chica y que iban a salir el siguiente fin de semana. Daniel logró distraerse un poco y le comentó que a pesar de que no le molestaba su trabajo, desearía dedicarse a algo más.

Luego de beber algunas cervezas se despidieron y Daniel se dirigió a su casa. La noche estaba fresca y aún era temprano. El lugar al que había ido para reunirse con Mike no estaba a más de veinte minutos de su casa si regresaba caminando. Así que apresuró el paso, llegó al edificio y mientras sacaba las llaves para abrir la puerta, vio a alguien sentado en

las escaleras.

—Disculpe, no puede estar aquí —dijo Daniel y luego sonrió al ver quien era.

—Perdón yo no sabía adónde más ir —respondió levantándose y quitándose el gorro de una sudadera azul que traía puesta. Ella le sonrió a Daniel.

—Hola Meli, qué agradable sorpresa —agregó Daniel viéndola detenidamente y con una sonrisa en el rostro.

-Ni tanto porque me congeló. Creí que estabas en casa, de hecho estaba ya por irme cuando...-y mientras Melissa intentaba decir esto Daniel la tomó entre sus brazos y la besó. La besó tan profundamente que a ambos les faltó el aliento. La tomó de la mano y abrió la puerta del edificio, así ambos subieron a su departamento y no salieron de allí sino hasta el lunes en la mañana.

Capítulo 28

18 de abril

Melissa se levantó y se metió a bañar. Pudo escuchar cómo Daniel encendía la máquina de café en la cocina. Salió, lo saludó abrazándolo por atrás fuertemente. A que ya se encontraba de traje. Él solo volteó y la besó. Le dio una taza de café y le avisó que el desayuno estaría listo en unos momentos. Ella se fue a vestir, le envió mensaje a su mamá de que ya iba para la universidad y que la vería en la tarde y se sentó a la mesa con Daniel, quien trató de hablar de cualquier cosa. Ella solo asintió con la cabeza y sonrió mientras él rápidamente acababa su desayuno para salir a la universidad.

Muchas cosas pasaron en la mente de Melissa después de salir el sábado de casa de Daniel; estaba nerviosa y muy estresada por la situación en la que se encontraba. Había engañado a su novio con su maestro y no solo eso, sino que por obvias razones se desapareció y no le ayudó con lo que él necesitaba para su trabajo. En más de una manera él había confiado en ella y ella solo lo había defraudado. El único mensaje que ella le mandó una vez que estuvo en su cama, ya en casa de su madre fue: "Terminamos, lo siento."

Luego de enviar aquel mensaje, que no solo mataba un noviazgo sino también una amistad de años, Melissa solo se pudo preguntar qué estaba haciendo. No pudo pensar y simplemente no quiso hacerlo, así que tomó su sudadera y salió de casa de su mamá, diciéndole que iba a quedarse con una amiga, que le mandaría un mensaje para decirle cómo se hallaba.

Su mamá estaba consternada por toda la situación, pero se dio cuenta de que no podía hacer nada, por lo que la dejó salir. Melissa recordaba cómo llegar a casa de Daniel por lo tanto tomó un camión y repitió la ruta a la inversa para llegar a casa de él. Esperó en el frío de la noche que comenzaba a caer aproximadamente hacía una hora. Justo cuando pensó que tal vez se había equivocado de casa o simplemente que él no regresaría pronto, que había sido una tonta idea ir ahí, justo en ese momento llegó Daniel.

Ahora Melissa iría a la universidad y sabía que muchos le pedirían explicaciones sobre situaciones de las que ella no quería hablar; Sin embargo, sabía tendría que hacerlo. Eso sin contar con que no había hecho tarea el fin de semana y por lo tanto se atrasó con un par de reportes y una presentación que tendría que hacer entre semana.

Lo que siguió hasta el 30 de mayo

Daniel, por su parte encontraba emocionado con toda la situación. Él no se había detenido a pensar las cosas, no pensaba en que podía perder su empleo, que el ex novio podía hacer algo al respecto o lo que podría suceder con la familia de ella al enterarse de la relación. No pensó nada de eso, mucho menos en lo que estaba sucediendo en la mente y el corazón de Melissa. Él solo se encontraba feliz de su victoria, de haber conseguido lo que quería, no importando el modo, lo había conseguido. Así que sin remordimiento ni culpa, diciéndose "En la guerra y en el amor todo se vale", se dirigió a su trabajo como si nada.

De acuerdo con todo lo que había ocurrido él sabía que su vida estaba justo mejorando, que estaba en su mejor momento; era profesor de universidad, independiente, joven, con la novia de sus sueños. Sí, todo le estaba saliendo muy bien a Daniel. De esta forma transcurrieron las siguientes cuatro semanas, sin ningún problema. Claro, él sentía algo de culpa y pena por el pobre Joaquín, al que vio llegar a varias clases destrozado o tarde, con ojos llorosos. Esto debido a su rompimiento con Melissa. Esto lo hizo sentir bastante incómodo y un poco triste por el chico; sin embargo, al momento de salir de clases e ir por Melissa en su auto adonde ella estudiaba la pena se le olvidaba, y se dedicaba a darle toda la atención a Melissa.

Pero Melissa se encontraba en un canal completamente diferente al de él. Si bien la iniciativa fue dejar de inmediato a Joaquín, no pudo más que darle largas al pobre para verlo otra vez. Él la siguió buscando, le siguió mandando mensajes, hasta fue a su casa a altas horas de la noche para intentar hablar con ella, pero Melissa solo podía decirle que no estaba bien, que le diera tiempo, que había cosas que necesitaba resolver por sí misma y que lo mejor era darse espacio; que ella necesitaba espacio. De haber sabido Joaquín desde un inicio que a lo que ella llamaba espacio eran los brazos de Daniel, la hubiera mandado a volar más rápido que nada, pero no, no se enteró.

Un par de semanas después, cuando fue con flores a la universidad a buscar a Melissa para intentar hablar con ella, Joaquín vio a su profesor, ¡su profesor! abrirle a Melissa la puerta de su carro para irse juntos. Era evidente lo que pasaba y Joaquín, nada tonto, tomó fotos al momento para poder actuar con evidencias.

El treinta de abril, al iniciar la clase del profesor Daniel Joaquín entró y cuando el profesor volteó para saludarlo como siempre, Joaquín no pudo más y le soltó tremendo golpe que sentó en el suelo al profesor, quien tras recuperarse, se levantó y antes de que pudiera decir algo o cínicamente negar algo, Joaquín, con celular en mano, extendió el brazo, le puso el teléfono a la altura del rostro le mostró una foto en la que

estaban él y Melissa dentro de su auto besándose.

Obviamente todos en el salón de clases se escandalizaron e iban a arremeter contra Joaquín o a auxiliar al profesor, quien pidió compostura de todos y que se tranquilizaran, pero nadie sabía bien qué pasaba. En ese momento llegó el departamento de Seguridad del campus y ambos, profesor y alumno, tuvieron que ir a la Dirección para aclarar la situación. Fue hasta entonces que un frío recorrió la espalda de Daniel y se dio cuenta de que estaba a punto de recibir una patada muy fuerte y bien merecida por parte del karma.

Seguridad los llevó a las oficinas, donde le preguntaron al profesor qué había sucedido. Daniel no sabía qué decir por lo que Joaquín aprovechó para contar a gritos y con groserías lo que había hecho el profesor. Tranquilizaron a Joaquín y le pidieron que pasara a la oficina a platicar con el encargado de asuntos escolares, ya que el director no estaba. Daniel esperó afuera. Después de una hora, Joaquín salió y lo escoltaron para que recogiera sus cosas y se retirara. Entonces Alex, el encargado, le preguntó a Daniel si era cierto todo lo que había dicho Joaquín, mientras con un gesto lo invitaba a pasar a la oficina. Daniel entró y mientras se sentaba, contestó:

—Pues no sé qué te diría —respondió con un tono molesto y no tanto porque lo estuviera sino más bien para aparentar su miedo.

—No es tanto lo que dijo, sino lo que me mostró. Mira hombre, ¿Qué quieres que te diga, Daniel? Vi las fotos, digo, no tiene nada de malo, de cierta forma, la chica ni estudia aquí, es mayor de edad y pues ella sabe lo que hace, pero tú eres profesor, eres nuevo aquí. Ella era la novia de ese muchacho, que déjame decirte, te dio tu merecido, pero ay, ay, ay ¿En que situación pones a la universidad Daniel?

—No tengo nada qué decir. La verdad no sé ni qué pensar.

—Pues yo que tú, pensaría en lo que le diré mañana al Director cuando le pase el reporte. Piénsalo, por ahora ve a descansar —y le dio una palmada en el hombro. Daniel abrió la puerta y se fue, era una noche fría. Tenía la cara un poco hinchada y mientras salía del campus pudo percatarse de las miradas a su alrededor, de la gente hablando, murmurando, era obvio que todos sabían.

Al salir de allí, había quedado de verse con Melissa en aquel bar cerca de la escuela de ella para tomar una cerveza y cenar juntos; sin embargo, en cuanto llegó, supo que algo no estaba bien, se podía ver en el semblante de ella y fue entonces que Daniel supo lo que en verdad pensaba y sentía ella.

—Se enteró, mi ex, tu alumno se enteró —dijo Melissa como apenada y molesta a la vez.

—Sí, se enteró, creo que se nota por mi cara —agregó Daniel sarcásticamente como intentando aligerar la conversación mientras hacía un gesto a la mesera pidiéndole dos cervezas.

—No lo entiendes Daniel, ¿de veras? ¿Qué estamos haciendo?—preguntó entre molesta y frustrada. —Esto está mal, muy mal, bajé de calificaciones, no estoy concentrada, ¡tú eras el profesor de mi novio! ¡Chingada madre!, no sé que tengo en la cabeza —prosiguió Melissa, mientras Daniel intentaba acercarse y ella le retiraba la mano que él intentaba poner sobre su hombro.

—Mira Mel, yo, no sé qué decirte, tú eres mi chica ideal, nunca imaginé que existieras y desde que te conocí todo ha sido diferente. No sé lo que va a pasar, pero, quiero que pase juntos

—No, Daniel, estás mal, yo estoy mal, esto fue un error, en verdad, solo, déjame, ¿ok? —agregó Melissa mientras se levantaba y salía por la puerta principal.

Daniel inmediatamente se levantó y salió detrás de ella, quien estaba tratando de conseguir un taxi. Él se acercó, la tomó de la mano y ella volteó. Lo miró a los ojos y con lágrimas le dijo:

—El amor no debe ser así, no debe herir a otros y tener cosas a media. Nunca iba poder presentarte a mis papas, o hacer algo juntos. Tú ya tenías tanto y ve dónde estamos, arruinándolo todo. No quiero fracasar en mi carrera, ni quiero estar atada a nadie, no estoy bien y esto no está bien y no nos llevará a ningún lado Daniel. Gracias por todo, fue un placer tenerte.

Y cuando ella terminó de decir esto un taxi se detuvo. Daniel sin decir nada, solo le abrió la puerta y vio cómo ella subió al taxi para alejarse, entonces, para siempre.

Él sintió que un viento gélido atravesaba su pecho y que las fuerzas se le iban. Sintió un dolor en el vientre, sintió frustración y coraje por todo lo que estaba pasando, no sabía qué hacer o si debía ir tras de ella. No supo en qué momento todo se había terminado antes de empezar. Creyó que tal vez había apostado en su contra al conseguir lo imposible. Lo que en un momento fue poco probable que sucediera pasó y ahora estaba pagaba el precio.

Desconsolado, sin llorar, pero con amargura en la boca y dolor en el corazón, fue a su casa, se tumbó en la cama y se durmió hasta el día

siguiente.

Al despertar él ya sabía lo que ocurriría. Así que solo se alistó y fue directo a su trabajo, donde esperó una hora al director para que le dijera lo que ya sabía que le iban a decir. Estaba despedido. Todo lo demás que le dijeron en aquel momento fueron como más clavos para su ataúd. Él ya no prestó atención a nada después de que le dieron su carta de renuncia. Pasó a la caja por su último cheque y se fue: sin nombre, solo, vacío y deshonrado por sus propias acciones.

Daniel y Melissa se encontraban en crisis, sin rumbo, vacíos, de diferente forma y por diferentes razones. Los dos pensaron que ese era ya el final, que todo lo que llegaron a construir ahora yacía en ruinas.

Daniel le hizo la parada a un taxi para que lo llevara a su casa. Llevaba una caja con sus cosas y los ojos rojos por el llanto. Melissa, mientras tanto, se hallaba en su casa, tumbada en su cama; estaba furiosa, desconcertada y sin saber qué hacer. Sus pensamientos divagaban y ella trataba de salvar su alma.

Capítulo 29

30 de mayo (otra vez)

¿Qué haces cuando tu mundo se va al carajo? ¿Qué haces cuando te sientes solo y pareciera que todo lo que habías construido se desmorona frente a ti? ¿Alguna vez te ha pasado?

Pues a Daniel le había pasado una vez más y esta vez, al igual que en otras ocasiones no sabía qué hacer. No sabía qué pensar, no sabía cuál debía ser el siguiente paso que debía dar. Perdió su trabajo, estaba solo y se sentía más perdido que nunca. Él había cometido muchos errores, pero ella nunca fue uno de ellos. Sin embargo, como para que ella se quedara. Así se sentía Daniel la semana después del rompimiento; fue un asco. No tenía cabeza para nada, mucho menos para conseguir trabajo. Decidió simple y sencillamente hundirse en su miseria y dormir, dormir esperando que todo se solucionara mágicamente o que todo hubiese sido una cruel pesadilla, que todo lo ocurrido nunca pasó, pero sí pasó y sus decisiones tuvieron esas consecuencias.

Todo lo que fue y estaba sucediendo era por una causa y él tenía que buscar la manera de lidiar con todo. No podía sentarse y esperar a que todo se resolviera por sí solo. Él tenía esto claro, pero no tenía la fuerza de voluntad para moverse o hacer algo.

Cuando das todo, cuando abres las puertas de tu vida a una persona completamente y simplemente esperas lo mejor, y crees que esa persona es la correcta y dices, es ella, ella es esto, esto es lo que buscaba, ella es lo que me faltaba, esto era lo que buscaba, al fin, lo logré, es real... cuando crees que todo esto existe resulta que te estrellas contrala pared, te das en la nariz y sangras a más no poder. ¿Te ha pasado?

'¿Alguna vez te has estrellado contra un muro o una puerta y visto cómo escurre sangre de tu nariz y sientes ese intenso dolor en la cabeza? A mí me pasó una vez por ir corriendo en el cine para alcanzar el inicio de la película. Traía ambas manos ocupadas y por correr y ver el tiempo en lugar de entrar me estampe contra el muro. Pues bien, así se siente ahora. Siento que estaba a punto de ganar el oro y solo me estrellé contra un muro. Ella era todo y se llevó todo, todo. Perdí todo..."

Todo esto pensaba Daniel mientras yacía en su cama viendo al techo. Recordaba todo el tiempo que pasaron juntos. Él aún no procesaba todo lo sucedido. Él se había enamorado, mas ella no. Al menos eso el creía, pues no podía saber con certeza lo que ella pensó o sintió.

Hubo momentos en los que él quería que le fuera horriblemente mal a ella. En otros deseó con toda su alma que ella cambiara y le fuera bien. En

otros, aunque él no permitía decirlo a sí mismo, anhelaba que ella volviera, que ella regresara a sus brazos y le dijera que había recapacitado, que había reaccionado y se había dado cuenta de su error y que quería estar con él, que quería intentarlo de verdad y quedarse con él hasta el final. Y que ese final llegaría con el final de los tiempos... Pero todo esto no sucedería y él tendría que aprender a vivir sin ella. Muchas cosas pasarían, ninguna de ellas las podía imaginar Daniel; sin embargo, él saldría adelante, tarde o temprano lo haría. Como todo en la vida, nada es permanente, nada se queda, todo se mueve, crece o muere. De igual forma sucedería con este sentimiento gradualmente, pero desaparecería.

No obstante, mientras esto no ocurriera, él no estaría alegre o contento de ninguna manera. Él pasó varias semanas deprimido, viendo películas de Hugh Grant y Steve Carrell, que eran sus favoritas (en secreto). Pasó el tiempo tomando cerveza, usando sus videojuegos y comiendo comida rápida.

Pasaron varios días en los que no hizo nada de nada, pero la vida no lo iba a dejar quedarse quieto y pronto su amigo Mike le estaría llamando para saber de él.

—¿Qué pasó hermano?, ¿cómo has estado? —preguntó Mike. Tiene mucho tiempo que no te veo, ¿adivina qué? Te tengo un notición, pero debes venir. ¿Cuándo te veo, bro?

—Hola, Mike. Bien, bastante bien —respondió Daniel mientras volteaba a ver su habitación y se daba cuenta del desastre que tenía y de que estaba sin rasurar. —Pues, no sé man, estoy un tanto ocupado esta semana, pero si quieres el viernes, el viernes vamos por una cerveza, ¿te parece?

—Ok, ni modo, hasta el viernes. ¿Qué tal vas con lo de buscar trabajo?

—Ahí vamos. Tengo un par de entrevistas esta semana, espero que todo salga bien.

é—Eso es todo, échale ganas, ya verás que algo bueno pasará. Ánimo, no andes de maricón y échale ganas —agregó Mike.

—No, no te preocupes, ahí vamos —agregó Daniel mientras se levantaba para ir al baño.

—Vale carnal, entonces te veo el viernes, cuídate.

—Igual bro, hasta el viernes —dijo Daniel y ambos colgaron. Daniel bloqueó su celular y se sentó en la taza del baño. Pensó en qué estaba haciendo, en qué había pasado. Recordó sus manos sobre su cuerpo y el dulce sabor de su piel al besarla en el cuello. Recordó cómo ella lo veía con esos grandes ojos y él solo podía desear que fuera un sueño que

nunca terminaría.

Mientras recordaba esto ya había terminado de defecar y solo se quedó sentado un momento viendo hacia abajo, hacia el suelo, perdido en el infinito de sus pensamientos. Trató de entender en qué se había equivocado, pensó en que la odiaba tanto y deseaba le fuera horriblemente mal. Al mismo tiempo anhelaba que ella estuviera bien, pero sobre todo deseaba que ella quisiera regresar. De repente le vino la idea y sacó su celular para revisar sus redes sociales y ver si había alguna novedad sobre ella. Estaba emocionado y esperaba que hubiera algo que le indicara que lo extrañaba, pero no deseaba encontrar algo que le hiciera saber que ella ya había avanzado y que estaba con alguien más.

Pero no halló nada, porque ella ya lo había eliminado de todos lados, lo cual fue peor, fue un trago amargo, rápido. Se levantó, se limpió, se lavó las manos y se fue a acostar. Al tiempo que miraba el techo se preguntaba entonces qué podía pasar, qué seguía, qué debía hacer.

Capítulo 30

6 de junio

Era un pequeño bar en el sur de la Ciudad de México, que más bien parecía una casa amplia de dos pisos medio sucia, con la pintura de los muros medio gastada y con baños nauseabundos, pero con rocola y pantallas planas en los muros, además tenía una bonita barra que era lo primero que te recibía al entrar; era agradable, no por el lugar en sí, sino porque es barato y el ambiente es bueno. Allí se encontraron Daniel y Mike, quienes se recibieron con un abrazo y se sentaron. Mike alzó la mano y uno de los meseros se acercó para atenderlos. Pidió dos caguamas y unos cigarros. El mesero se retiró al instante y Mike le preguntó a su amigo:

—¿Cómo vas?

—Es complicado, ¿sabes? No puedo sacármela de la cabeza, creí que todo iba a salir bien, que ella era la indicada y ve, ve con lo que me salió. Sé que no fue la mejor manera en la que nos conocimos, pero era real, era genial, era como vivir mi propia historia de película.

—No inventes, ya te hiciste puñal— dijo Mike mientras se reía. — Ja, ja, ja. No te creas amigo, es broma, te entiendo, pero pues sabías muy bien en lo que te metías, te lo dije, es tu alumna, es más joven, tiene novio, ese tipo de niñas no sabe lo que quiere. Nada mas faltaba que fumara marihuana y fuera bien pedota para que fuera un desmadre total —continuó el Mike. Mientras terminaba de decirlo Daniel pensaba y le dolió lo que su amigo dijo, pero también sintió que no era cierto lo que Mike pensaba; sin embargo, no debatió, sino que solo bebió un buen trago mientras escuchaba con su cátedra: "te lo dije".

—Mira bro, fue un desastre desde un principio, debes admitir que ya lo sabías de cierta manera —agregó Mike mientras recargaba su mano en el hombro de su amigo.

Daniel miró hacia abajo y dijo:

—Puede que sí, tal vez tengas razón —y bebió un poco más.

—Bueno, ¿y cuál era la gran noticia que me ibas a contar? —preguntó Daniel después de un rato de beber y escuchar un par de canciones norteñas que tocaba la rocola (si eres de México, sabrás que cuando ponen rancheras y norteñas, es porque ya llevan un buen rato de borrachera, excepto en el norte del país, pues allá siempre escuchan esa

canciones).

—Ohhh cierto, bueno son dos cosas: la primera es que hablé con el jefe y me preguntó por ti, le conté que andabas buscando trabajo. Obvio no le dije lo que pasó, ¿verdad? Y me dijo que si querías podías ir el lunes, bueno de hecho quería que fueras esta semana, pero como le dije que te vería hasta hoy, me dijo que ni modo, que estaba bien.

—¿Quéeee? Hubieras empezado por allí cuando me marcaste en la semana!
—dijo Daniel alzando su cerveza y Mike solo movió los brazos como diciendo, ni modo— Gracias hermano, neta muchas gracias.

—Ah, no te preocupes, solo que en cuanto cobres la quincena, tú invitas.

—Ja, ja, ja, me parece bien, salud —y brindaron. Tras tomar un trago Daniel recordó y preguntó.

—Bueno, ¿y cuál era la otra gran noticia?

—Me caso, bro.-dijo Mike

Capítulo 31

7 de Julio

Había pasado ya un mes desde que su amigo le anuncio el gran acontecimiento, se iba a casar, lo cual era sorprendente. ¿Cuánto llevaba con esta chica? Un año, ¿o tal vez menos? Sin embargo, su amigo corrió con suerte, la verdad es que Mike no era agraciado, tenía algo de sobrepeso y no era mucho de arreglarse, o al menos así era antes, pero ahora estaba todo el tiempo bien arreglado y bien vestido, seguía gordito, pero ya se bañaba y rasuraba. De hecho pareciera que la mujer que llegó a su vida trataba de demostrar que podía hacer de él, el hombre más poco pulcro, todo un caballero y lo logró. Y como era su logro, decidió quedárselo.

Sin embargo, con tanto cambio que tenía Mike y al volverse inaccesible, no faltaron las compañeras de trabajo (y mujeres a su alrededor) que se le empezaron a "resbalar". Y a Mike como le gustaba llamar la atención le seguía el juego a cuanto fiera se lo quisiera comer. coqueteaba, claro está, porque amaba a su novia y no pensaba ser infiel de ninguna manera, al menos, no mucho.

Daniel solo veía cómo pasaba esto en la oficina mientras él se sentía como fantasma; había vuelto al trabajo hacía ya casi un mes y no podía evitar sentirse como si fuera el nuevo de la oficina, a pesar de haber trabajado allí antes, pero la verdad es que mucha gente que estuvo cuando él estaba, ya había renunciado, la despidieron o simplemente era gente con la que nunca tuvo trato. Afortunadamente para él, su "gran e inseparable amigo" Christian iaún trabajaba allí! Así que ya no se sentiría solo, ya que cuando Mike no podía comer con él, porque no coincidían sus horarios o se iba a comer con la novia, Christian lo acompañaba a almorzar, comer y si hubiera sido por él, hasta para cenar.

Daniel de verdad no tenía ganas de lidiar con nada referente a el, por lo que con una cara apática lo aceptaba y lo escuchaba hablar de cosas que simplemente a él no le gustaban. Y mientras comían Christian hablaba de política o deportes y Daniel solo imaginaba, imaginaba qué hubiera sido de él si en lugar aquel día en Italia se hubiera ido con Melissa, si hubiera hecho las cosas de otra manera, cómo sería aún estar juntos... Pensaba y pensaba, dándole vueltas a los posibles escenarios de lo que pudo haber dicho o hecho para cambiar el resultado final. También recordaba esas noches juntos, en las que la abrazaba y le besaba tiernamente, desnudos en su cama, recordaba aquellos desayunos o cenas juntos en los que él cocinaba para ella, recordaba cómo era sentir su piel y se aferraba a sus recuerdos para que estos no desaparecieran de su mente, para que no se borrarán, los repasaba una y otra vez para que nunca se fueran, pues él sentía que eran su mayor tesoro, eran lo mejor que tenía ahora y no

pensaba dejarlos ir.

—Así es, mi buen Danny boy, terminé con mi novia, estaba cansado de que me celara tanto, ¿sabes? O sea, si me duele y todo, pero ¿por qué tenía que revisar mi celular? Era solo una amiga, nada más, no había pasado nada aún, bueno, sí pero al final de cuentas ella no sabía eso y no tenía pruebas, estaba adivinando cuando me dijo eso —explicó Chris una mañana en la que almorzaban, lo que hizo que Daniel regresara a la tierra.

—A ver, ¿cómo? ¿Terminaste con tu novia? ¿La que te conocí?, ¿la que llevaste a Italia? —preguntó Daniel haciéndose como que no sabía de quién hablaba.

—Sí Danny, Zayra Jessica, tu ex, que ahora también es mi ex —respondió Diego mientras mordía la hamburguesa que traía de lunch. Daniel sintió un hoyo en el estómago al escuchar ese comentario. Prosiguió Chris:

—No sabía que anduvo contigo sino hasta después de que regresamos de Italia. Sé que parezco, pero no soy tonto, ¿sabes? —y le guiñó el ojo a Daniel—. Ella me lo dijo cuando regresamos porque le pregunté, la verdad nunca me di cuenta cuándo anduvo contigo, pero aquella ocasión, en Italia, fue obvio que algo pasó cuando hablaron, pude verlo en su mirada —y continuó hablando y comiendo a la vez—, pero sobre todo en la tuya. Estabas que echabas lumbre, sé que no eras mi fan número uno, pero esa vez en verdad me pregunté qué estaba pasando. Como haya sido, no era mi asunto y no pregunté más. Lo que sí te puedo decir es que espero que eso esté en el pasado para ambos. Me caes bien Danny boy y eres de las pocas personas a las que considero un amigo, aunque no salgamos mucho.

Este comentario dejó sin palabras a Daniel. Sí en algún momento quiso levantarse y romperle la cara a puñetazos, la verdad es que con lo que acababa de decirle Chris lo había dejado desarmado, no pudo decir nada. Al parecer, todo lo malo que había pensado de él se había esfumado. Era evidente que Chris no sabía que ella aún andaba con él cuando empezaron a salir. También era evidente que era honesto, digo, no había nada que pudiera ganar o perder si mentía, y su tono de voz y contacto visual fueron bastante convincentes. Daniel no supo qué pensar y solo hizo lo que sabía hacer mejor: hacer un amigo.

—Pues hay que celebrar entonces —dijo Daniel

—¿Cómo? —preguntó Chris.

—Sí, hay que ir a Garibaldi por unos tequilas y así nos quitamos lo deprimido, ¿qué te parece? Vamos este viernes, para dejar de sufrir por el

mal de amores.

—¿A poco tú también andas dolido por ella?—preguntó Chris intrigado.

—No, para nada, lo mío es otra historia, pero luego te cuento —respondió Daniel mientras checaba su reloj y se levantaban de la mesa porque ya era hora de volver al trabajo.

—Ok, me parece, bien. ¿Le dirás al Migue que nos acompañe? —preguntó Chris contento con la idea.

—Ahorita que entremos, yo espero que diga que sí, pero a ver si no lo regaña su mujer—agregó Daniel y ambos rieron.

No hubo ningún problema con Mike, los tres fueron a aquella pequeña cantina que se encuentra en el centro del barrio en Garibaldi. Tomaron y rieron, y festejaron que Mike se iba a casar, que todos eran amigos y que Diego estaba soltero otra vez. Entre copa y copa se la pasaron ahí hasta las dos de la mañana. Después de un breve lapso de amnesia, Daniel se encontraba con Diego en un auto en el que iban con ellos unos mariachis.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Daniel confundido y aún alcoholizado.

—Lo que acordamos —respondió Chris alzando su botella y tomando un poco más.

—No puede ser —dijo Daniel para sus adentros imaginando adonde iban—. ¿Qué fue lo que acordamos?

—Ya estás bien borracho, ¿verdad? —preguntó Chris borracho—, ahorita se te baja, no te preocupes amigo —y le dio una palmada en el hombro. La camioneta se detuvo y los mariachis se bajaron. Daniel preguntó una vez más dónde estaban y mientras él había preguntas Diego lo jalaba y ambos bajaron de la camioneta. Al voltear y reconocer la calle, se le congeló el cuerpo a Daniel y dijo:

—No puedo creer que estemos haciendo esto —y le quitó la botella a Diego y tomó un poco más.

—¡Eso chinga! —expresó Chris y le dijo a los mariachis:

—Ahora sí muchachos! ¡Arránquense! —y con esa señal los mariachis se vieron unos a otros, se hicieron señas y empezaron a tocar.

Daniel se encontraba desorientado, pero ya sabía lo que estaba sucediendo y deseaba no estar allí para ver el desenlace. Ahí estaban Daniel y Chris parados frente aquel edificio blanco de ventanales amplios

en el que vivía, en el segundo piso, Zayra. Se encontraban de pie, uno lleno de vergüenza y el otro gritando, pidiendo ver a la que le rompió el corazón, mientras el mariachi tocaba.

Pasaron alrededor de cinco minutos, cuando el vecino del primer piso, un señor pelón y de gafas de pasta negra se asomó por la ventana para ver de qué se trataba. Un perro empezó a ladrar en la planta baja, se encendió la luz de la entrada del edificio y salió el guardia de seguridad, quien al verlos no dijo nada y se quedó observando, como esperando a ver en qué terminaba el show. En eso estaban cuando, de repente, un taxi llegó al lugar y al voltear ambos, se dieron cuenta que era Zayra.

--¿Qué está pasando aquí? —preguntó ella desorientada mientras se cerraba el abrigo y cerraba la puerta del taxi para caminar hacia la entrada de su casa. Los miró fijamente.

—Zayra, Zayra, Zayrita, yo te quiero decir, iyo te quiero decir!—repetía Chris mientras Eliza solo abría los ojos sorprendida y se extrañaba de la situación.

—Hola Daniel —dijo Jessica, moviendo la mano y Daniel con una mueca de incomodidad saludó a la distancia.

—Es él —gritó Chris—. Es él, ¿verdad? Me cambiaste por él! —y volteó a ver a Daniel, quien no entendía qué estaba pasando—. Tú —continuó Chris—. ¡Maldito! Me la robaste, imal amigo! —y mientras decía esto se lanzó contra Daniel, quién se asustó y se movió hacia atrás, lo cual fue suficiente para que el otro fuera a dar al piso.

El mariachi, al ver la escena y como ya había cobrado, los dejó allí en cuanto vio a Chris en el suelo. Los músicos se subieron a su camioneta , dijeron "Buenas noches" y ni Daniel ni Zayra los detuvieron.

—Pásalo, hay que ponerle hielo en la cara antes que se le hinche —le pidió Zayra a Daniel sacando sus llaves de su bolso. Daniel hizo un saludo militar con la mano, dando a entender que haría lo que ella decía, pero no de buena gana.

—Buenas noches Mauricio —dijo Jessica al portero mientras abría a puerta y entraba.

—Buenas noches señorita—respondió el portero y detuvo la puerta para que los dos borrachos pasaran.

—Gracias —dijo Daniel pujando mientras jalaba a Chris a través de la puerta.

Ya una vez adentro, después de que cómicamente subieron las escaleras, abrió la puerta de su casa y Daniel arrastró a Chris para dejarlo caer en el sillón, después él se sentó en el sillón contiguo y tras un suspiro profundo volteó a ver a Zayra.

—Gracias por permitirnos pasar —agradeció Daniel tratando de no demostrar su incomodidad.

—Ah, no te preocupes, me imaginaba que algo así haría, él es así —agregó ella sentándose en el sillón en el que estaba Chris dormido y tocó su cabello mientras lo veía y luego volteó a ver a Daniel para decir: —Perdón.

—¿Perdón por qué? No te preocupes, tú avanzaste y pues veo que ya es otra historia, no es la nuestra, no es la mía, créeme. Ha pasado tanto tiempo que no me imagino que las cosas fueran de otra manera.

—Él se acostó con una mesera del centro, no me lo dijo, vi los mensajes de ella. Sé lo que hizo y no lo pude tolerar —rió sarcásticamente y prosiguió—. ¿Lo puedes creer? Creo que me lo tenía merecido, digo, al final de cuentas nos conocimos así, ¿no? Perdona que te lo diga a ti Daniel, no sé ni qué digo, pueden quedarse en los sillones, no hay problema. Solo les pido que no se levanten tarde. Me voy a dormir —dijo y se levantó. Daniel interrumpió su camino al decir: —Jessica

—¿Qué pasó Daniel?

— ¿Lo amas?

—No sé, no lo sé, solo sé que no quiero perderle, pero tampoco quiero seguir en las mismas situaciones una y otra vez, solo es hacerse daño y hacer daño, cuando todo podría ser tan fácil—respondió Jessica mientras cruzaba sus brazos. Era evidente que estaba siendo honesta con Daniel por primera vez luego de muchísimo tiempo.

Daniel no dijo más cuando ella dijo esto y ella tampoco quiso decir más, solo se dijeron "Buenas noches" y él se recostó de lado en el sillón para dormirse. Ella caminó hacia el pasillo para ir a su habitación, esa habitación que alguna vez compartiera con Daniel, la misma en la que ahora ella dormiría sola, dolida y traicionada, porque le dolía, le dolía hasta el alma lo que había hecho Diego, por eso no lo podía perdonar aunque anhelaba hacerlo y ahora al ver a Daniel, a quien siempre fue bueno con ella y a quien ella lastimó, al ver cómo se hallaba sentado al lado de quien la hirió, no pudo más, su ego y su corazón no soportaron y se encerró en su cuarto a llorar. Así, mientras cerraba la puerta de su alcoba y Daniel escuchó que ella había cerrado, se levantó, abrió la puerta del departamento, le dejó una nota en el y se fue. Era de madrugada y Daniel salió de allí contento, tranquilo y sobre todo aliviado porque tuvo

una oportunidad que muy pocos tienen, que es, salir adelante, reaccionar y darse cuenta de que el hoyo en el que se encontraba no era mayor al que ya había enfrentado antes, se dio cuenta de que no era la primera ni la última vez que sufriría y que lo superaría porque ya lo había hecho antes, ya había salido avante antes y ahora también lo podía hacer.

Mientras caminaba para encontrar un taxi, surgió una pregunta en su cabeza: ¿qué paso con Mike?

A la mañana siguiente Chris se despertó por la alarma de su celular, crudo, avergonzado y con una jaqueca tremenda. Entreabrió los ojos y vio el mensaje de su amigo: "Toca a su puerta, entra y abrázala. No la vuelvas a regar jamás. Suerte"

El departamento estaba silencioso y era evidente que estaba solo en la sala y que Jessica aún no se levantaba, así que sin pensarlo mucho, hizo lo que su amigo le dijo: tocó la puerta, , abrió y se metió en la cama para abrazarla, abrazarla muy fuerte y decirle que nunca jamás la iba a dejar ir.

Capítulo 32

30 de mayo, cuatro años después

Tras la boda de su amigo, Daniel se fue a vivir a Italia un año. Decidió tomar las riendas de su vida y no pensaba detenerse más, era hora de empezar una nueva aventura y así lo hizo.

Por un año estuvo conociendo la tierra de su madre y gracias al señor Forti consiguió un trabajo por allá en una de las cafeterías de él.

Era un trabajo muy distinto a lo que él estaba acostumbrado, pero que le resultó bastante entretenido. Mientras estuvo allá reparó la casa y nada de esto fue sencillo, pero estaba determinado a actuar, así que poco a poco lo hizo y mientras esto sucedía. Surgió una idea, la idea de vender café en México y emprender un negocio. Así, al año siguiente, regresó a México para comenzar un negocio de café, no solo cafetería, sino también una distribuidora de café italiano, todo esto con la ayuda del señor Forti y su primo, quienes se habían vuelto socios del negocio.

Con la experiencia del señor Forti y el apoyo de su primo en los traslados y movimientos de mercancía de Italia a México, más el compromiso de Daniel por superarse, tardó solo un año más, no solo en que se consolidara su marca, sino también en abrir dos sucursales en la Ciudad de México y a finales del segundo año, una tercera sucursal ya estaba iniciando labores.

La vida le había cambiado desde que él había cambiado. Incluso invitó a Diego a trabajar en la compañía al tercer año, ya que era necesario tener alguien al frente de Recursos humanos, alguien en quien pudiera confiar y así fue. Diego accedió, no sin antes pedir cómo condición que Daniel fuese su padrino de bodas, lo cual así hizo.

Cuatro años de crecimiento para Daniel, cuatro años que pasaron rápidamente y pudo enfocarse en cosas diferentes.

Entonces era 30 de mayo otra vez. Daniel viajaba en su auto con su chófer, a su lado en el asiento de atrás llevaba un regalo.

—Martín, déjame en la entrada principal y te veo más tarde, ¿está bien? Sabes que me tardo en estas visitas.

—Sí, señor, como usted diga.

—Gracias Martín.

Se bajó del auto con una bolsa de regalo, tocó la puerta y salió la esposa de Miguel, Adriana, a recibirlo.

—Qué bueno que llegaste— le dijo a Daniel, lo abrazó y con un beso fraternal lo recibió. Pasa, pasa llegaste justo a tiempo, ya íbamos a partir el pastel.

—¿Dónde está ese cumpleañosero? —preguntó Daniel, mientras Mike traía a su hijo, Luis, que ese cumplía tres años. Una vez que estuvo cerca de su amigo le dio al niño para que lo cargara.

—Wow, cómo has crecido, de verdad te pareces a tu papá, vas a ser muy alto bebe. —El niño, que vestía trajecito de cocodrilo y llevaba unas llaves de juguete en las manos, solo sonreía, pues ya conocía a Daniel. El día que nació, Daniel estuvo allí en el hospital haciéndole compañía a Mike y siempre que visitaba a su amigo, Mike le decía: "Aquí está tu tío Daniel."

Daniel saludó a todos los convidados a la fiesta, la familia y algunos compañeros de trabajo de Miguel. Luego de un rato, se pudo sentar a tomar una cerveza con Miguel.

—¿Qué onda canijo?, ¿cómo has estado? —preguntó Miguel sobándole el hombro a Daniel.

—Bien, bastante bien, el negocio va adelante, no ha habido problemas, tengo mucha gente joven trabajando allí, así que es fácil moverlos y ellos son muy activos y llenos de ideas, está bien, muy bien todo.

—¡Qué bueno carnal!, me alegro mucho por ti. Yo estoy investigando sobre el preescolar y esas cosas. Addy quiere enviarlo a un colegio particular, pero yo digo que una escuela pública es tan buena o mejor. Digo, yo fui a pública y no Salí tan mal —dijo Mike y brindaron con las cervezas.

—Wow, pues estoy sorprendido, no puedo creer que ya tan rápido —agregó Daniel asombrado llevándose la cerveza a la boca.

—Sí, man, ya va a preescolar, ¿quién lo diría? Se va rápido el tiempo, ni modo. Así es la vida.

—Salud por eso.—brindó Daniel.

—Salud —y ambos dieron otro sorbo a su cerveza.

—Escuché que irás a Cancún la próxima semana, me dijo .Diego ¿Es así? —preguntó Mike a Daniel. Mientras Adriana le entregaba el bebé a Mike

porque ella despediría a unos invitados.

—Sí, bro, un par de semanas. Iré a un congreso para empresas, a un par de seminarios, a hacer contactos, ya sabes. En lo que yo voy para allá, mi primo vendrá con su familia, se quedarán en mi casa y ya cuando yo regrese estaré una semana con ellos. Están pensando si se vienen a vivir a México, ¿cómo ves?

—Pues suena genial, ojalá que sí les guste aquí.

—Pues es que sí les gusta, no es la primera vez que vienen. Es la vez que más tiempo estarán aquí. Pero ya veremos.

—Ah, pues está bien, ¿o sea que él se encargará del negocio mientras que tú no estás?

—Sí, así es, también por eso viene; sé que solo son un par de semanas pero no quiero dejar nada en manos de alguien más.

—Pues buen viaje amigo.

—Gracias.

—Nos traes algún recuerdo o algo.

—Ja, ja, ja, claro que sí —y chocaron sus cervezas por última vez. Después de eso, Daniel pidió su auto, se despidió de Miguel y su familia, y se fue a casa.

Daniel no fue el único que hizo grandes cambios en su vida luego de cuatro años. Melissa también había logrado bastante: terminó su carrera con méritos, obtuvo una beca para estudiar en el caribe y actualmente se encontraba analizando delfines en el caribe Mexicano, a la vez que trabajaba pues esta actividad era también su empleo.

Melissa rentaba con una amiga una casa de dos pisos, que por allá en el caribe costaba lo que cuesta rentar un departamento en la ciudad de México.

Ya tenía un año viviendo allá, y ya se había acostumbrado a su rutina diaria, no tenía pareja, aunque había un chico en el acuario que la buscaba, pero ella en realidad no tenía interés; ella estaba viviendo ya su sueño, era bióloga marina y ¿trabajaba con delfines! No necesitaba nada más.

Su familia la había ido a visitar dos veces; la primera fue su hermano solo, con quien se fue de fiesta toda esa semana. La segunda fueron su hermano y su mamá, en la que disfrutó mucho de su compañía. Su papá

no la había visitado por cuestiones no tanto económicas, sino porque se encontraba en una situación difícil, ya que se estaba divorciando y estaba peleando la custodia de sus otras dos hijas. Pero siempre hacían vídeo llamadas y se escribían. "Estoy muy orgulloso de ti" siempre le escribía él a Melissa.

La vida era muy buena en este punto con ella, aunque a veces era muy cansado y en algunas ocasiones tuvo mareos o le sangró , pero eso lo atribuía al calor.

Melissa se sentía libre, feliz, ya que después de cinco años en la carrera al fin había logrado ver los frutos de sus sacrificios. Aún hablaba con sus viejos amigos, inclusive con Joaquín, quien un año más tarde de terminar con Melissa conoció a otra chica con quien se casó un par de meses después de que Meli se fuera a Cancún.

De hecho, Tabatha, la prima de Joaquín y Samantha, su mejor amiga de toda la vida, fueron juntas a visitar a Melissa en Cancún, justamente la misma semana en que fue Bembo solo a visitar a su hermana. En una de esas noches en que salieron de fiesta, Bembo se acostó con Tabatha y ahora esperaban un bebé. Así que como siempre quiso Joaquín, pero no exactamente de la forma que él deseaba, las dos familias emparentaron

Mientras todo esto sucedía, el doctor Carlos Varela, el mentor de Melissa, e investigador de la universidad, tuvo que volver a la Ciudad de México debido a cuestiones familiares y le pidió a Melissa que se hiciera cargo del proyecto, a lo que ella accedió más que encantada. Afortunadamente Ximena, su nueva mejor amiga y compañera de trabajo, no la iba a dejar sola y le iba a ayudar en todo.

Así, a partir del lunes seis de junio, ella estaría a cargo del acuario. Y así ocurrió.

Capítulo 33

6 de junio

El viaje de Daniel se adelantó un día, así que el lunes en la mañana él ya se encontraba en Cancún. Era un lugar hermoso con mucho sol y aire fresco, un paraíso. Afortunadamente el lugar en el que se hospedaría estaba en la Riviera Maya, una zona hermosa con jungla, ríos, arena finísima y aire húmedo, pero agradable. Así que aprovechó y junto a otros dos colegas, Arturo y José Luis, ambos empresarios y jóvenes decidieron ir a las atracciones turísticas que había allí en lugar de dormir después del viaje de México a Cancún. Acordaron ir a un lugar cercano a ver a los animales locales y visitar el que estaba lleno de peces exóticos. Todo esto se hallaba dentro de una reserva ecológica que también era parque turístico. Vieron a las barracudas que tan solo mirarlas de lejos imponían, pero ellos decidieron bucear con ellas.

Más tarde, después de ir a comer en el bufé del lugar y probar una deliciosa jaiba, tuvieron que retirarse, pues ya era tarde. Por esta razón ya no pudieron ver el espectáculo de delfines, mas pasaron frente aquel lugar donde estaban los delfines para el show, y fue allí cuando ella lo vio.

Melissa estaba hablando con algunos de los miembros del staff sobre temas del acuario cuando al otro lado del estanque de delfines vio pasar a él, a quien nunca pudo olvidar, y que aún así significaba tanto para ella.

Al verlo sintió ese palpitante en su pecho que solo había sentido cuando se reencontraron años atrás.

Ximena, al ver su mirada de sorpresa y que no ponía atención a la conversación le preguntó: "Meli, ¿estás bien?"

—Perdón, sí todo bien, espérenme, creo que vi a alguien.

Melissa se apartó del grupo y se dirigió hacia la salida para ir a saludar a Daniel, pero cuando salió, él ya no estaba. Ella trató de ver hacia adónde se había ido, mas no pudo encontrarlo. Mientras ella aún lo buscaba se le acercó Ximena y le preguntó qué sucedía.

—Nada, creí ver a alguien que conocí hace mucho tiempo.

—Pues debió ser alguien muy importante para que salieras así, ¿quién era?, ¿un ex amante?

—Cállate, Xime — dijo Melissa moviendo la cabeza y sonriendo mientras

se sonrojaba.

—¿En verdad? ¿Quién era? ¿El americano, el que venía con el top negro?, dime que era ese güero enorme, cuenta, cuenta, me tienes que contar Melissa —insistió Ximena.

Más tarde, una vez que metieron a los animales y se encargaron de que estuvieran bien, las dos se fueron a tomar una cerveza y a platicar un rato. Melissa le contó toda la historia a Ximena; sobre cómo había conocido a Daniel, sobre cómo se habían reencontrado tiempo después y tuvieron un romance el cual acabó bruscamente y sobre cómo entonces, después de tantos años volvía a aparecer, así como

—Debes buscarlo amiga, es el destino. ¿No lo ves? No importa adónde vayas te lo vuelves a encontrar.

—No creo Xime, lo más probable es que hoy fuera su último día de vacaciones o algo así. Se ve que nada más pasó rápidamente al centro turístico, así que no, no lo haré, además saldré con Elías el jueves.

—¿Con Elías? ¿De verdad? ¿O sea que su insistencia eterna al fin dio frutos?

—Pues, es buen chico y es agradable, no sé, estoy tratando de salir con gente diferente a la que frecuentaba antes.

—Yo creo que es un error, pero como quieras, igual y me equivoco.

Capítulo 34

7 de junio

Daniel logró hacer varios contactos en la convención y aprendió mucho de los expositores. Era jueves y él y sus colegas estaban cansados, así que decidieron ir a un restorán o bar cercano al centro de convenciones que prometía bastante buen ambiente para poder relajarse.

Así, Daniel, José Luis y Arturo, fueron a aquel restorán con temática de playa que tenía una larga barra en el fondo, una pista de baile en el centro y varias terrazas. Buscaron un lugar abierto para que Arturo pudiera fumar y se sentaron a comer, beber y seguir platicando de fútbol, negocios, mujeres o lo que les viniera en gana.

Ya iban en la tercera cerveza cuando Daniel tuvo que pararse para ir al baño. Una vez que llegó al salón le preguntó a un mesero dónde estaba el baño. Este le indicó que se hallaba a un lado de la barra del pasillo, al fondo.

Daniel siguió las instrucciones del mesero y cuando se dirigía al baño, justo al otro extremo de la barra, la vio. Él ya había tomado un poco y empezaba a sentir los efectos del alcohol, pero estos desaparecieron en cuanto la vio. Sintió un vacío en el estómago y tragó un poco de saliva. Melissa se veía más radiante que nunca; tenía la piel bronceada, llevaba puesto un vestido azul y blanco muy acorde al lugar y al clima. En un impulso empezó a caminar hacia aquella mesa donde ella estaba sentada, pero después su cuerpo le recordó que necesitaba ir al baño y tuvo que ir. Se dijo a sí mismo: "No pasa nada. Aprovecha para arreglarte y peinarte. Además, no te interrumpirán las ganas de ir al baño. Quizá apenas llegó. Pero ¿y si esto no es cierto?, ¿y si viene con alguien? No viste un anillo, mejor apúrate."

Cuando salió del baño ya no la encontró en la mesa, ya había un mesero limpiando y él se puso a buscarla discretamente con la mirada mientras caminaba rápidamente para no correr como un loco por el restorán. Al salir por la puerta principal se detuvo y allí estaba ella, era ella, no había duda, de pie frente a él, tan hermosa, tan bella o aún más que la primera vez que la vio en Italia, pero él no avanzó, no se acercó ni un centímetro, solo vio cómo ella subía a un auto gris como copiloto, mientras su acompañante, un joven algo regordete y muy moreno se subía del lado del conductor y arrancaba el coche.

Daniel se quedó de pie, callado, viéndola partir con otro. ¿Quién era él? ¿Su novio? ¿Su amante? ¿Su esposo? No importaba ya, ella ya se había ido, todo era un espejismo de algo que aún le calaba en el alma. Todo lo ocurrido con ella no era una espina sino una navaja que pendía de su

pecho clavada hondamente en su corazón y que nunca se había desprendido de ahí.

Regresó entonces a la mesa y sus amigos, al verlo tan cabizbajo y sacado de onda, le preguntaron qué había sucedido. Daniel entonces pidió otra ronda de cervezas para todos y les contó su historia con Melissa, sobre cómo se conocieron en aquel verano en Italia, sobre la muerte de su madre, sobre todos los cambios que hubo, sobre cómo se reencontraron y sobre el romance intenso y corto que terminó brutalmente para ambos y todas las consecuencias y aprendizajes que trajo para su vida.

—Diablos viejo, deberías escribir un libro—dijo Arturo y rieron todos.

—Ah, sí. Sería una buena historia para contar—agregó Daniel y bebió un poco de cerveza—, pero qué final más feo tendría, tan insignificante, pues cada quien siguió con su vida.

—¿Pues qué más quieres?—preguntó José Luis. —No sabes si seguirá aquí, no sabes si está casada, tiene años que no se ven, fue una coincidencia bro, solo eso, la vida está llena de coincidencias. Y también está llena de mujeres, así que no te preocupes, encontrarás otra —añadió y todos bebieron.

Capítulo 35

8 de junio

Melissa estaba alimentando a los delfines y revisando los tanques mientras le contaba a Ximena cómo le había ido en la cita con Elías.

—Fue divertido, pero tienes razón, no es mi tipo.

—Te lo dije amiga, eso no va a pasar, ¿qué fue lo que falló?

—Pues en sí él fue muy divertido y atento, me llevó rosas, me abrió la puerta, fue un caballero.

—Wow, qué horrible debe de ser que sea así —dijo sarcásticamente Ximena.

—No, no fue eso, digo, también fue divertido y estuvimos bailando, me la pasé bien, pero...

—Pero...—continuó Ximena para alentarla a que ya dijera de una buena vez cuál había sido el problema.

—Ok, sé que dije que ya no me importaba y vas a decir que estoy loca, pero...

—No te preocupes amiga, ya sé que estás loca —añadió Ximena bromeando.

—Espérame, —prosiguió Melissa mientras aún revisaba los tanques.

—Ok, ok —dijo Ximena mientras se ponía muy atenta a la historia. .

—Cuando estábamos a punto de dejar el restorán, después de que me subí al auto de Elías, sentí que alguien me estaba observando, así que una vez que estuve dentro en el auto volteé y adivina quién estaba parado en la entrada.

—No!, no puede ser, te lo dije, ¿no te lo dije? Destino, no hay más. ¿Y qué hiciste? ¿Le dijiste a Elías que se parara y bajaste a correr a sus brazos?

—No, nada.—¿Nada? ¿Cómo que nada?

Pues es que no supe qué hacer, ¿que tal que si me andaba siguiendo o algo así? ¿Por qué no se acercó a decirme nada?

—Tal vez porque ibas en el coche de alguien más? ¿No se te ocurrió?

—Ya no importa. Él se fue probablemente y ahora sí es el final, final, final de esta historia.

—Si tú lo dices. Pero parece que lo que él te dio, te gustó, pues no te lo puedes sacar de la cabeza —añadió Ximena guiñándole el ojo a su amiga y la otra solo movió la cabeza desaprobado el comentario mientras las dos caminaban por el jardín frente a los estanques de delfines que daban hacia la entrada.

Y entonces las dos se detuvieron y Melissa quedó boquiabierta y sus ojos expresaron sorpresa. Se quedó espantada al verlo frente a ellas. Él también puso cara de espanto al ver la Entonces Ximena, que era la que estaba muy divertida con la situación, le cerró la boca a su amiga, pidió permiso y se retiró de allí, pero se quedó cerca del lugar para escuchar lo que se pudiera.

—¡Hola! ¡Qué milagro! ¿Cómo estás? No esperaba encontrarte aquí. ¿Qué haces por acá? —preguntó sorprendida Melissa, emocionada e incómoda a la vez.

—¡Hola, hola Meli! ¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo sin verte, yo...—respondió Daniel y se detuvo a ver las rosas que él llevaba en las manos y se daba cuenta de lo raro que era la situación en la que se encontraba.

—¿Verás a alguien aquí? ¿Tienes una cita? —inquirió Meli amistosamente y sonriendo mientras señalaba las rosas.

—Yo... — Daniel seguía sin poder hablar, era como si fuera otra vez ese Daniel que ella había conocido había seis años. Entonces él reaccionó al ver cómo ella se asustaba al ver las flores y al no saber cómo había llegado él allí.

—Mel, la verdad es que estoy aquí por un congreso, estaré aquí hasta mañana por la mañana y yo no esperaba encontrarte aquí. Ayer fui a comer con unos amigos y te vi en el restorán, pero no alcancé a saludarte. Más tarde recordé que estabas estudiando para esto y me acordé de que el lunes vine aquí con unos amigos

—Oh! —expresó Ximena, que estaba escuchando todo y Melissa la volteó a ver con mirada asesina.

—Sí, probablemente, solo quería saludarte y si tienes tiempo, invitarte a comer, platicar. Me gustaría saber cómo has estado —añadió Daniel muy seguro y sonriente, era evidente para ella que no era el mismo Daniel que conoció, que se parecía, sí, pero no era el mismo, pero antes de que ella

pudiera decir nada, Ximena interrumpió y dijo:

—¡Tiene tiempo ahorita!

—¡Genial! ¿Sí puedes?

—Sí, sí, solo dame un momento para dejar todo en orden y ahorita te veo en la entrada.

— Él se fue hacia la entrada mientras ella y Ximena iban a la oficina.

—Ximena, ¿qué te pasa? ¿Estás loca o qué?

—Amiga cállate y escucha: busqué en todo Cancún para volverte a ver y solo quiere ir a comer contigo, si tú no vas, te juro que yo voy y hasta de cenar le doy —agregó Ximena mientras se acomodaba el sostén.

—Ok, ok, ok, pero ¿qué hago?, no puedo creer que me estés haciendo esto Ximena, te odio amiga, en verdad te odio.

—Anda sí, tú ódiame, pero yo me encargo de todo aquí, tú no te preocupes, te arrepentirás más si no vas.

Entonces Melissa se cambió de ropa, se peinó bien, se maquilló y una vez que estuvo lista, salió al encuentro de Daniel, quien aún la esperaba en la entrada.

—¿Lista? —preguntó Daniel ofreciéndole el brazo a Melissa.

Entonces Melissa suspiró y respondió:

—Lista, contestó mientras sonreía y le tomaba del brazo. Ambos subieron a la camioneta que había rentado Daniel.

Daniel y Melissa fueron entonces a un pequeño restorán cerca de la playa y allí, en una pequeña mesa, le dio las flores. Los tonos rojizos y anaranjados del atardecer iluminaban el rostro de ella y el sonido del mar frente a ellos era la única música que escuchaban.

—¿Estás loco Daniel

-Sí, creo que sí, cuanto ha pasado, ¿5 años?

—Sí, más o menos, un poco menos —aclaró Melissa.

—Y ¿cómo has estado? —preguntó Daniel sonriente, por lo que ella sonrió y le empezó a contar todo lo que había pasado desde que ellos se habían separado. Le platicó sobre sus papás, sobre su carrera, sobre su hermano,

de cómo fue el cambio de residencia a Cancún, sobre lo que hacía en Cancún.

Melissa también le preguntó sobre todo. Él le contó sobre lo que pasó con la universidad, sobre la crisis existencial que vivió, sobre el tiempo que se fue a vivir a Italia, sobre cómo el señor Forti fue un mentor para él y sobre cómo surgió la idea de vender café en México.

Daniel le platicó acerca de sus amigos Miguel y Daniel; le contó que ya se habían casado ambos y que el primero tenía un hijo. Platicaron hasta muy noche y Daniel fue a dejar a Melissa a su casa. Después de despedirse de un beso en la mejilla, ella supo que no sería suficiente, que desearía más, que querría todo, así que al momento en que él se retiraba, ella tomó su mano y él la siguió hacia el interior de la casa. Al tocar el rostro de ella, la besó en los labios y la abrazó fuertemente contra su pecho mientras aún sus labios presionaban los de ella. Melissa lo llevó directo a su habitación e hicieron el amor esa noche, quedándose ambos dormidos abrazados uno al otro. Ambos se sintieron seguros por un momento,

En medio de la noche, él se levantó para ir al baño, y ella entre sueños le dijo: "Quédate.²

Él así lo hizo. La mañana siguiente ella se despertó sola en la cama y le dolió ver que él se había ido. De pronto se abrió la puerta del cuarto, era Daniel que traía el desayuno.

—Pero ¿y tu vuelo?

—Puedo tomar otro después —respondió Daniel y se sentó en la cama con ella. Le sirvió café y ella bajó la taza para colgarse de su cuello y besarlo apasionadamente por un momento.

Capítulo 36

Agosto

Luego de aquel fin de semana con Melissa, Daniel se quedó a vivir en Cancún un mes. Hablaron sobre que ambos seguían locos aún el uno por el otro, que ni el tiempo ni la distancia habían hecho cambiar eso. Así que decidieron intentarlo una vez más, pero esta vez de diferente manera. Ella estaba más radiante que nunca y él se sentía más optimista que nunca, por lo que decidió hablar con su primo sobre todos estos cambios y que pensaba cambiar de residencia, lo cual también era una oportunidad de hacer crecer el negocio en otro estado.

Ante esto su primo accedió a hacerse cargo de las operaciones en la Ciudad de México, con apoyo de Diego y Miguel. Mientras tanto, él se encargaría de abrir un nuevo negocio en Cancún.

Fue difícil llevarse sus cosas al nuevo departamento que había rentado en Cancún,

Daniel se encontró pleno y feliz de compartir su vida con quien tanto había anhelado, con aquella mujer que soñó tanto tiempo y su alma anheló mientras no la tuvo. Ella también se encontraba emocionada por encontrarse en un punto en el que lo tenía todo y no podía más que agradecer la oportunidad de reencontrarse con Daniel. Él era y siempre había sido todo un caballero; era detallista y amable. También era muy divertido y podía estar horas junto a él. Con Daniel el silencio no era incomodo, sino al contrario,

Cuando ella le contó a su familia sobre Daniel, fue una gran sorpresa, pues no esperaban que él volviera a la vida de ella de esta manera ni de ninguna otra, después de todo lo ocurrido hacía cinco años. Sin embargo ella estaba en otro estado y por lo que ella les comentaba, estaba feliz y enamorada, es decir, lo que todo padre quiere para sus hijos. Entonces acordaron todos en verse las próximas vacaciones para al fin conocerse. Mientras tanto, Melissa y Daniel vivieron un sueño juntos. Él a veces la sorprendía en el trabajo con flores o la llevaba a comer. Ella también pasaba a veces al nuevo café a llevarle comida o a visitarlo. Se veían principalmente los fines de semana, veían películas por la tarde o salían en la noche con los amigos de ella o simplemente se quedaban en casa haciendo el amor toda la noche hasta el otro día.

Ella no deseaba nada más que permanecer en los brazos de él y Daniel era el hombre más feliz del mundo cuando ella dormía sobre su pecho. Así transcurrieron los siguientes tres meses, hasta la primera semana de diciembre. Era domingo en la mañana. Al despertar, Daniel se levantó de la cama y al escuchar que la regadera estaba abierta fue a la cocina a

poner café. Él y ella estaban en casa de Melissa, así que él no sabía dónde estaba el café molido y al no encontrarlo en las gavetas, fue al baño, tocó la puerta y al abrirla para preguntarle por el café, encontró a Melissa en el suelo, desmayada y con sangre en la nariz.

Él no supo qué hacer y decidió no moverla por si acaso se había lastimado la cabeza. De inmediato llamó a emergencias. Una vez que llegaron a auxiliarla ambos fueron al hospital, donde ella despertó y él estuvo a su lado en todo momento.

Capítulo 37

Enero

La navidad y el año nuevo no recibieron a Melissa como se esperaba; semanas antes le habían diagnosticado leucemia mieloide, un tipo de cáncer que se encontraba ya bastante avanzado.

Melissa no podía contar esto a nadie, por lo que decidió esperar a que pasaran las fiestas y a que Daniel conociera por fin a su familia. Daniel en todo momento lo supo, estuvo con ella cuando recibió la noticia, pero respetó la decisión de ella de no decirle nada a la familia.

Hubo momentos en que ella olvidó que estaba enferma mientras cenaban en navidad o mientras besaba a Daniel al llegar el año nuevo; sin embargo, las palabras del doctor en el consultorio una semana después de que se desmayó en el baño, aún estaban presentes. "Lamento informarle señorita, revisamos los resultados y los análisis son positivos. Debo informarle que usted padece leucemia. Lo siento. "

- En cuanto ella escuchó esas palabras, apretó fuertemente la mano de Daniel. Fue una navidad tan difícil como aquella en la que sus padres se habían divorciado y estuvieron por primera vez separados. Pero esta vez, al menos tenía a alguien a su lado para llorar.

Ella no quería causarle molestias a Daniel ni a nadie, pero no pensaba darse por vencida para nada; haría lo que fuese necesario para salir adelante, así que en cuanto lo supieron y el doctor indicó, ella empezó con las quimioterapias. Era un proceso difícil, doloroso y cansado en el que ella sufría mucho, pero en ningún momento dudo ni mostró dolor, siempre fue con la cabeza en alto y Daniel siempre estuvo allí en las noches para apoyarla y cuidar de ella. Él tomaba su cabello cuando ella vomitaba y se encargó de todos los gastos médicos; en todo momento la apoyó, le dio consuelo cuando ella creyó desfallecer porque cuando iba al doctor siempre mostraba una gran sonrisa y en el trabajo hacía chistes como que se había cambiado de signo zodiacal o que tenía una nueva dieta: la dieta de Godzilla o cosas así. Nunca demostró que el cáncer era algo a lo que se tenía que temer, mas en privado ella se sentaba en la taza del baño a llorar, y Daniel se sentaba tras la puerta del baño a esperarla. Cuando ella salía con los ojos hinchados de llorar y lo veía sentado afuera del baño, él se levantaba y ella solo lo veía, como molesta, tratando de mantenerse estoica, entonces él la abrazaba fuertemente y besaba su cabeza. Noches de insomnio pasaron ambos y su primo y sus amigos, desde la capital del país, apoyaban a Daniel .

Cuando los papás de Melissa se enteraron se molestaron con Daniel por no decir nada. Él no respondió nada al enojo de ellos. De inmediato ellos

demandaron que regresara a la capital donde podrían darle un mejor tratamiento, pero ella se negó, ella se negó siempre pues su vida era su trabajo, sus delfines, ya que a pesar de todo, aún en los malos días iba a trabajar. El doctor Varela muchas veces insistió en que ella no fuera, pero ella jamás cedió a tal petición; aunque solo estuviera ahí un par de horas, ella iba, siempre sonriente, siempre bromista y siempre fuerte.

Los papás de ella a Daniel para que regresaran a la capital pero él y siempre dijo que hacerlo era decisión de ella, a pesar de que él también opinaba igual que ellos y en privado también discutieron por lo mismo, pero al final Daniel le decía:

—Se hará como tú digas, pero todos queremos lo mejor para ti —a lo que ella contestaba con un abrazo y decía:

—Danny, lo mejor para mí está aquí, aquí estoy feliz.— Escuchar esto lo hacía sentir frustrado y le causaba un fuerte dolor en el pecho, pero a la vez se sentía optimista, pues sabía que ella no se iba a rendir nunca y que saldrían de esta como había salido de otras tantas situaciones.

Capítulo 38

30 de mayo

Su piel morena, tan suave como seda, que con tan solo tocarla era como pétalos de flores sin fin, una dulce piel de durazno color cobriza de un tono suave y delicioso que podría más bien asemejar vainilla con chocolate. Ese sabor que la caracterizaba, que nunca perdió, un suave sabor a frutas frescas y agua divina, que erizaba la piel al poner su lengua contra la de ella, aun como la primera vez, como un baile sensual, uniendo bocas para tocar sus almas. Ella pidiéndole ser suya una vez más mientras acariciaba su rostro.

La mirada penetrante, fría, calculadora, profunda, que en esos ojos café parecía consumir su alma, esos luceros que había visto cada mañana y noche antes de dormir y que anhelaba nunca perder, y su mover de caderas, que una vez entre sus manos su vigor era mayor al de dos animales, mas parecía un león tomando a un ciervo entre sus garras que dos amantes enamorados; Pero no, esta vez sí era amor, también era deseo, lujuria ,ya no un pecado capital expresado de la manera más bestial y salvaje que pudieron encontrar, sino dos amantes aferrándose uno al alma del otro, tratando de robarle vida a Dios. Sudor y lamentos salían de ese cuarto, gemidos de placer mientras sus manos recorrían su espalda y él la tomaba por las caderas para profundizar hasta su garganta. Faltaba el aire, aun a pesar de estar abiertas las ventanas de par en par, el calor era sofocante. Era una sensación en su garganta, como de estar al borde de algo, al borde del final y el origen.

Su cuerpo se estremecía contra el de él al ritmo de tambores, adelante y atrás era el mover su entrepierna frotando contra el cuerpo de él. Una y otra vez mientras su aliento se mezclaba con el de ella para fundirse en su piel como besos al aire transformados en gotas de rocío que recorrerían sus cuerpos.

convertirse en el andrógino perfecto, un ángel de amor moviese por la habitación con un retumbar al moverse de un lado al otro hasta consumirse en fuego en un instante. No había universo, ni luces, ni siquiera una cama que los contuviera, eran esencia, almas diluidas en un vacío agolpándose una contra otro para ser cenizas en una explosión de placer y amor.

Solo podía tomarla de una manera, solo podía ser suya de una manera, el no perdería ni un solo momento para demostrar cuanto la amaba y anhelaba ser su dueño, al menos, por esta noche.

Senos hermosos, divinos, firmes y suaves con la forma perfecta y el tamaño preciso para ser gemas en su cuerpo que ahora eran la corona

que él ponía en su cabeza. Un trasero suave y bien definido, pequeño, apretado, deseable, bien había una razón para que todos voltearan al verla caminar.

Y esta noche, esta noche toda era de él.

Sin remordimiento, sin paciencia, sin misericordia la tomo y la hizo suya, una y otra vez mientras la noche llegaba al punto más oscuro y volvía a convertirse en luz. Ella era lo más perfecto que pudo haber existido entre sus manos y no se iba a permitir soltarla mientras ella estuviera con él. El la acariciaba y rogaba a Dios un día más o ninguno para ambos. No importaba nada de lo que pasara mañana, esa noche cimbraría por la eternidad en su memoria, en su piel, en lo más profundo de su ser, porque ella sabría, que para él, pasara el tiempo que pasara, pasaran las personas que pasaran, que nadie, nunca, lo haría sentir a él lo que ella le hizo pasar esa noche; Era volverse abstemio esa noche.

Sufrir el infierno para poder probar el paraíso por una sola vez, y solo por esta vez, habrá valido la pena.

El amanecer llego, tras una noche de éxtasis, amor y placer. Nadie más sabia lo que había pasado la noche anterior más que ellos dos. Imágenes claras y una sensación

Y al abrir sus ojos entre las sombras y el aclarar de la vista, podía contemplarla a ella. Ella, el objeto de su deseo y su pasión, aquella compañera que cambio su vida y su alma. Su musa desnuda sobre la cama como dormida, como respirando suavemente con los labios entre abiertos, no hay obra de arte más perfecto que pudiera siquiera emular la belleza de la doncella a su lado,

Él hubiera dado todo por despertarla, pero no podía hacer ya más nada, así que solo observó, entonces paciente, entonces calmado, entonces deseando besar aquellos labios que no podrían más que describirse como suaves y delicados y así lo hizo. Tomó a ese ángel perfecto y lo abrazó fuertemente contra su pecho desnudo mientras las lágrimas recorrían su rostro y la besó, la besó como tantas veces lo hizo, como tantas veces debió hacerlo también, odiando a Dios por su destino y agradeciendo que no hubiera habido dolor en su adiós. Fue natural, casual, sin presión alguna para que aquella ninfa no sufriera maltrato alguno.

amada, el destino se la había arrebatado para siempre, ya nada importaba, era una escena triste y deprimente ver cómo todo llegaba a su final.

Y alzándose de la cama acomodó las sábanas, abrió las cortinas blancas de la habitación y miró al cielo por aquel gran ventanal que daba al pequeño balcón de la habitación, viendo al cielo dio un último suspiro,

cerró los ojos alzando los brazos, limpió las lágrimas de su rostro y revolvió su propio cabello con ambas manos para después extender las manos hacia arriba y sintiendo la luz a través de sus parpados, solo agradeció en sus adentros un final mágico para una historia que por nada del mundo, cambiaría. Dando gracias que ella estuviera en paz, dando gracias que lo último que ella escucho fue un te amo,

Era una mañana de domingo, el último de sus cumpleaños, fue el único .

Capítulo 39

Entonces Daniel reaccionó y viendo que se alejaba habló:

—Nos vemos, Jessica, es bueno verte después de tanto tiempo —dijo Daniel gritando mientras se alejaba moviendo la mano en ademán de despedida y salió de entre la multitud que ya había en el bar para ir a la calle con Melissa.

-pues, tú me salvaste en el aeropuerto y cuando llegaste al bar yo estaba en una mesa con mis amigos pero te intente saludar y no me viste o tal vez ya ni te acordabas de mi-dijo melisa amablemente, con esa voz tan de ella que era amigable.

-lo lamento, claro que me acordaba de ti, como no hacerlo? Jeje- dijo Daniel sintiéndose un poco torpe en esa interacción.- de verdad Gracias Melissa, no tienes idea, te debo la vida. Si necesitas dinero o algo, con gusto-dijo Daniel extendiendo los brazos como diciendo que estaba dispuesto a devolver el favor.

-excuse me? – dijo haciendo un ademan burlón de sentirse ofendida- olvídale "Dany" solo fue un favor, no te robare los órganos ni tu cartera ni nada, solo fue el karma devolviendo la moneda- le dijo sonriente, mientras ellos se alejaban de la multitud al centro del plaza y ella con su cabeza buscaba algún rostro familiar entre la multitud.

-ahora-dijo Melissa aun buscando entre la multitud- mejor ayúdame a buscar a mis amigos, que fue cuando íbamos de salida cuando me acerque a ti.

-sí, sí, claro, pero, como son?- dijo Dan como buscando también alguien que no sabía cómo se veía.

- pues, uno es alto, delgado, ojos cafés claro, nariz recta, moreno, trae un gorro gris, y viene con dos chicas, una chaparrita, medio rellenita, con un gran escote en su blusa y cabello negro y suelto y la otra chica tiene unos lentes azul turquesa grandes.

- ok, ok buscare un grupo así, gafas, gafas, chico de gorro, escote-dijo Daniel en voz alta

Al escucharlo ella lo volteo a ver con cara de extrañeza y empezó a reír-digo, solo no busques todos los escotes eh?- dijo Melissa haciéndole una cara de desaprobación.

-perdón, perdón no quería decirlo en voz alta, repasaba todo lo que

decías- y los dos rieron.

En ese momento Daniel la volteo a ver y entre la multitud, mientras ella buscaba a sus amigos, el ruido y las luces, no podía más que ver que todo dejaba de ser para convertirse en colores alrededor de ella y el tiempo se paraba para solo observarla a ella. Era el momento de tomar una decisión, el destino ya le había traído algo que no imaginaba, ella era hermosa, delgada cabello largo negro rizado, tez morena casi color caramelo, labios delicados y nariz delicada, ojos grandes y claros, vestía una bufanda gris blusa azul, botas cafés, pantalón de mezclilla, parecía que la habían sacado de su imaginación.

-Que paso?- dijo Melissa viendo hacia ambos lados y viéndolo a los ojos a Daniel, sonriendo

Al verlo.

Capítulo 40

30 DE MAYO

Por Rogelio Arruel Medrano

Todos los derechos reservados.